
HARLEQUIN
Bianca
LAS ESPOSAS MARAKAIOS
Kate Hewitt
Lazos rotos



Kate Hewitt

Lazos rotos



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Lazos rotos, n.º 111 —diciembre 2015
Título original: The Marakaios Marriage
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-7263-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

Hola, Lindsay.

Lindsay Douglas apartó la vista del ordenador y apretó los puños. ¿Cómo era posible que dos simples palabras, tan aparentemente inocuas, le provocaran tanta alegría y, al mismo tiempo, tanto miedo? Un miedo que sintió en el estómago como si fuera un ácido, corroyendo los escasos segundos de frágil y falsa felicidad al reconocer el tono helado del hombre al que, una vez, había prometido lealtad y amor.

Su marido, Antonios Marakaios.

—¿Cómo has conseguido entrar? —preguntó, desconcertada con su presencia.

—Si te refieres al guardia de seguridad, ha sido fácil —respondió con desdén—. Solo he tenido que decir que soy tu esposo.

Lindsay contempló sus familiares rasgos, que parecían repentinamente los de un desconocido, por la frialdad de los ojos marrones que la miraban. No sabía qué hacer. La había pillado por sorpresa, y ni siquiera podía pensar con claridad.

—Pues ha hecho mal. Este no es lugar para ti.

Él arqueó una ceja y le dedicó una sonrisa cruel.

—¿Ah, no? Corrígeme si me equivoco, pero creo recordar que eres mi esposa.

Ella tuvo que hacer un esfuerzo para mirarlo a los ojos.

—Nuestro matrimonio ha terminado, Antonios.

—Sí, soy muy consciente de ello, Lindsay. Lo soy desde hace seis meses, desde que me abandonaste sin más.

Lindsay no quería discutir con él. Como acababa de decir, su matrimonio había terminado; así que respiró hondo y replicó, con una tranquilidad que estaba lejos de sentir:

—Me has malinterpretado. Solo he dicho que no es lugar para ti porque los edificios académicos están cerrados al público.

La visita de su esposo había desatado en ella un aluvión de recuerdos que estaba decidida a olvidar: cómo la abrazaba tras hacer el amor, cómo le apartaba el cabello de la cara, cómo le acariciaba las mejillas, cómo le besaba los párpados… Lo amada y feliz que se había sentido durante un tiempo.

Pero no quería recordar esas cosas. Prefería recordar los tres meses de aislamiento y confusión que había padecido en Grecia, en la casa

de Antonios, donde él la condenó a una vida solitaria y del todo ajena a ella mientras se concentraba en su trabajo. Prefería recordar la desesperación y la frustración crecientes que la habían empujado a marcharse, cuando ya no pudo soportar ni un día más.

—Sigo sin saber por qué has venido —continuó.

Lindsay puso las manos en la mesa y se levantó de la silla para estar al mismo nivel que Antonios. Al menos, en sentido figurado; porque Antonios le sacaba veinte centímetros.

Sin embargo, eso no hizo que se sintiera mejor. La visión de su cabello oscuro, de su fuerte mandíbula, de sus sensuales labios y del duro y perfecto cuerpo que se ocultaba bajo un traje gris bastó para que se hundiera en la nostalgia. A fin de cuentas, conocía cada centímetro de la piel de Antonios. Y él conocía cada centímetro de la suya.

—¿Lo preguntas en serio, Lindsay? —dijo él, arqueando una ceja—. ¿Te parece extraño que haya venido a buscar a mi errante esposa?

A Lindsay no le sorprendió que la definiera de ese modo, «errante esposa». Antonios tenía motivos para estar enfadado con ella, teniendo en cuenta que lo había abandonado de repente y sin darle ninguna explicación. Pero lo había abandonado porque él no le había dejado otra salida.

—Han pasado seis meses y, en todo ese tiempo, no me has llamado ni una sola vez —observó ella—. ¿Cómo no me va a extrañar?

Antonios hizo caso omiso de su comentario.

—¿Creías que me quedaría tan tranquilo, que no te pediría explicaciones?

—Ya te di una explicación.

—Oh, vamos… Una carta de dos líneas no es ninguna explicación, Lindsay. Y afirmar que nuestro matrimonio fue un error sin decir por qué no es más que un gesto de cobardía —replicó él—. Pero no te preocupes. Ya no me interesan tus motivos. Nuestro matrimonio terminó cuando te fuiste sin decir ni una palabra.

Lindsay guardó silencio. Efectivamente, se había ido sin decir ni una palabra. Pero solo porque ya las había pronunciado todas, aunque Antonios no las hubiera oído.

—No estoy aquí por eso —prosiguió su esposo—. He venido a verte porque necesito que vuelvas a Grecia.

Ella se quedó helada.

—No puedo…

—Por supuesto que puedes, Lindsay —la interrumpió—. Haz las maletas y súbete a un avión. Es fácil.

Lindsay tragó saliva. La simple idea de volver a Grecia le causó un acceso de pánico. Pero respiró hondo y se recordó el consejo que había leído en alguna parte: concentrarse en las cosas pequeñas, en las

cosas que podía controlar. Y olvidar las grandes, las que estaban fuera de su control.

Olvidar cosas como la súbita aparición de su marido.

Antonios entrecerró sus ojos, marrones como el whisky, y apretó los labios mientras ella respiraba lentamente, tomando y expulsando el aire sin prisa, en un esfuerzo por recuperar el aplomo.

Lindsay fue muy consciente de la intensidad de su mirada; pero sabía que ella lo estaba mirando del mismo modo, y no lo podía evitar. Por muy enfadado que estuviera, seguía siendo un hombre inmensamente atractivo. Hasta se acordó de la primera vez que lo vio, en Nueva York. La nieve caía sobre su pelo y una sonrisa iluminaba su rostro cuando se le acercó en la Quinta Avenida, mientras ella admiraba las blancas espirales del Guggenheim.

—Estoy perdido —le había dicho—. O, al menos, creía estarlo.

Al recordar sus palabras, pensó que la única persona que estaba perdida era ella. La muerte de su padre la había sumido en la desesperación. Se había quedado atrapada en un círculo vicioso de dolor y soledad, y no encontraba la salida.

Y luego, se perdió en Antonios. En la encantadora sonrisa que le había dedicado. En el calor que había visto en sus ojos. En la forma que tenía de mirarla, como si le pareciera la mujer más interesante y más importante del mundo.

Vivieron siete días inolvidables. Hasta que llegó la realidad, con toda su dureza.

—Asúmelo de una vez —continuó Antonios, con un tono de voz tan suave como frío—. Vas a ir a Grecia. Soy tu marido, y te lo ordeno.

Ella se puso en tensión.

—Tú no me puedes ordenar nada. No soy de tu propiedad.

—Las leyes matrimoniales griegas no son como las estadounidenses, Lindsay —le advirtió.

Lindsay sacudió la cabeza. Sabía que Antonios tenía motivos para estar enfadado, pero ella también empezaba a estarlo.

—Seguro que no son tan distintas.

Él se encogió de hombros.

—No, puede que no lo sean. Pero supongo que quieres el divorcio…

Ella se quedó helada.

—¿El divorcio?

—Bueno, doy por sentado que me has dejado por eso, ¿no? —Antonios sonrió como un depredador—. Porque no quieres seguir casada conmigo…

—Yo…

Lindsay no supo qué decir. Había algo demasiado drástico en la idea de divorciarse de él. Pero, por otra parte, lo había abandonado.

Durante los seis meses transcurridos desde que se marchó de Grecia,

Lindsay se había encerrado por completo en la cómoda burbuja de los números, intentando terminar su doctorado en matemáticas puras. Era una estratagema para dejar de pensar en Antonios o, por lo menos, en el Antonios con el que había pasado la semana más bonita de su vida. Y, a veces, funcionaba. A veces.

Pero lo había echado terriblemente de menos. Había extrañado al hombre del que se había enamorado, el hombre de Nueva York.

Por desgracia, ahora creía que ni su amor ni su matrimonio eran reales. Estaba absolutamente convencida de ello. Y, sin embargo, añoraba lo que habían tenido durante esos días maravillosos.

—Sí —dijo al cabo de unos momentos—. Quiero poner fin a nuestro matrimonio.

—Quieres el divorcio —declaró él, para disipar cualquier duda.

—En efecto.

—En ese caso, tendrás que hacer lo que te ordeno.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Porque la ley griega solo permite el divorcio si las dos partes están de acuerdo —contestó.

Lindsay lo miró con sorpresa.

—Eso no puede ser… Seguro que hay excepciones a la norma, circunstancias que permitan el divorcio sin acuerdo previo…

—Oh, sí, claro que hay excepciones. De hecho, hay dos… El adulterio y el abandono. Pero ni soy un adúltero ni te he abandonado, así que no viene al caso —afirmó—. Por lo menos, en lo tocante a mí.

Lindsay se estremeció.

—¿Por qué quieres que vuelva a Grecia, Antonios?

—Tranquilízate. No pretendo que vuelvas conmigo —dijo con dureza—. Yo tampoco quiero que sigamos casados.

—Entonces, ¿por qué…?

—Como tal vez recuerdes, mi madre te aprecia mucho. No sabe por qué te marchaste y, sinceramente, no le he dicho nada sobre el estado actual de nuestra relación.

Lindsay se sintió culpable. Daphne Marakaios había sido muy buena con ella durante su estancia en Grecia, pero el afecto de la madre de Antonios no era motivo suficiente para que permaneciera allí.

—¿Por qué no se lo has dicho? Ya han pasado seis meses. No lo puedes mantener eternamente en secreto.

—¿Por qué no se lo dijiste tú? —replicó Antonios. Ah, lo había olvidado… No se lo dijiste porque eres una cobarde. Huiste de nuestra casa y de nuestra cama sin molestarte siquiera en explicar por qué querías romper nuestro matrimonio.

Lindsay respiró hondo y consideró la posibilidad de decirle que había intentado hablar muchas veces con él. Pero la desestimó. Ya no tenía sentido.

—Comprendo que estés enojado…

—No estoy enojado, Lindsay. Para estarlo, me tendría que importar. Y dejó de importarme cuando me enviaste ese mensaje de correo electrónico… Cuando te llamé para saber lo que había pasado y te limitaste a decir que ya no querías estar conmigo. Cuando me demostraste que ni yo ni nuestro matrimonio significaban nada para ti.

—Es curioso que digas eso, porque no parecía que nuestro matrimonio te importara mucho cuando estuve en Grecia —dijo, incapaz de refrenarse.

Antonios la miró con incredulidad.

—¿Me estás culpando a mí?

—¿Yo? ¿A ti? No, por supuesto que no. Tú no tienes ninguna responsabilidad.

Él entrecerró los ojos, como si no supiera si lo había dicho en serio o con sorna. Sin embargo, lo pasó por alto y declaró:

—No me importas ni tú ni tus motivos. Pero a mi madre le importa y, como ha estado enferma, preferí no decirle nada.

—¿Enferma?

—Sí. Vuelve a tener cáncer —le informó—. Recibió los resultados de las pruebas un mes después de que te marcharas.

Lindsay se quedó atónita. Sabía que había tenido cáncer de mama, pero pensaba que lo había superado.

—Lo siento mucho, Antonios… ¿Es tratable?

Él se encogió de hombros.

—Por lo visto, no se puede hacer gran cosa.

Lindsay se quedó muy preocupada. Pensó en Daphne, aquella mujer de cabello blanco y voz dulce que trataba a todo el mundo con amabilidad. Y pensó en Antonios, que siempre la había adorado.

En aquel momento, se arrepintió de haberse ido y de haberlo dejado a solas con su dolor. Pero, por otra parte, ¿qué podría haber hecho? Era tan infeliz en Grecia que no habría sido de gran ayuda. Y la idea de volver le aterrorizaba.

—Antonios… —empezó a decir—. Siento mucho lo de tu madre. Lo siento sinceramente. Pero no puedo volver a tu país.

—Puedes y lo harás —bramó—. Si quieres el divorcio, claro.

Ella sacudió la cabeza.

—Entonces, no me divorciaré.

—Si no nos divorciamos, seguirás siendo mi esposa y seguirás ligada a mí —le recordó, alzando la voz—. Pero tú sabrás lo que haces.

—¿Y de qué serviría que vaya? Se llevaría un gran disgusto si me presento y le digo que estamos separados…

Antonios la miró con intensidad.

—Pero no se lo vas a decir.

—¿Cómo?

—Los médicos dicen que solo le quedan unos cuantos meses de vida. Y no se los pienso amargar con los problemas de nuestro matrimonio —dijo—. Solo te pido que, durante unos cuantos días, finjas que seguimos felizmente casados.

—¿Quieres que finja? —preguntó, desconcertada.

Él sonrió sin humor alguno.

—Te resultará fácil, Lindsay. Eres una actriz excelente. Me lo demostraste cuando fingiste que estabas enamorada de mí.

Antonios miró la bella tez pálida de su esposa y sintió lástima de ella. Parecía completamente horrorizada ante la perspectiva de regresar a Grecia y hacerse pasar por una mujer feliz.

Pero no iban a retomar su matrimonio. Antonios no tenía intención de invitarla otra vez a su cama. No después de que lo hubiera abandonado del modo más cobarde posible y sin darle ninguna explicación.

Solo iba a ser una farsa, una mentira piadosa para contentar a su madre. Y, pasados unos días, ella se volvería a marchar y él no la volvería a ver.

Era lo que ambos deseaban.

—¿Unos cuantos días? —dijo ella con inseguridad—. ¿Nada más?

—Nada más —contestó—. Pero es importante que vuelvas de inmediato, porque la semana que viene es el santo de mi madre.

—¿El santo?

—En Grecia celebramos más los santos que los cumpleaños —le explicó—. Y, como las circunstancias son tan difíciles, mi familia quiere celebrarlo a lo grande.

A Antonios se le encogió el corazón. No imaginaba Villa Marakaios sin Daphne. Ya había sufrido bastante con la muerte de su padre, Evangelos, el hombre que había levantado un imperio de la nada y que, para bien o para mal, había sido el alma de la empresa. Y, si su madre fallecía, se le partiría el corazón.

Pero Antonios pensó que ya se lo habían partido. Lindsay se lo había destrozado cuando lo abandonó. Creía que estaba enamorada de él. Creía que serían muy felices. Y, aparentemente, todo era mentira.

—Haremos una fiesta —continuó—. Asistirán la familia, los amigos y todos los vecinos… Y tú también tienes que estar. Pero te podrás ir después si lo deseas. Le diré a mi madre que tienes que volver a Nueva York por lo de tu doctorado en matemáticas.

—¿Quieres que asista a la fiesta? —preguntó ella, más pálida que antes—. No, por favor… No me hagas eso.

Él se enfureció.

—¿Qué te he hecho para que me trates de ese modo? ¿Qué he hecho para que desprecies a mi familia? Te dimos la bienvenida a nuestro hogar, te abrimos nuestra casa y te dejamos entrar en nuestras vidas.

—Yo…

—Mi madre te adora, Lindsay —declaró, haciendo un esfuerzo por mantener la compostura—. Te trató como si fueras su propia hija. ¿Y así se lo pagas?

Los ojos de Lindsay se humedecieron. Estaba al borde de las lágrimas, y Antonios estuvo a punto de apiadarse de ella. Pero solo a punto.

—No le deseo ningún mal a tu madre —dijo en voz baja—. Le estoy muy agradecida. Siempre fue muy amable conmigo.

—Pues tienes una forma extraña de demostrarlo.

Lindsay lo miró con rabia, y Antonios se preguntó por qué estaba tan enfadada con él. A fin de cuentas, ella era quien había roto su matrimonio.

—Puede que sí, pero no puedo regresar a Grecia.

—¿Por qué? ¿Es que tienes un amante en Nueva York?

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Un amante?

Antonios se encogió de hombros como si no le importara en absoluto, aunque la idea de que estuviera con otro hombre le dolía tanto que habría sido capaz de empezar a pegar puñetazos a la pared.

—Sí, eso es lo que he dicho. No se me ocurre otro motivo para que me abandonaras de repente y te marcharas del país.

Lindsay sacudió la cabeza.

—Te equivocas, Antonios. No tengo ningún amante.

Él respiró hondo.

—Entonces, nada impide que vuelvas a Grecia.

—Pero el doctorado…

—¿No puede esperar una semana? —dijo con impaciencia.

Antonios se preguntó cómo era posible que fuera tan egoísta y cruel. Incluso en ese momento, cuando ya habían transcurrido seis meses desde su traición, seguía sin entender que lo hubiera engañado con tanta facilidad. Se habían casado de forma impulsiva y temeraria, tras siete días de pasión; pero, a pesar de todo, había estado tan seguro de que Lindsay lo amaba como de que él la amaba a ella.

Y no era verdad.

—Solo será una semana —insistió—. Una simple semana, y te aseguro que no me volverás a ver… No me digas que eso no te satisface.

Ella apartó la mirada.

—No, no me satisface.

Él frunció el ceño.

—No te entiendo, Lindsay.
Lindsay suspiró.
—Lo sé. No me has entendido nunca.
—¿Y la culpa la tengo yo?
Ella sacudió la cabeza.
—Es tarde para hablar de responsabilidades, Antonios. Las cosas son como son, y no hay que darles más vueltas. Nuestro matrimonio fue un error, como te dije en su día.
—Pero aún no me has dicho por qué.
—Ni tú me lo has preguntado.
—¿Cómo que no? Te lo pregunté cuando hablamos por teléfono.
—No, eso no es verdad. Me preguntaste si estaba hablando en serio, te dije que sí y me colgaste el teléfono.
Antonios apretó tantos los dientes que le dolieron.
—Fuiste tú quien se marchó, Lindsay.
—Lo sé.
—Pero ahora insinúas que nuestro matrimonio fracasó porque no hice las preguntas correctas cuando mantuvimos aquella conversación telefónica —replicó él—. Por Dios, Lindsay… ¿Me has tomado por tonto?
—Yo no estoy insinuando nada, Antonios. Me he limitado a constatar un hecho.
—Pues permíteme que te recuerde yo otro… No me interesan tus explicaciones. También es tarde para eso —afirmó—. Solo quiero una cosa de ti, que me acompañes a Atenas en el vuelo de esta noche. Pero hay que irse enseguida, o lo perderemos.
—Yo no he dicho que vaya a acompañarte…
—¿Quieres el divorcio? ¿O no?
Los ojos grises de Lindsay se clavaron en él.
—Está bien, iré contigo. Pero no creas ni por un momento que voy porque cedo a tu chantaje. No te acompañaré porque quiera el divorcio, sino porque quiero hablar con tu madre y explicarle que…
—Ni se te ocurra —la interrumpió—. ¿Es que te has vuelto loca? Se llevaría un disgusto, y eso es lo último que necesita.
—¿Y cuándo le vas a decir la verdad?
—Nunca. Mi madre está al borde de la muerte, Lindsay.
—Lo sé, pero eso no justifica que la engañemos.
—Vaya, ¿desde cuándo te importan esas cosas? —dijo él con ironía —. Tú sabes más que nadie de engaños.
—Yo no te he engañado nunca, Antonios. Es verdad que estuve enamorada de ti. Te amé con toda mi alma durante aquella semana, en Nueva York.
Antonios se sintió como si le hubieran atravesado el corazón con un puñal. Se sintió como si estuviera a punto de sufrir un infarto, a punto

de terminar como su padre, que había fallecido cuando solo tenía cincuenta y nueve años.

—¿Y qué pasó luego? ¿Me dejaste de amar de repente? ¿Así como así?

Lindsay abrió la boca para decir algo, pero él siguió hablando.

—No hace falta que contestes. Ya no importa —dijo—. Vuelve a Grecia por el motivo que sea, pero necesito que estés preparada antes de una hora.

Ella lo miró un momento y asintió.

—De acuerdo.

Antonios apretó los puños y se quedó en silencio mientras ella recogía sus pertenencias. Luego, Lindsay dio media vuelta y, sin decirle una palabra ni dedicarle una mirada, pasó junto a él y salió de la habitación.

Capítulo 2

El sol se estaba poniendo cuando ella cruzó el campus. Antonios la seguía, e iba a tan poca distancia que parecía su sombra. Pero, a diferencia de otras ocasiones, Lindsay no prestó ninguna atención a los bellos edificios de ladrillo de la Universidad, una de las más bonitas del Noreste de los Estados Unidos.

Estaba preocupada con el viaje a Grecia. Y era muy consciente del enfado y el desprecio de su marido.

No podía negar que se lo merecía. A fin de cuentas, se había ido de la peor forma posible. Pero Antonios no tenía idea de lo mal que lo había pasado en su país. Y ella se había resistido a contárselo porque, a pesar de que necesitaba su comprensión, tenía miedo de que él llegara a ver demasiado y a saber demasiado.

Mientras caminaba, Lindsay se intentó tranquilizar con el argumento de que su matrimonio había estado condenado desde el principio, salvedad hecha de aquella semana mágica en Nueva York. El propio Antonios había dicho que ya no era momento de explicaciones. Y quizá fuera lo mejor, porque Lindsay sabía que, por mucho que se empeñara, no la podría entender.

Nunca la había entendido. Ni había hecho el menor esfuerzo por entenderla.

—¿Dónde vives? —preguntó Antonios al cabo de unos minutos.

Unos cuantos estudiantes disfrutaban del débil sol de octubre en los jardines del campus. El otoño acababa de llegar a Nueva York. Las hojas de los árboles se estaban empezando a poner rojizas, y la brisa era bastante fresca; pero el verano había sido tan largo y caluroso que todo el mundo se alegraba.

—Al otro lado de la calle —respondió.

Ella se dirigió hacia un grupo de casas de colores brillantes, con porches delanteros en los que había mecedoras y sillas de madera. Lindsay había pasado mucho tiempo en uno de esos porches, contemplando un mundo del que siempre había sido una simple espectadora. Hasta que conoció a Antonios.

Él la había despertado. La había sacado de su letargo y le había enseñado la pasión y la alegría de vivir. Debería haberse dado cuenta de que aquellos días tan maravillosos no podían durar.

Antonios esperó pacientemente mientras ella buscaba las llaves de la casa, con manos temblorosas. Estaba muy alterada. Y no solo por su

presencia, sino también por la perspectiva de volver a Grecia, de ver otra vez a su familia y de fingirse una esposa feliz delante de todos, en fiestas, cenas y celebraciones.

—Deja que te ayude.

Para sorpresa de Lindsay, la voz de Antonios casi sonó cálida. Le quitó la llave de la mano, la introdujo en la cerradura y abrió con facilidad.

—Gracias…

Lindsay entró en la que había sido la casa de su padre. Y le pareció extraño que Antonios estuviera allí, en el territorio de su antigua vida, en la única vida que había conocido hasta que él apareció.

Encendió la luz y notó que él fruncía el ceño al ver el estrecho pasillo, que parecía más estrecho por las estanterías de las paredes. Había libros por todas partes, hasta en el suelo. Lindsay estaba tan acostumbrada a ello que le parecía normal, pero se sintió algo incómoda por la reacción de Antonios.

Sin embargo, estaban en su hogar. Estaban en el sitio donde su padre y ella habían sido felices o, por lo menos, tan felices como podían serlo. Y no se iba a disculpar por el desorden.

—Subiré a hacer el equipaje —anunció.

—¿Necesitas que te ayude?

Ella se giró hacia Antonios, sorprendida por el ofrecimiento. Aunque no estaba segura de que lo fuera. Su expresión y su voz eran tan neutras que no podía saber si intentaba ser amable o, simplemente, condescendiente.

—No, no hace falta.

Él arqueó una ceja.

—¿Te encuentras bien, Lindsay? Las manos te temblaban tanto hace un momento que ni siquiera podías abrir la puerta.

Lindsay se ruborizó.

—¿Y te parece extraño? —replicó—. Cualquiera se pondría nervioso al estar con una persona tan enfadada como tú.

—¿Crees que no tengo motivos para estar enfadado?

Ella cerró los ojos brevemente.

—No quiero discutir contigo. Los dos sabemos que no serviría de nada. Era una simple…

—¿Constatación? —ironizó él—. Sí, por supuesto… No sabes cuánto lamento que esta experiencia sea tan difícil para ti.

Lindsay sacudió la cabeza.

—Por favor, ahorrémonos las burlas sin sentido. Quieres que vaya a Grecia y voy a ir. ¿No es suficiente?

Antonios dio un paso hacia ella.

—No, Lindsay, no es suficiente en modo alguno. Pero, teniendo en cuenta que es todo lo que te he pedido y todo lo que me puedes dar,

me contentaré con ello.

Él la miró fijamente durante un largo y tenso momento. Lindsay oía los latidos de su propio corazón, y se sentía atrapada en aquellos ojos marrones, llenos de furia. Pero, por debajo de su enfado, notaba el recuerdo de lo que habían vivido cuando las cosas iban bien, cuando Antonios la tomaba entre sus brazos y le hacía el amor. Cuando estaban enamorados.

Él apartó la mirada y ella desapareció escaleras arriba.

Al llegar a su dormitorio, sacó una maleta del armario e intentó tranquilizarse. Al fin y al cabo, no tenía más opción que volver a Grecia. Estaba en deuda con Daphne. Durante un tiempo, la madre de Antonios se había convertido en la madre que ella no había tenido nunca, porque la suya la había abandonado cuando solo era una niña.

La amabilidad de aquella mujer había sido como encontrar un vaso de agua en mitad de un desierto. Desgraciadamente, Lindsay había necesitado bastante más que un vaso. Había necesitado el oasis de apoyo, comprensión, atención y cariño de su esposo.

—¿Lindsay?

Al oír su voz, se estremeció. Antonios apareció unos segundos después en la entrada del dormitorio, tan alto e imponente como de costumbre.

—Tenemos que irnos —continuó él.

—Intentaré darme prisa.

Ella empezó a meter ropa en la maleta, consciente de que no tenía nada adecuado para el tipo de actos sociales a los que debería asistir. Antonios era un empresario muy importante, y su calendario estaba lleno de compromisos.

Lindsay había tenido ocasión de comprobarlo durante su estancia en Grecia. Ser su esposa implicaba organizar cenas, charlar con todo el mundo, comportarse como la mejor de las anfitrionas y estar siempre a su lado, salvo cuando Antonios se iba de viaje y no volvía hasta al cabo de varias semanas. Entonces, el mundo de Lindsay se reducía a la soledad y al dolor de sentirse ignorada.

Pero, fuera como fuera, no lo había llevado bien. Sencillamente, no estaba preparada para ese papel.

Y ahora, tendría que interpretarlo de nuevo en circunstancias bastante más difíciles. Llevaba mucho tiempo lejos de Grecia, y era evidente que la familia de Antonios la miraría con desconfianza.

Respiró hondo e intentó concentrarse en el presente. Ya se enfrentaría a ese problema cuando se presentara.

—Dejaste mucha ropa en casa —dijo él—. No hace falta que lleves demasiada.

Lindsay miró dentro del armario y admiró las preciosas prendas que Antonios le había regalado en Nueva York, antes de que la llevara a

Grecia. Casi las había olvidado y, al verlas de nuevo, colgadas allí como si no hubiera pasado ni un día desde entonces, se sintió enferma.

—Tienes razón. Iré a por mis cosas de aseo.

Ella dio media vuelta para dirigirse al cuarto de baño, que estaba en el pasillo. Pero Antonios seguía en la entrada, y era tan grande que, cuando pasó a su lado, lo rozó con los senos sin querer. Durante un segundo, añoró la sensación de estar entre sus brazos, envuelta en el calor de su cuerpo. Añoró la seguridad de sentirse querida y deseada.

Pero ya no era posible.

Lindsay entró en el cuarto de baño y cerró la puerta, nerviosa. Diez minutos después, salieron de la casa y se dirigieron al aparcamiento donde estaba el coche alquilado de Antonios. Ella dejó el equipaje en el maletero y se sentó en el asiento del copiloto. Se sentía increíble e insoportablemente cansada.

—¿Tienes que avisar a alguien? —preguntó él—. ¿Necesitas que alguien sepa que te vas?

Ella lo miró y sacudió la cabeza. El doctorado podía esperar y, en cuanto a su antiguo trabajo de profesora adjunta, lo había dejado el verano anterior, tras el fallecimiento de su padre. Solo habían pasado nueve meses desde entonces, pero lo recordaba como si hubiera pasado toda una vida.

—No —dijo.

—¿No hay nadie que se pueda preocupar por ti? ¿Nadie que se pregunte dónde te has metido? —preguntó, extrañado.

—Sí, unos cuantos amigos. Pero les enviaré un mensaje de correo electrónico —contestó—. Lo entenderán.

—¿Les has hablado de mí?

—Por supuesto que les he hablado de ti. Tenían que saber por qué dejé mi trabajo y me fui a Grecia de repente.

Él apretó las manos sobre el volante, tenso.

—Nadie te obligó a tomar esa decisión, Lindsay.

—Lo sé.

—Dijiste que no había nada que te importara en Nueva York.

—Y eso creía…

Antonios arrancó y guardó silencio. Lindsay se giró hacia la ventanilla e intentó prepararse para toda una semana de tensión, llena de conversaciones tan difíciles y subrepticiamente hostiles como la que acababan de mantener. Iba a ser muy complicado. Tendría que convencer a Daphne y a su familia de que el suyo era un matrimonio feliz.

El viaje a Nueva York duró tres horas, y ni siquiera se dirigieron la palabra. Al llegar al aeropuerto, Antonios devolvió el coche alquilado, sacó el equipaje y, tras pasar con ella el control de pasaportes, la llevó

a una sala reservada para los viajeros de primera clase.

A Lindsay le pareció una situación ridícula. Se dedicaron a tomar canapés y beber champán como si estuvieran de luna de miel. Como si estuvieran enamorados.

Al cabo de unos momentos, se giró hacia Antonios y lo miró. Estaba tan serio que sintió la extraña necesidad de decir algo gracioso, para arrancarle una sonrisa. A decir verdad, ya no sabía lo que sentía por él. Bajo su tristeza y su enfado seguía latiendo el recuerdo de aquellos días en Nueva York.

Unos días que no volverían. Unos días que tendría que emular cuando llegaran a Grecia.

—¿Lo sabe alguien? —preguntó ella.

—¿A qué te refieres?

—A lo nuestro… a que estamos separados.

—No estamos legalmente separados. Pero no, nadie lo sabe.

—¿Ni siquiera tus hermanas?

Lindsay pensó en la mandona Parthenope, con marido y un hijo; en la gregaria Xanthe, siempre de fiesta en fiesta y, por último, en Ava, que tenía su misma edad y que, sin embargo, no podía ser más distinta a ella.

Había hecho lo posible por llevarse bien con las tres mujeres, pero eran muy posesivas con su hermano y desconfiaban de la extranjera que había aparecido de repente. Además, su llegada las empujó a un papel subalterno, porque Lindsay empezó a ejercer el trabajo de anfitriona que, hasta entonces, les había correspondido. Y, aunque Antonios no se diera cuenta, ellas eran muy conscientes de que no estaba a la altura de la responsabilidad.

—¿Tanto te molesta la idea de volver a ver a mi familia? —preguntó él.

Ella se puso tensa.

—No, claro que no.

—Pues es extraño, porque te has quedado pálida de repente. Cualquiera diría que estás a punto de vomitar.

Ella respiró hondo.

—Descuida, no voy a vomitar. Aunque es cierto que la perspectiva de ver a tus hermanas me pone nerviosa.

—¿Por qué? Intentaron que te sintieras como en casa.

—Solo porque tú se lo ordenaste.

Él arqueó una ceja.

—¿Y eso importa?

Lindsay estuvo a punto de decir que importaba mucho, pero los habría llevado a una discusión absurda.

—No creo que estuvieran precisamente contentas cuando te presentaste con una desconocida a la que habías tomado por esposa —

declaró—. Habrían preferido que te casaras con alguien de tu clase social.

—Sí, es posible. Pero te aceptaron de todas formas, porque sabían que estaba enamorado de ti —afirmó.

Lindsay guardó silencio. Obviamente, Antonios no sabía que sus hermanas se habían portado mal con ella. No había visto sus miradas de desprecio ni había oído sus malévolas insinuaciones. Pero ¿qué podía hacer? ¿Explicárselo ahora, después de tanto tiempo? Ni siquiera la habría creído.

—¿No vas a decir nada?

—No —respondió.

Él apretó los labios y se giró hacia el ventanal que daba a la pista de aterrizaje, con expresión sombría. A Lindsay se le encogió el corazón, pero intentó convencerse de que no debía sentirse culpable. Se habían casado de forma impulsiva, sin conocerse de verdad. Y tres meses de vida en común no era tiempo suficiente para que la pasión inicial desembocara en un amor verdadero.

Lindsay era matemática. Creía en la razón, en los hechos, en la lógica. Y el amor a primera vista no tenía sitio en su mundo. Los números podían ser asombrosamente románticos y misteriosos, pero ni ella ni él eran números y, por mucho que su corazón se hubiera empeñado en creer que su relación era posible, su mente le decía otra cosa.

—Puede que nunca me amaras, Antonios —dijo de repente.

—¿Por eso te fuiste? ¿Porque pensabas que no estaba enamorado de ti? —preguntó con incredulidad.

—Intento explicarte cómo me sentía… Sé que ya no te interesa, pero lo intento de todas formas —dijo.

Él se cruzó de brazos.

—¿Creías que no te amaba?

Lindsay se encogió de hombros.

—No tuvimos tiempo suficiente. Nos casamos al cabo de una semana, sin conocernos siquiera…

—Estuvimos tres meses juntos —le recordó.

—Sí, ya lo sé, pero solo pasó una semana antes de que nos casáramos —puntualizó ella—. Una semana tan preciosa como fuera de la realidad.

—¿Y qué? Es verdad que fue muy poco tiempo, pero yo creía conocerte… Aunque es posible que estuviera en un error. A fin de cuentas, la mujer de quien me enamoré no me habría abandonado como me abandonaste tú.

—Entonces, es que no me conoces.

Antonios entrecerró los ojos y la miró con desconfianza.

—¿Me estás ocultando algo, Lindsay?

—Yo…

Ella consideró la posibilidad de contárselo todo, de sincerarse. Pero, ¿habría servido de algo? Su matrimonio había terminado. Lo había roto ella misma al marcharse de Grecia sin darle una explicación.

En cualquier caso, Lindsay no tuvo ocasión de decírselo. Antes de que encontrara el valor necesario, él le volvió a negar su mirada.

—Olvídalo —dijo—. No me importa.

Lindsay se recostó en el asiento. Se sentía aliviada y decepcionada a la vez. Pero se dijo que era mejor así.

Cuando subieron al avión, Antonios se sentó con la copa de champán que le habían servido, y que ni siquiera había probado. Su mente estaba llena de preguntas que no se atrevía a formular, porque las respuestas carecían de importancia a esas alturas. Fueran cuales fueran las razones de Lindsay, su relación había terminado cuando le envió aquel escueto mensaje de correo electrónico:

Querido Antonios:

Lo siento mucho, pero no puedo volver a Grecia. Nuestro matrimonio ha sido un error.

Lindsay.

La primera vez que lo leyó, pensó que era una broma. Su mente era sencillamente incapaz de procesar lo que le estaba diciendo. Era demasiado absurdo. Solo habían pasado cuarenta y ocho horas desde la última vez que habían hecho el amor; cuarenta y ocho horas desde que ella lo había besado con tanta pasión como ternura antes de salir del dormitorio.

¿Cómo iba a imaginar que se había ido para no volver?

Antonios no había podido creerlo, así que había buscado explicaciones de lo más alocadas. Hasta sopesó la posibilidad de que el mensaje lo hubiera escrito otra persona. Quizá, un familiar desesperado o un hombre que deseaba a Lindsay y quería acabar con la competencia. Pero la realidad era muy diferente, como supo aquel mismo día, cuando ella lo llamó y le repitió las palabras que había escrito.

Lindsay había dicho la verdad al afirmar que le había colgado el teléfono. ¿Qué otra cosa podía hacer? Se negaba a darle explicaciones. Se limitaba a repetir que lo suyo había terminado y que su matrimonio había sido un error.

Su incredulidad se transformó entonces en una ira profunda que no había sentido jamás, ni siquiera cuando se enteró de la traición de su padre. Estaba enamorado de ella. La había llevado a su casa, le había

presentado a su familia y la había cubierto de joyas y ropa cara. Le había ofrecido su lealtad y su compromiso. Le había dedicado toda su devoción y, a cambio, ella le decía que su matrimonio era un error.

Aquello fue demasiado para él. La preciosa mujer de pelo rubio platino, la maravilla de ojos grises y piel clara que lo había hechizado en Nueva York lo había abandonado sin más, y de la manera más cruel.

—Dime una cosa, Lindsay… Cuando te fuiste aquella mañana, ¿ya sabías que me ibas a abandonar? —le preguntó.

Ella ni siquiera lo miró a los ojos.

—¿Eso importa?

—A mí me importa.

Lindsay suspiró.

—Sí, lo sabía.

Antonios se sintió como si le hubieran pegado un puñetazo en la boca del estómago.

—Entonces, me mentiste…

—Yo no te mentí —dijo con tristeza—. No dije que tuviera intención de volver.

—Ni me dijiste que tuvieras intención de marcharte. Es más, te comportaste como si no pasara nada en absoluto, como si siguieras enamorada de mí —declaró con vehemencia—. ¿Por qué, Lindsay?

Ella no dijo nada.

—¿Por qué? —repitió—. ¿Por qué no me dijiste que te ibas a ir? ¿Por qué no me dijiste que no eras feliz conmigo?

—Intenté decírtelo, pero no me escuchabas. Nunca me escuchabas.

—¿De qué estás hablando? —preguntó, perplejo—. Nunca insinuaste que hubiera el menor problema…

Ella sacudió la cabeza.

—No quiero hablar de ello, Antonios. No tiene sentido —afirmó—. Pero, si necesitas una explicación, te la daré… Me fui porque no estaba enamorada de ti. A decir verdad, nunca lo estuve.

Antonios parpadeó, atónito.

—Entonces, ¿por qué te casaste conmigo?

—Porque pensé que te amaba. Porque me convencí de que lo nuestro era real.

Esa vez fue él quien guardó silencio.

—Yo estaba en una situación muy particular —continuó ella—. Mi padre acababa de morir unas semanas antes. Me fui a Nueva York porque necesitaba huir del dolor y del sentimiento de soledad… Vagué por la ciudad como un alma en pena y, justo entonces, te acercaste a mí y me dijiste que te habías perdido. Cuando te miré a los ojos, tuve una sensación increíble… fue como si estuvieras mirando una parte de mí misma que yo desconocía hasta entonces.

—Pero aquello fue real —dijo él con voz ronca.

—No, no lo fue, Antonios. Fue un cuento de hadas, un hechizo invernal. Siete días de vino y rosas, bailando hasta la madrugada y haciendo el amor en hoteles caros. Siete días tan mágicos como maravillosos. Pero no fue real.

—Claro que lo fue.

—No. La realidad empezó después, cuando nos fuimos a Grecia y descubrí la vida que llevas. Yo me ahogaba un poco más cada día, y tú ni siquiera te dabas cuenta.

Ella se mordió el labio y se giró hacia la ventanilla del avión, intentando controlar sus emociones. En cuanto a Antonios, se encontraba en una situación similar; su enfado anterior se había convertido en una mezcla de confusión e inseguridad, como si un golpe terrible acabara de destruir todo lo que hasta entonces le parecían certezas.

—Lindsay… —Antonios le puso una mano en el hombro—. No lo entiendo.

Ella soltó una risa ahogada.

—Lo sé, Antonios. Nunca me has entendido. Pero ya es tarde para los dos —dijo—. Lo sabes tan bien como yo, así que no tiene sentido que sigamos hablando.

En ese momento apareció una azafata que se llevó sus copas de champán y les indicó que se pusieran los cinturones, porque faltaba poco para el despegue. Lindsay aprovechó la interrupción para apartar la mano de Antonios y secarse las lágrimas que se habían empezado a formar en sus ojos.

Cuando lo volvió a mirar, había recuperado el aplomo.

—¿Podríamos olvidar el asunto? Por lo menos, durante el vuelo.

Él asintió, consciente de que no era el momento adecuado para buscar respuestas. Además, ¿qué respuestas le iba a dar? ¿Qué había querido decir con eso de que se estaba ahogando? La había llevado a su casa y le había dado su amor. Había hecho todo lo posible para que fuera feliz. ¿Qué diablos significaba eso?

Y, en cualquier caso, significara lo que significara, ¿por qué no se lo había dicho?

Capítulo 3

Cuando se apagó la luz que indicaba abrocharse los cinturones, Lindsay se quitó el suyo, pasó por delante de Antonios y entró en el aseo de primera clase, sin prestar atención a la amplitud y la elegancia del lugar. Luego, apoyó las manos en el lavabo y respiró lentamente, intentado tranquilizarse.

Solo le había confesado una parte de lo que sentía, pero esa confesión la había dejado sin aliento. Y, si reaccionaba así por tan poca cosa, ¿cómo iba a sobrevivir a una semana con Antonios?

Apretó la frente contra el frío cristal del espejo y volvió a respirar hondo. No podía perder la calma. No podía dejarse arrastrar hacia el pánico que la había dominado en Grecia, convirtiéndola al final en un cascarón vacío, en la sombra de una persona, en un ser incapaz de hacer nada.

¿Cómo era posible que Antonios no se hubiera dado cuenta? ¿Cómo era posible que no lo hubiera visto? Lindsay era consciente de que no se había explicado con suficiente claridad. Pero él no la había querido escuchar. No la había podido escuchar. Y, por lo visto, seguía sin poder.

Al cabo de unos momentos, decidió que el esfuerzo de explicarse no merecía la pena. Su marido seguiría enfadado de todas formas, así que solo quedaba un objetivo: sobrevivir a la semana que tenía por delante.

Pero iba a ser muy difícil.

Se echó agua en la cara, se la secó y, tras mirarse una vez más en el espejo, salió del aseo y volvió al asiento.

La azafata les había llevado la cena durante su ausencia y, al ver las copas de vino y los cubiertos de plata, Lindsay se acordó de su primer viaje a Grecia. Todo le había parecido maravillosamente lujoso y decadente, y había sido tan feliz que no cabía en sí de gozo.

Por desgracia, su situación actual no se parecía nada a la de aquel viaje.

—No sabía lo que querías, así que he pedido varios platos diferentes —dijo Antonios.

Ella se sentó.

—Seguro que estará delicioso.

Antonios levantó la tapa del plato de Lindsay, que contenía un guisado de carne de aspecto magnífico. Pero a ella se le revolvió el

estómago.

—¿No tienes hambre? —preguntó él.

—No.

—Deberías comer de todas formas. Necesitas energía.

Ella pensó que estaba en lo cierto, así que se llevó un poco a la boca y lo masticó mecánicamente, sin disfrutar del sabor.

Él lo notó y arqueó una ceja.

—¿No está suficientemente bueno para ti? —preguntó con ironía.

—No empieces, Antonios.

—Es que me sorprende… ¿Cómo es posible que tuvieras tantos lujos a tu disposición y, a pesar de ello, fueras desgraciada?

—En la vida hay cosas más importantes que el lujo —replicó—. Por ejemplo, el cariño, la atención y el apoyo.

—¿Insinúas que yo no te prestaba atención?

—No de la forma que yo necesitaba.

—Pero nunca me dijiste lo que necesitabas…

—Lo intenté —dijo con debilidad.

—¿Cuándo?

—Constantemente. Te dije que me sentía incómoda en las fiestas y que no me gustaba ejercer de anfitriona.

Antonios frunció el ceño.

—Y yo te dije que te acostumbrarías con el tiempo, que el truco consistía en abrirse a gente y dejar que te conozcan mejor.

—Pero me costaba mucho.

Él se encogió de hombros.

—¿Y qué? Esa no es razón para romper un matrimonio.

—Puede que no lo sea para ti.

—¿Estás diciendo que me abandonaste porque lo pasabas mal en las fiestas?

Ella respiró hondo.

—No, en absoluto… Te dejé porque no me escuchabas. Porque me dejaste tirada en Grecia, como si fuera una maleta vieja.

—Tenía trabajo que hacer, Lindsay.

—Lo sé. Lo sé muy bien. Trabajabas todo el tiempo.

—Pues no parecía que te importara…

Ella rio.

—No vas a cambiar nunca, ¿verdad? Te digo cómo me sentía y tú le restas importancia. Pero me sentía así, Antonios. No había sido tan desgraciada en toda mi vida… y te aseguro que el récord era difícil de batir.

—¿El récord? ¿Batir? ¿Qué significa eso?

—Olvídalo.

Lindsay no le había contado lo de su madre, y no tenía intención de contárselo. Había cosas que era mejor callar y, a ser posible, olvidar.

Aunque no olvidaría nunca que su propia madre la había abandonado.

Al pensarlo, se le hizo un nudo en la garganta. Estaba al borde de las lágrimas. Pero no quería llorar delante de Antonios.

—Maldita sea, Lindsay… ¿Cómo te voy a entender si no me cuentas las cosas?

—No quiero que me entiendas, Antonios —respondió con rapidez—. Ya no quiero. Solo quiero el divorcio, al igual que tú… ¿O es que quieres estar con una mujer que te abandonó y que afirma que no te ama?

Él la miró con dolor, y ella se sintió culpable por haberle dado un golpe tan bajo. Pero, si servía para que dejara de hacer preguntas, merecía la pena.

Sin embargo, él no se dejó engañar.

—¿Quieres que te recuerde lo mucho que me deseabas, Lindsay? Hicimos el amor todas las noches. En Nueva York y en Grecia.

Lindsay tragó saliva.

—No estoy hablando de deseo.

—Me alegra que lo admitas, porque tu deseo era más que evidente —declaró Antonios—. Y ese detalle no encaja muy bien con los supuestos sentimientos de una mujer que, según afirmas, se ahogaba.

Ella cerró los ojos e intentó resistirse a la excitación que el recuerdo de sus noches le había causado. Su relación sexual siempre había sido extraordinariamente buena, a pesar de todo lo demás. Lo había sido desde el principio, desde la primera noche en Nueva York. Y aún lo deseaba con locura.

Justo entonces, Antonios le puso una mano la mano en la rodilla. Ella se sobresaltó y abrió los ojos.

—¿Qué diablos…?

Él le acarició el muslo.

—No necesitaba hacer gran cosa para que te excitaras. Sabía dónde tocarte y cómo arrancarte gemidos… A veces, hasta gritabas mi nombre. ¿Te acuerdas?

—No sigas, por favor… —dijo en voz baja.

—¿Que no siga hablando? ¿O que no siga tocándote?

Antonios llevó la mano hasta su entrepierna y la dejó allí, inmóvil. Lindsay llevaba pantalones vaqueros, y la tela impedía que sintiera toda la fuerza de su contacto; pero se excitó como si hubiera estado desnuda.

—¿Qué intentas demostrar, Antonios? —preguntó, intentando mantener la calma—. ¿Que te deseo? Pues bien, te deseo. Siempre te he deseado. Y eso no cambia nada.

—Pues debería.

Antonios le desabrochó el pantalón y le metió la mano. La sensación fue tan exquisita que Lindsay cerró los ojos, apretó la cabeza contra el

respaldo del asiento y alzó las caderas inconscientemente.

Siempre había sabido cómo tocarla, cómo satisfacerla.

Y aún lo sabía.

Pero, esa vez, sus caricias no tenían el menor trasfondo de amor. La tocaba para demostrarle que estaba en lo cierto, así que sacó fuerzas de flaqueza, volvió a abrir los ojos y dijo lo que más daño le podía hacer.

—Antonios, puedes conseguir que me excite y que llegue al orgasmo, pero no puedes conseguir que te ame.

Él se quedó helado durante unos segundos. Después, sacó la mano de sus pantalones, se desabrochó el cinturón de seguridad y se alejó por el pasillo.

Lindsay se quedó sentada, con el corazón tan desbocado como roto.

Antonios se sintió atrapado, enojado y hasta sucio. Se arrepentía de haberla tratado de esa forma. Había hecho mal al usar su deseo como arma.

Había sido patético.

Además, ¿qué intentaba demostrar? ¿Que Lindsay sentía algo por él?

Se detuvo en la pequeña estancia que separaba la primera clase de la clase turista y contempló la noche a través de una ventanilla.

A decir verdad, no sabía lo que intentaba hacer. Se había limitado a reaccionar ante las palabras de Lindsay, que insistía en decir que no lo amaba y que su amor no había sido real. Pero lo había sido para él. Y aún lo era.

Durante los seis meses anteriores, se había repetido a sí mismo que no la amaba porque necesitaba que fuera cierto. Disimulaba cuando estaba delante de su familia, y les hacía creer que el suyo era un matrimonio feliz; pero solo porque no tenía más remedio. No quería que su madre supiera la verdad.

Al pensarlo, se preguntó si no se estaría mintiendo a sí mismo. ¿Fingía ser feliz por el bien de su madre? ¿O lo fingía porque, en el fondo de su corazón, albergaba la esperanza de que Lindsay volviera con él?

Estaba profundamente confundido. Ni siquiera sabía si había provocado a Lindsay porque la deseaba o porque su orgullo necesitaba devolver el golpe y hacerle tanto daño como ella le había hecho.

Fuera cual fuera el motivo, supuso que no encontraría respuesta y que, si que la encontraba, no le daría ninguna satisfacción. A fin de cuentas, las excusas de Lindsay eran ridículas. Sí, era cierto que había estado trabajando demasiado. Sí, era cierto que no le había prestado demasiada atención. Pero eso no justificaba que lo abandonara, y

menos de ese modo.

Lamentablemente, no había explicación o excusa que pudiera cambiar las cosas. Y, como no la había, sería mejor que dejara de dar vueltas al asunto.

Cuando volvió a su asiento, Lindsay ya había recuperado el aplomo y se había abrochado los pantalones. Pero no le dedicó ni una mirada. Tenía la vista clavada en la ventanilla, como si él no estuviera allí.

—Lo siento. He sido muy grosero contigo.

Ella no dijo nada.

—Lindsay…

—Déjame en paz, Antonios —declaró con tristeza—. Fingir delante de tu familia va a ser bastante difícil. No compliques más las cosas.

Él la miró un momento y sintió el deseo de acariciarle la mejilla y apartarle el pelo de la cara, para animarla. Pero sabía que habría sido inútil.

—Será mejor que duerma un poco —continuó ella.

Lindsay se quitó los zapatos, inclinó el asiento hacia atrás y se tapó con una manta. Luego, sacó una antifaz para los ojos y se lo puso, sacándolo de su mundo por completo.

Lindsay intentó dormir, pero fracasó miserablemente. Estaba demasiado tensa. Sentía una mezcla de ira, arrepentimiento, dolor y sentimiento de culpabilidad. Su cuerpo no había olvidado el contacto de la mano de Antonios. Y casi le dolía el corazón.

¿Cómo iba a sobrevivir a aquella semana? Si la estancia en Grecia se le había hecho insoportable cuando estaba segura de que su esposo la amaba, ¿qué sentiría ahora, cuando la despreciaba?

Sencillamente, no saldría bien. Tenían que cambiar de actitud.

Se quitó el antifaz con intención de hablar con él, y descubrió que la estaba mirando con una intensa expresión de nostalgia. Fue tan doloroso para ella que los ojos se le humedecieron sin poder evitarlo.

—Antonios…

Él parpadeó.

—¿Sí?

—Yo…

Lindsay estaba preparada para una mirada de odio, pero no para una mirada de amor. Y, aunque intentara convencerse a sí misma de que Antonios no la conocía y, en consecuencia, de que no la podía amar de verdad, solo fue capaz de decir:

—No importa.

—Anda, duerme un poco —dijo Antonios—. Mañana será un día largo.

Llegaron a Atenas a las once de la mañana. El cielo estaba completamente despejado, y hacía calor. El soleado otoño de la capital griega no se parecía nada al húmedo y gris otoño de Nueva York. Pero todo estaba lleno de recuerdos dolorosos para Lindsay, desde la limusina que los estaba esperando en el aeropuerto hasta la carretera que los iba a llevar a la zona montañosa donde se alzaba la casa de Antonios.

Aún recordaba la primera vez que vio la magnífica mansión y el resto de los edificios de la propiedad. En ese momento, se dio cuenta de que su matrimonio no iba a ser un cuento de hadas. Villa Marakaios no era un rincón romántico. Era un complejo, una ciudad llena de empleados y trabajadores, sin contar a Daphne, las dos hermanas solteras de Antonios y su propio hermano, Leónidas.

Era una pesadilla.

Cuando habían bajado del coche y había visto a todas las personas que los estaban esperando, le había entrado tanto miedo que había sufrido una lipotimia.

Había despertado minutos más tarde, en un sofá. La habían llevado al interior de la mansión, y una mujer de cabello plateado le había apretado un paño húmedo contra la frente. Era Daphne Marakaios, la madre de Antonios. Y tras dedicarle una sonrisa, le había dicho:

—No te preocupes. Ha sido por el sol. Pega muy fuerte en las montañas.

Daphne siempre se había portado bien con ella. Pero eso no impidió que su estancia en Grecia fuera un infierno, ni lo iba a impedir ahora. Lindsay lo sabía perfectamente, y su pánico aumentó a medida que avanzaban hacia el Norte, hacia Amfissa, la localidad más cercana a la propiedad de Antonios.

Ahora estaba sobre aviso. Era consciente de lo que le esperaba. Pero, por otra parte, daba por sentado que la familia de su marido la recibiría con desconfianza o incluso hostilidad. Podía imaginar la frialdad de Parthenope, el sarcasmo de Leónidas y el disimulado desprecio de Ava y Xanthe.

—¿Antonios?

Él la miró.

—¿Sí?

—Me gustaría que nuestra llegada sea lo más tranquila posible, es decir, que no nos esté esperando todo el mundo… —respondió con inseguridad—. Sinceramente, no me siento con fuerzas para eso.

—Me parece que no has comprendido el sentido de este viaje. Es importante que nos vean juntos. Se trata de convencerlos de que todo va bien.

Lindsay pensó que aquella farsa estaba destinada al fracaso. Los

familiares de Antonios podían tener muchos defectos, pero no eran estúpidos. Llevaba seis meses fuera del país, y cualquiera se habría dado cuenta de que pasaba algo.

—Sí, lo comprendo… pero preferiría que no estén presentes cuando lleguemos.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que los eche?

Ella sacudió la cabeza.

—No, por supuesto que no —respondió—. Solo te pido que no formen delante de la casa para darme la bienvenida.

Antonios frunció el ceño y preguntó:

—¿Como la última vez?

—En efecto.

—Recuerdo que, cuando saliste del coche, te desmayaste.

Ella asintió.

—Sí.

—Muy bien. Veré lo que puedo hacer.

Antonios apartó la mirada, y no volvieron a hablar durante el resto del viaje.

Dos horas después, salieron de la autopista y tomaron la estrecha y sinuosa carretera que ascendía entre las montañas de Giona y Parnaso. En determinado momento, el paisaje se abrió y Lindsay pudo ver el valle donde se alzaba Villa Marakaios, con sus edificios blancos bajo el sol de la tarde.

Minutos más tarde, entraron en la finca. Pero, en lugar de dirigirse a la mansión, que se encontraba frente a ellos, Antonios giró a la izquierda y detuvo la limusina delante de una casita enjalbegada, con persianas de color azul y un jardín vallado.

Era como el lugar que Lindsay había imaginado en sus sueños de enamorada. El lugar perfecto para una luna de miel.

—Nos podemos quedar aquí —dijo él, apagando el motor—. Se usa como casa de invitados, pero ahora está vacía.

—¿Cómo?

Ella lo miró con sorpresa. Tras la muerte de su padre, Antonios se había convertido en presidente de Marakaios Enterprises y en señor de aquellas tierras. Lindsay y él habían tenido que compartir la mansión con su familia y con los trabajadores de la propiedad. Leónidas era el único que tenía casa propia.

—Así será más fácil —dijo él, encogiéndose de hombros—. Nos verán menos, y no tendremos que disimular todo el tiempo. Hasta puede que sea más fácil para ti.

Lindsay guardó silencio mientras él sacaba el equipaje del maletero y lo llevaba a la casa. Su actitud había cambiado. De repente, se comportaba como un caballero.

—Gracias —susurró.

Antonios asintió y entró en la casita.

Capítulo 4

Antonios estaba tenso cuando dejó las maletas en una de las habitaciones. Siempre se ponía tenso cuando llegaba a Villa Marakaios. Sus responsabilidades laborales y familiares caían sobre él como un peso muerto cada vez que cruzaba el portón de la propiedad. Pero llevaba ese peso con orgullo, y lo aceptaba en cualquier circunstancia.

Al oír los pasos de Lindsay, que lo había seguido con tanta elegancia y dignidad como le había sido posible, se giró hacia ella y dijo:

—¿Por qué no descansas un rato? Esta noche tendremos que cenar con todo el mundo… Y, por si eso fuera poco, no tengo más remedio que irme a trabajar. Pero volveré a tiempo de llevarte a la mansión.

—De acuerdo.

—Supongo que, esta vez, no te importará que trabaje tanto…

Lindsay no dijo nada, pero él pensó que era mejor así. Cuanto menos se vieran, menos problemas tendrían. Pero, a pesar de ello, sintió una punzada de tristeza cuando salió de la casa y la dejó sola.

Antonios cruzó la propiedad y se dirigió a las oficinas de la empresa. Estaban en un edificio blanco, separado de la mansión, desde el que se veía una sucesión de viñedos y olivares que llegaban hasta el horizonte.

Al llegar a la entrada, se detuvo un momento y respiró hondo, consciente de lo que la esperaba cuando cruzara el umbral. Habían pasado diez años desde que su padre le anunció que Marakaios Enterprises estaba en quiebra, y por fin había conseguido que la empresa diera beneficios.

Pero al precio de agotarlo por completo, mental y físicamente.

Tras saludar a Alysia, su secretaria, recogió la correspondencia acumulada y se encerró en el despacho. Se alegraba de tener que trabajar, porque era la excusa perfecta para no pensar en Lindsay.

Sin embargo, pensó en Lindsay de todas formas. Se había convertido en una especie de fantasma que acechaba su mente con recuerdos tan malos como su deslealtad y tan buenos como la maravillosa semana que habían pasado en Nueva York.

Durante siete días, se había convencido de que era su alma gemela. Y luego descubrió que era una extraña.

Casi no lo podía creer. Lindsay le había hablado de su pasión por las matemáticas, y él había visto el brillo de sus ojos cuando intentaba

explicarle algún teorema. Naturalmente, Antonios no entendía nada en absoluto; pero adoraba la inteligencia y el fuego que ardían en aquellos ojos grises.

Y también le había hablado de su padre, que había fallecido poco antes de que se conocieran. Y había llorado al hablar de él. Y Antonios la había abrazado y le había secado las lágrimas con todo su cariño.

Se acordó de la primera vez que se acostaron, y de las carcajadas que ella le arrancó cuando, después de hacer el amor, le dijo que había sido tan bonito como la más perfecta de las ecuaciones.

Lindsay le hacía reír. Lindsay lo hacía feliz.

Pero todo había terminado de repente, con un escueto mensaje de correo electrónico y una conversación telefónica igualmente breve.

—Bienvenido.

Antonios apartó la vista de la pantalla del ordenador y la clavó en su hermano, que acababa de entrar.

Leónidas tenía un año menos que él, y era ligeramente más bajo y más delgado, aunque se parecían tanto que a veces los tomaban por gemelos. Su relación, que siempre había sido magnífica, se había enfriado un poco desde que Antonios había asumido la dirección de la empresa; pero no podía hacer nada al respecto. Nada, salvo confesarle el secreto de su padre. Y le había prometido que no se lo contaría a nadie.

—Gracias, Leónidas…

—¿Has tenido un buen viaje?

Leónidas arqueó una ceja y, como en tantas ocasiones, Antonios tuvo la sospecha de que su hermano sabía que tenía problemas con Lindsay.

—Sí… Ha sido más corto de lo que pensaba. Tenía intención de aprovechar la visita para conseguir clientes nuevos, pero no ha habido tiempo.

—Si quieres, me puedo encargar yo —se ofreció.

Antonios se encogió de hombros.

—Te lo agradezco, pero no es necesario —dijo—. Tengo que volver a Nueva York la semana que viene, con Lindsay.

Leónidas frunció el ceño.

—¿Vas a volver a los Estados Unidos? ¿Tan pronto?

—Lindsay tiene que terminar su investigación. Como sabes, está preparando el doctorado.

—Pensé que podía trabajar aquí…

Antonios se encogió de hombros otra vez y se odió a sí mismo por tener que mentir a su familia. Pero sabía que la farsa duraría poco. La interpretaba por el bien de su madre, y a Daphne no le quedaba mucho tiempo de vida.

—Sí, podría, pero tiene que arreglar unas cosas de su casa —replicó

—. Ya sabes cómo son estos asuntos.

A decir verdad, Leónidas no sabía nada de relaciones estables. Estaba soltero, y se dedicaba a disfrutar de la vida en su apartamento de Atenas o en su casa de Villa Marakaios. Su difunto padre lo había nombrado jefe del Departamento de Operaciones Europeas antes de morir, y viajaba con mucha frecuencia por el continente.

Sin embargo, Antonios se había empeñado en que limitara su labor al trato con clientes nuevos. Y tenía un buen motivo para ello: su miedo a que alguno de los antiguos se fuera de la lengua y a que Leónidas llegara a saber lo cerca que habían estado de perderlo todo.

—¿Y cuándo volverá?

—¿Lindsay? Aún no lo hemos decidido.

—Ah…

—¿Qué haces aquí? ¿Es que no tienes trabajo que hacer? —dijo Antonios con frialdad—. Acabo de ver un mensaje de la cadena de restaurantes de Lyon. Por lo visto, están preocupados con sus encargos.

—Me encargaré enseguida.

Leónidas lo miró con cara de pocos amigos y salió del despacho.

En cuanto se quedó a solas, Antonios se pasó las manos por el pelo y se maldijo otra vez. Mantener aquella farsa iba a ser más difícil de lo que había imaginado. Y, cuando por fin terminara, tendría que afrontar la incredulidad y la lástima de sus familiares.

Se había metido en un buen lío. Y todo, porque se había enamorado de una mujer que no lo quería.

Sacudió la cabeza y volvió a mirar la pantalla.

Ya había perdido demasiado tiempo. Y estaba harto de pensar en Lindsay.

Lindsay consiguió dormir un par de horas, y se despertó entumecida y desorientada al oír que alguien llamaba a la puerta.

Se levantó de la cama y entró en el cuarto de baño para alcanzar la bata, porque hacía demasiado calor y se había acostado desnuda. Cuando ya se la había puesto, abrió la puerta y se encontró ante un hombre que llevaba varias maletas y una criada cuyo rostro le resultó vagamente familiar.

—¿Qué ocurre? —preguntó, aún medio dormida.

—El señor Marakaios nos ha pedido que le traigamos su ropa —contestó la criada.

Lindsay se alegró de que le hablara en su idioma, porque solo entendía unas cuantas palabras del griego.

—Ah… Muchas gracias.

Se apartó de la entrada y los invitó a pasar. El hombre dejó las

maletas en el suelo y se fue. La criada se quedó y empezó a guardar la ropa en el vestidor.

Lindsay se ofreció a echarle una mano, pero la mujer insistió en hacerlo sola; así que salió del dormitorio, se dirigió al salón y se acercó a las puertas correderas que daban a la piscina.

Mientras miraba el agua, pensó que no se habría sentido más hundida si hubiera estado sumergida en el fondo.

Sin embargo, solo faltaba una hora para la cena de la mansión. Y tenía que hacer algo más importante que maquillarse y elegir su indumentaria. Tenía que prepararse mental y emocionalmente.

Se preparó un té, salió con la taza a la zona de la piscina, se sentó en una de las tumbonas y cerró los ojos, intentando concentrarse en su respiración. Luego, imaginó el enorme comedor donde cenaban los Marakaios y visualizó cada silla y cada cara mientras respiraba hondo y expulsaba el aire.

Su terapeuta le había dicho que era la mejor forma de prepararse para una situación nueva o particularmente difícil. Y lo había practicado tanto que podía imaginar cualquier cosa y seguir tranquila.

Por desgracia, el truco dejaba de funcionar cuando lo practicaba in situ. Entonces, la realidad se imponía y ella sufría un ataque de pánico.

—¿Qué estás haciendo?

Lindsay abrió los ojos. Antonios estaba en la puerta que daba al vado de la casa, frunciendo el ceño.

—¿Te encuentras bien? —continuó—. Me ha parecido que estabas hiperventilando…

Ella se ruborizó.

—No, ni mucho menos… Intentaba relajarme.

Antonios sonrió y miró la hermosa casa blanca y la piscina, cuyas aguas brillaban bajo el sol. Lindsay tuvo miedo de que hiciera algún comentario sarcástico sobre el hecho de que se sintiera tan mal en un lugar tan paradisiaco; pero, afortunadamente, se limitó a decir:

—Será mejor que te vistas. Tenemos que estar en la mansión dentro de una hora.

La criada ya se había ido cuando Lindsay volvió al dormitorio y entró en el servicio. La suerte estaba echada, pero se dio una larga ducha en la suntuosa bañera, como así pudiera retrasar el inevitable momento de la cena.

Antonios le había asegurado que sería una reunión informal, lo que significaba que debía maquillarse bien y ponerse un vestido bonito. El concepto de informalidad de los Marakaios no se parecía nada al de ella.

Cincuenta minutos después, se miró en el espejo y se pasó las manos por el vestido de lino que Antonios le había comprado en Nueva York.

No había olvidado el júbilo que había sentido al probarse ropa y desfilar para él, riendo ante sus expresiones de deseo. Se habían divertido mucho. Habían sido terriblemente felices. Y, aunque no hubiera durado, lo recordaría siempre.

Echaba de menos al Antonios de aquellos días y hasta a la Lindsay de aquellos días. Pero su amor había saltado por los aires.

—¿Estás preparada?

Lindsay se sobresaltó al oír la voz de su marido, que llamó a la puerta.

—Tenemos que irnos…

—Salgo enseguida.

Ella se miró otra vez en el espejo. Se sentía vagamente mareada, como todas las veces que estaba a punto de sufrir un ataque de pánico.

—Respira —se dijo en voz baja—. Puedes hacerlo.

Se apoyó en el lavabo y esperó a que su ritmo cardíaco volviera a la normalidad.

—Lindsay… —insistió él, impaciente.

Lindsay abrió la puerta.

—Ya estoy.

Salió del cuarto de baño y cruzó la habitación con dificultades, como si estuviera borracha. Antonios la miró en silencio durante unos segundos, y ella hizo un esfuerzo por mantenerse bien recta y con los hombros hacia atrás.

—Estás preciosa —dijo—. Me acuerdo de ese vestido.

—Gracias —acertó a decir, más nerviosa que nunca—. ¿Nos vamos?

—Por supuesto.

Al salir de la casa, Lindsay resbaló en la grava del camino. Pero Antonios la agarró del brazo e impidió que se cayera.

—Estás helada…

Lindsay prefirió no decirle que siempre estaba helada cuando sentía pánico. Era habitual en las bajadas de tensión.

—No, estoy bien.

Él no pareció muy convencido.

—Iré a buscarte un chal. Las noches de aquí son frías.

—De acuerdo.

Antonios reapareció minutos después con un chal de color lavanda, a juego con el vestido, y se lo puso sobre los hombros.

—Gracias —susurró ella.

La mansión de los Marakaios estaba a unos doscientos metros de la casita, pero a Lindsay se le hicieron tan largos como si hubieran sido doscientos kilómetros. Un lacayo les abrió las enormes puertas de la entrada, que daban al vestíbulo y a la escalera principal. Antonios le dio las gracias y saludó a los criados que iban de un lado para otro con

bandejas de canapés y copas de vino.

Ella intentó estar a la altura de la situación, y hasta se las arregló para repartir unas cuantas sonrisas. Al cabo de unos momentos, Antonios la llevó al salón donde esperaban sus familiares.

Leónidas estaba junto a una de las ventanas, a poca distancia de Xanthe y de Ava, que hablaban en susurros. Parthenope se había sentado en un sofá, y entrecerró los ojos a ver a Lindsay, que se sintió como si estuviera a punto de sufrir un infarto.

Justo entonces, Daphne Marakaios caminó hacia ella con los brazos abiertos y dijo, con una sonrisa:

—Mi querida Lindsay…

Lindsay dio dos besos a la madre de Antonios, que había perdido mucho peso desde la última vez.

—Hola, Daphne.

Daphne la miró de arriba a abajo y la tomó de la mano.

—Me alegro mucho de verte —dijo—. ¿Qué tal estás?

Lindsay tuvo la impresión de que había algo extraño en su tono de voz, y se preguntó si estaba tan mal informada sobre su estado matrimonial como creía su hijo mayor.

—Muy bien —contestó.

—Anda, ven a sentarte conmigo…

Daphne la llevó al sofá que estaba en la esquina de la sala, y Lindsay agradeció su atención, porque impedía que el resto de los Marakaios la sometieran a un interrogatorio. De momento, las cosas no iban tan mal como había imaginado. Aunque la intervención de Daphne no evitó que sus hijas le lanzaran miradas de desconfianza.

Durante los minutos siguientes, se dedicaron a charlar sobre su doctorado. A Lindsay le sorprendió que se mostrara interesada en el abstracto mundo de las matemáticas, que generalmente aburría a todos. Pero su interés parecía sincero, y la conversación tuvo un efecto mucho más calmante que cualquier ejercicio de relajación.

—Tú trabajo me fascina casi tanto como tú —le confesó Daphne—. Eres muy inteligente, y extraordinariamente creativa.

Lindsay sonrió o, por lo menos, le ofreció un conato de sonrisa, porque sus palabras la habían emocionado tanto que se sintió culpable.

Si se hubiera quedado en Grecia, si se hubiera esforzado por establecer un vínculo más profundo con aquella maravillosa mujer, las cosas podrían haber sido diferentes. Si hubiera tenido más paciencia con las hermanas de Antonios, si se hubiera ganado su amistad, no la habrían mirado como la miraban ahora, con frialdad y recelo.

Pero la miraban así, y volvió a sentir pánico.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Daphne con preocupación, al ver que Lindsay se llevaba una mano al pecho.

—Sí, sí, me encuentro perfectamente bien —respondió con debilidad—. Solo estoy cansada del viaje… Pero, ¿cómo estás tú? Antonios me ha dicho que…

Daphne sonrió con sorna.

—Si te lo ha dicho, ya sabes que no estoy pasando por mis mejores días. Sin embargo, mi vida ha sido bastante buena. Me arrepiento de pocas cosas.

A Lindsay le pareció que era una confesión admirable. La mayoría de la gente habría negado que se arrepintiera de algo, pero Daphne no era como la mayoría.

¿Y ella? ¿Cómo era ella?

¿Se arrepentía de haberse casado? ¿Se arrepentía de haberse enamorado? ¿Se arrepentía de haber abandonado a su marido?

—¿Pasamos al comedor? —dijo Antonios.

Lindsay se había sumido tanto en sus pensamientos que se sorprendió cuando alzó la vista y lo descubrió ante ella, con una sonrisa en los labios. Estaba impresionante con su camisa blanca, su corbata de color azul marino y su traje oscuro. Todo en él le recordaba lo felices que habían sido en Nueva York.

Se levantó y aceptó su brazo, contenta de poder apoyarse en alguien. Antonios parecía relajado, pero estaba tenso como un cable de acero.

El interrogatorio empezó minutos después, cuando ya se habían sentado a la mesa.

—¿Qué tal te va en los Estados Unidos? —se interesó Parthenope.

Lindsay respiró hondo.

—Bien, aunque hace bastante más frío que aquí.

—Has estado mucho tiempo fuera —dijo Xanthe, que entrecerró los ojos.

—Sí, es que estoy preparando el doctorado, y tengo que terminar mi investigación.

Lindsay sacó fuerzas de flaqueza y alcanzó el tenedor para empezar a comer. Por el tono de las hermanas de Antonios, era evidente que sospechaban algo.

—Yo pensaba que podías investigar en cualquier parte… —declaró Ava.

A Lindsay se le hizo un nudo en la garganta. Ava tenía veintiséis años, la misma edad que ella; pero la miraba como si estuviera ante un ser inferior, una criatura egoísta que había abandonado a su marido para estudiar matemáticas.

—Y es cierto, pero tenía que solventar unos cuantos problemas en Nueva York.

—Entonces, ¿ya has terminado? ¿No vas a volver a los Estados Unidos? —preguntó Parthenope, con más frialdad que antes.

Lindsay tragó saliva. Si decía que se iba a quedar, estaría mintiendo y, si decía que iba volver, se condenaría a otra ronda de preguntas incómodas.

Afortunadamente, Antonios salió en su rescate.

—Me temo que Lindsay tiene que regresar a Nueva York —anunció —. Pero sabe que su hogar esta aquí.

Parthenope asintió como la mujer tradicional que era. Una mujer que jamás se habría apartado de su esposo.

Lindsay alcanzó su copa de vino y se la llevó a los labios, pero sus manos estaban tan sudorosas por la tensión que se le resbaló y cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos y salpicándole el vestido.

—Oh, lo siento mucho… —dijo, aterrorizada.

—No te preocupes, querida —intervino Daphne—. Son cosas que pasan.

Lindsay apretó los puños y se clavó las uñas en la palma, con la esperanza de que el dolor se llevara su miedo. Había probado todas las técnicas posibles para evitar los ataques de pánico, desde los ejercicios de respiración hasta la solución desesperada de tomarse un par de copas. Pero todas habían fracasado.

—Disculpadme un momento.

Rápidamente, se levantó de la silla y se dirigió a la salida. Antonios la miró con el ceño fruncido, pero ella no se detuvo. Estaba segura de que, si no se marchaba de inmediato, haría un ridículo mayor.

Al llegar al cuarto de baño, se apoyó en el lavabo y se refrescó la cara. Estaba muy nerviosa, pero se sintió algo mejor tras un par de minutos. Y, justo entonces, reparó en la mancha de vino que tenía en el vestido.

No podía volver al comedor en esas condiciones.

Derrotada, se sentó en el suelo y sacudió la cabeza. Aquello era desesperante. Si hubiera podido, se habría quedado eternamente en el cuarto de baño.

—¿Lindsay? ¿Estás ahí?

Era Antonios. Estaba el otro lado de la puerta.

—Márchate, por favor.

—Abre la puerta…

Ella estuvo a punto de soltar una carcajada. Lo conocía bien, y sabía que era capaz de tirar la puerta si no le abría. Siempre había sido un hombre muy decidido. Era una de las cosas que más le gustaban de él.

—Márchate, te lo ruego —insistió.

—¿Te encuentras bien?

Esta vez, Lindsay rio. Pero sin humor alguno.

—No.

Antonios llevó la mano al pomo y, como no giraba, empujó con el hombro y forzó la puerta. Lindsay se preguntó si había alguna cosa

capaz de detener a aquel hombre.

—Dios mío… —dijo él al verla en el suelo—. ¿Qué ocurre? ¿Estás enferma?

Él se puso de cuclillas y la miró a los ojos.

—No, no estoy enferma…

—Entonces, ¿qué pasa?

Fue una pregunta inocente, pero también fue la gota que colmó el vaso de la paciencia de Lindsay. Estaba cansada de que no la entendieran. Estaba harta de tener que ocultarse. Si quería saber la verdad, se la diría. Y si prefería no creerla, peor para él.

—Es un ataque de pánico —contestó.

Se levantó del suelo y se lavó la cara, aunque ya se la había lavado antes. Antonios se incorporó y la miró con asombro.

—¿Un ataque de pánico?

—Sí, eso he dicho. Sufro de lo que generalmente se llama fobia social. Me ocurre a veces, cuando estoy en situaciones difíciles o soy el centro de atención.

—¿Y ya tenías fobia social cuando nos casamos?

—Sí.

—Pero nunca me dijiste que…

—¿Que no lo te dije? —lo interrumpió—. Intenté decírtelo, Antonios. Intenté explicártelo. Pero no me escuchabas.

—¡Te habría escuchado si me lo hubieras dicho sin rodeos! —protestó él.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Estás seguro de eso?

Antonios guardó silencio durante unos segundos y, al final, declaró:

—Voy a hablar con mi familia, para decirles que nos vamos. Pero volveré enseguida… ¿Estarás bien?

—Por supuesto.

—Sé sincera conmigo, Lindsay… ¿Estarás bien? —repitió.

Lindsay soltó un suspiro.

—Sí.

Antonios se dirigió al comedor a toda prisa. Estaba muy enfadado y, aunque no sabía por qué ni con quién, tenía la sospecha de que estaba esencialmente enfadado con él mismo.

Seis caras se giraron hacia él cuando entró en la sala: las de Daphne, Leónidas, Xanthe, Ava, Parthenope y el marido de esta. Los seis se habían quedado atónitos cuando Lindsay se marchó del comedor, y era obvio que esperaban algún tipo de explicación.

—Lindsay no se encuentra bien —les dijo—. Voy a llevarla a casa.

Daphne se levantó y lo miró con preocupación.

—¿Puedo hacer algo al respecto?

—No, no te preocupes. Solo necesita descansar.

Antonios se despidió de ellos y regresó al servicio. Lindsay seguía allí, con las manos apoyadas en el lavabo.

—Será mejor que volvamos en coche.

—No soy una inválida. Puedo caminar.

—Lo sé, pero es mejor así.

Lindsay tenía muy mal aspecto; estaba pálida, y tan sudorosa que el pelo se le pegaba a la cara. Antonios se angustió tanto que se le encogió el corazón. Quería protegerla, cuidar de ella. Y, al mismo tiempo, quería gritarle.

¿Por qué no se lo había dicho?

En cualquier caso, no era el momento más oportuno para formular preguntas y exigir respuestas. Eso podía esperar.

La tomó del brazo, la sacó del cuarto de baño y la llevó hasta el vado de la mansión, donde sabía que los estaría esperando un vehículo. Había hablado con uno de los criados y le había pedido que hiciera de chófer.

Abrió la portezuela y la ayudó a subir. Lindsay no dijo nada, pero tampoco se resistió.

Segundos después, se pusieron en marcha.

Capítulo 5

En cuanto entraron en la casa, Antonios se dirigió al cuarto de baño y abrió el grifo de la bañera. Lindsay se quedó en el umbral, agotada física y emocionalmente; sabía que su marido querría respuestas en algún momento, y no tenía energía para dárselas.

—Báñate —dijo él—. Hablaremos cuando termines.

Lindsay se alegró de que le hubiera preparado un baño, porque era la excusa perfecta para no tener que hablar con él. Antonios se marchó y ella se quitó el manchado vestido y se metió en el agua caliente.

Durante su estancia anterior en Grecia, había conseguido ocultar su problema a la familia de Antonios y a él. Había resistido tres meses enteros. Pero esta vez se había hundido a la primera de cambio.

Desesperada, se preguntó qué pensaría Antonios de ella. Le habría gustado pensar que no le importaba, pero se habría mentido a sí misma. Odiaba los ataques de pánico con todas sus fuerzas. Los veía como un síntoma de debilidad. Ese era el motivo por el que lo había guardado en secreto.

Pero ahora no importaba que lo supiera. Su matrimonio estaba roto. Ya no tenían ninguna relación.

Media hora más tarde, salió de la bañera, se secó y se envolvió en un albornoz. Se sentía mejor que antes, pero no le apetecía nada salvo dormir. Luego, se cepilló el pelo, se lavó los dientes y, como no podía quedarse toda la noche en el cuarto de baño, respiró hondo y abrió la puerta para enfrentarse a su marido.

Antonios se había servido un vaso de whisky, y estaba sentado en el sofá del salón, a la luz de la luna. Cuando la oyó, se giró hacia ella. Lindsay pensó que había llegado el momento de las recriminaciones, pero él se limitó a decir:

—¿Por qué?

Su voz sonó tan débil y desolada que Lindsay se sintió profundamente culpable.

—¿Qué me estás preguntando, Antonios?

—¿Por qué no me lo dijiste?

Lindsay se sentó en el sofá, pero en el extremo contrario.

—Lo intenté, pero…

—No recuerdo haberte oído que sufrieras fobia social.

Ella se cerró un poco más el albornoz.

—Bueno, puede que no lo dijera con esas palabras.

—¿Y por qué no lo dijiste? Si lo hubiera sabido, te habría entendido mejor. Y me habría esforzado aún más por escucharte.

—¿Aún más? Disculpa, Antonios, pero no me escuchaste nunca… Dos días después de que llegáramos a Grecia, te fuiste en viaje de negocios.

Él se puso tenso.

—No tuve otra opción.

—No, claro que no.

—Además, ni siquiera protestaste.

—Eso depende de qué se entienda por protestar —ironizó—. Te pregunté por qué te marchabas tan pronto, y me dijiste que era importante. Te faltó poco para darme una palmadita en la cabeza, como si yo fuera un perro. O para regalarme un caramelo, como si fuera una niña.

Antonios entrecerró los ojos.

—¿Me estás acusando de ser condescendiente contigo?

—Premio para el caballero —se burló Lindsay—. Sí, exactamente. Te estoy acusando exactamente de eso.

Antonios guardó silencio durante unos segundos y, a continuación, dijo:

—No pretendía ser condescendiente. Pero, de todas formas, eso no tiene nada que ver con el hecho de que no me lo contaras.

—¿Ah, no? Y dime, ¿cómo le contarías algo así a un hombre que insiste en decir constantemente que todo saldrá bien, que no pasa nada, que hay que dar tiempo al tiempo y que es mejor no preocuparse?

—En circunstancias normales, es la mejor actitud… —alegó.

—Pero no eran circunstancias normales. Me acababa de mudar a un país donde ni siquiera hablan mi idioma.

—Toda mi familia habla tu idioma.

—Los criados, no —dijo—. Y tuve que supervisar a los criados para organizar una fiesta cuando solo llevaba una semana aquí.

Antonios suspiró.

—Pensaba que te estaba haciendo un honor… A fin de cuentas, eras la señora de la casa, la anfitriona…

—Tú no me preguntaste nunca si quería ser la señora de una mansión. No te interesaste por lo que esperaba del matrimonio, y mucho menos de la vida —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. Sí, tendría que haber sido más explícita. Tendría que haberte dicho las cosas con más claridad. Pero te aseguro que lo intenté, aunque no te dieras cuenta. Lo intenté a pesar de que me sentía absolutamente abrumada.

—Ahogada, según dijiste…

Ella asintió.

—Sí, en efecto. Como si me estuviera ahogando.

—Y yo no siquiera sabía que sufrías ataques de pánico… —dijo él con incredulidad—. ¿Cómo puede ser? ¿Cómo es posible que no me diera cuenta?

—Bueno, eso no tiene nada de extraño. Intenté ocultártelo a ti y, por supuesto, se lo intenté ocultar a tu familia.

—Así que me querías decir una cosa y, al mismo tiempo, me lo ocultabas.

—Supongo que sí.

Él se pasó una mano por el pelo.

—Dime algo más, Lindsay… Sobre tu problema, quiero decir.

—Ya has visto todo lo que hay que ver.

—No, quiero saber más cosas. Cómo empezó, como lo sobrellevas…

Lindsay notó su preocupación y deseó que las cosas hubieran sido distintas. Deseó haber sido más valiente, y que Antonios hubiera sido más atento. Sin embargo, no creía que el suyo fuera un simple problema de comunicación, que se arreglara con unas cuantas palabras pronunciadas a tiempo. Era un problema más profundo, relacionado con sus respectivas personalidades y con lo que esperaban de la vida y del amor.

Desgraciadamente, ya era tarde para ellos. Pero aún le podía dar las respuestas que necesitaba. Quizá facilitara las cosas, y les hiciera sentirse mejor.

—Fui una niña tímida, bastante introvertida. Tartamudeaba un poco, y tenía tanto miedo de ir al colegio que me daban dolores de estómago…

Él asintió, completamente concentrado en su historia.

—Mi madre procedía de una familia de profesionales famosos. Su padre era un físico que daba conferencias por todo el mundo y su madre, una profesora de literatura inglesa que escribía novelas de bastante éxito. Supongo que, cuando se casó con mi padre, que era profesor de matemáticas, pensó que su vida sería como la de sus progenitores.

—¿Y no lo fue?

Lindsay sacudió la cabeza.

—A mi padre le encantaba su trabajo, pero detestaba la fama.

—Comprendo…

—Y, por si fuera poco, ella tuvo que dejar su empleo cuando se quedó embarazada de mí —continuó Lindsay—. No me lo perdonó nunca.

Antonios frunció el ceño.

—¿Por qué? Nada impedía que volviera a trabajar.

—No, nada. Y hasta es posible que regresara a la enseñanza.

—¿Es que no lo sabes?

Ella sacudió la cabeza.
—Me abandonó, Antonios. Nos dejó cuando yo tenía nueve años.
Él se quedó asombrado.
—No me habías dicho nada…
—Supongo que hay muchas cosas que no te he dicho. Es que… Bueno, es que me cuesta hablar de mi madre.
—¿Y te volviste más nerviosa cuando se marchó?
—Sí, pero ya sufría ataques de pánico por entonces —dijo—. Mi madre organizaba una especie de reuniones literarias. De vez en cuando, invitaba a un grupo de amigos suyos y charlaban sobre filosofía, arte y libros. Pero siempre se empeñaba en que yo recitara un poema o representara algo delante de todos.
—Y a ti no te gustaba…
—No. Lo odiaba con todas mis fuerzas. Pero habría hecho cualquier cosa por contentarla, así que me aprendía poemas para recitarlos después. Y, sistemáticamente, me quedaba en blanco. A veces me ponía tan nerviosa que no podía ni hablar… Mi madre se enfadaba tanto conmigo que hasta me retiraba la palabra.
—Pero eso es terrible… —dijo Antonios, espantado—. ¿Y qué hacía tu padre?
—Nada. Estaba tan concentrado en su trabajo que no se daba cuenta. Y yo me sentía tan mal que no me atrevía a decírselo.
—¿Por eso te lo callaste conmigo? ¿Porque te daba vergüenza?
Ella se encogió de hombros.
—Sí, es posible. Hace años que me esfuerzo por asumir y controlar mi ansiedad, pero cada vez que pienso que mi madre se avergonzaba de mí… —a Lindsay se le quebró la voz—. Me temo que se fue por mi culpa.
Antonios la miró de una forma extraña, que ella no supo interpretar.
—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó en voz baja.
Lindsay apartó la mirada.
—Mi padre terminó por darse cuenta de que me pasaba algo. Yo tenía ocho años por entonces. Me llevó a un psicólogo para que me examinara y diagnosticara —respondió—. Poco después, aceptó un trabajo en el norte del estado de Nueva York y nos mudamos a la casa donde vivo ahora… Mi madre no lo pudo soportar. Había dejado Chicago para vivir en una zona residencial de mala muerte.
—Entonces, se fue por eso. No fue culpa tuya —alegó.
Ella respiró hondo y lo volvió a mirar a los ojos.
—Supongo que todo tuvo algo que ver… El sitio, mi padre y yo. Recuerdo la cara que puso cuando fuimos a ver la casa nueva por primera vez y recorrimos las habitaciones, que aún estaban vacías. Guardó silencio hasta que mi padre se interesó por su opinión, y ella dijo que no era lo que esperaba. Naturalmente, mi padre pensó que se

refería a la casa o al barrio, pero se equivocó.

—¿A qué se refería?

—A nosotros. A vivir con nosotros —respondió—. No era feliz con nosotros.

—¿Dijo eso? —preguntó, atónito.

—Sí.

—Dios mío…

—Habló con mi padre aquella noche. Estaban en su habitación, pero yo los oí desde mi dormitorio. Dijo que no lo soportaba más, que no podía vivir en lugar como ese y con una niña como yo. Dijo que se marchaba.

—Oh, Lindsay… No sabes cuánto lo siento.

Antonios se acercó a ella, la tomó entre sus brazos y la sentó sobre sus piernas. Lindsay estaba tan sumida en su desesperación que no se dio cuenta hasta el final.

—Ya no importa. Fue hace mucho tiempo.

Ella rompió a llorar sin poder evitarlo. Y Antonios le secó las lágrimas con los pulgares, como se las había secado en Nueva York cuando le dijo que su padre acababa de morir: con delicadeza y cariño.

—Y te culpas a ti misma, claro. Te sientes responsable.

Lindsay asintió.

—¿Tenías miedo de que yo reaccionara del mismo modo? —continuó.

—Yo…

—Dímelo, por favor —insistió él.

Ella sacó fuerzas de flaqueza y empezó a hablar, muy despacio.

—Sinceramente, no lo sé. Pero odio que la gente sepa lo que me pasa… Y odio que por fin lo sepas, aunque ya no importe —declaró—. Supongo que me sentí contigo como me sentía con mi madre. Me esforzaba por ocultar mi ansiedad porque sabía que ella se enfadaría. Y, al mismo tiempo, ansiaba que lo viera… que me viera a mí, que viera cómo soy.

—Y yo no te vi nunca —dijo él—. Creí que te conocía, pero no era cierto.

Ella no dijo nada.

Antonios le acarició el cabello, le puso una mano en la mejilla y se sumió en un silencio largo, que rompió para preguntar:

—¿Qué pasó cuando os mudasteis a Nueva York?

—Que todo se complicó. Mi padre tenía la esperanza de que las cosas mejoraran, pero mi madre se fue y yo empecé a sufrir ataques de pánico hasta en el colegio, por el simple hecho de que me hicieran una pregunta, sin ningún motivo. Él estaba tan desesperado que, al cabo de un par de años, me sacó del colegio y lo organizó todo para

que yo pudiera estudiar en casa. Terminé la primaria en una ciberacademia de Internet.

Lindsay suspiró. Para ella había sido un alivio. Ya no tenía que soportar las burlas y la desconfianza de sus compañeros de clase, que la dejaron completamente sola. Su padre hacía lo posible por estar en casa y echarle una mano, pero carecía del tiempo y los recursos necesarios para apuntarla a cursos o actividades extraescolares donde pudiera conocer gente y hacer amigos.

—Aquello tuvo sus ventajas —prosiguió ella—. Hice la secundaria del mismo modo, y me fue tan bien que, a los quince años, ya había aprobado todos los cursos. Pero no estaba preparada para la universidad, y lo pasé mal al principio. Me di cuenta de que no podía seguir así, de modo que volví al psicólogo e hice lo posible por controlar mi ansiedad. Las matemáticas me ayudaron mucho. Los números son fiables. No cambian nunca.

—Te las arreglaste bastante bien, según parece.

—Bueno, siempre me he sentido a gusto en el mundo académico. Además, hice toda la carrera en la misma facultad, lo cual contribuyo a que me sintiera más segura. Poco a poco, me fui acostumbrando a las clases y, al final, hasta podía hablar en público.

—Y fue entonces cuando murió tu padre…

—En efecto —dijo—. Sufría de demencia senil, y yo me veía obligada a cuidar de él. Pero no me importaba.

—Debió de ser muy duro.

—Lo fue. Y, cuando se murió, me hundí por completo. Llevaba quince años en aquella casa, pero siempre había estado con él, y fue como si me encontrara de repente en un lugar desconocido… Aquella noche, la noche en que nos conocimos, fui a la ciudad de Nueva York porque necesitaba escapar de todo, incluso de mí misma.

—Y yo te ofrecí el sitio perfecto para escapar… Un cuento de hadas.

—Exactamente.

Antonios sacudió la cabeza y la miró con pesar.

—Siento no haberlo sabido antes. Siento que no te sintieras con fuerzas para contármelo.

—De todas formas, no habría cambiado nada…

Él frunció el ceño.

—¿Cómo puedes decir eso? Lo estabas pasando mal, Lindsay.

—Cometí un error al casarme contigo, y uno mayor al mudarme a Grecia. Tendría que haber sabido que lo nuestro no era real, que no podía salir bien.

Antonios no dijo nada, y Lindsay se preguntó si su silencio significaba que estaba de acuerdo con ella. Pero, a decir verdad, ni siquiera sabía si quería que le diera la razón. Solo sabía que su relación estaba rota.

—Se está haciendo tarde —declaró él tras unos momentos—. Deberías dormir.

Se inclinó sobre ella y le dio un beso en la frente. Lindsay cerró los ojos e intentó no llorar. Convencerse de que no amaba a Antonios le había resultado fácil cuando se comportaba como un canalla arrogante; pero era extraordinariamente difícil cuando la trataba con cariño.

—Gracias por contármelo, Lindsay.

Él la miró con intensidad, le apartó un mechón de la cara y le dedicó una sonrisa triste. Ella intentó devolverle la sonrisa, pero estaba tan emocionada que habría se habría derrumbado sin remedio; así que se levantó y se fue.

Antonios se quedó en el salón y bebió más whisky de la cuenta mientras Lindsay se preparaba para dormir. La oía en el dormitorio, abriendo y cerrando cajones. Y oyó el frufrú del albornoz cuando se despojó de él.

Entonces, imaginó su piel de alabastro, clara y suave, y los grandes senos que en otra época había tomado entre sus manos y succionado. Imaginó su estrecha cintura, sus redondeadas caderas y las largas piernas que tantas veces se habían cerrado sobre él. Imaginó su rubio y sedoso cabello, cayéndole sobre el pecho.

Habían sido muy felices, aunque por poco tiempo. Pero ahora sabía que se había equivocado con ella. Creía que la conocía bien, y la había juzgado y condenado sin ser consciente de su situación.

Sin saber que se estaba ahogando.

Se sirvió otro whisky y se lo bebió de un trago. Necesitaba sentir su ardor en la garganta. Necesitaba su efecto adormecedor, para poder olvidar.

Había estado ciego, y no era la primera vez. Le había sucedido lo mismo con su padre. Se había negado a ver que Marakaios Enterprises se encontraba al borde del desastre. Se había convencido de que todo iba bien, igual que en su matrimonio.

¿Qué demonios le pasaba? ¿Cómo era posible que no viera lo que estaba delante de sus narices, a plena luz?

Solo había una explicación: no lo veía porque no lo quería ver. Tenía miedo de verlo.

Al pensar en su relación con Lindsay, se acordó de momentos que tendrían que haber encendido sus alarmas; momentos que había desestimado porque era la salida más fácil. Lindsay con ojos enrojecidos, diciendo que le dolía la cabeza. Lindsay abandonando una cena de un modo extrañamente repentino.

Era verdad. No lo había visto porque no lo quería ver.

Pero ¿qué podía hacer ahora? La había obligado a volver a Grecia y le había exigido que interpretara un papel que le disgustaba.

Desgraciadamente, no tenían más opción que seguir con la farsa. El bienestar de su madre estaba por encima de otras consideraciones. Pero se aseguraría de que su papel no implicara ejercer de anfitriona o ser el centro de atención. Era lo menos que podía hacer por ella.

Ya eran las dos de la madrugada cuando se levantó del sofá. Al pasar por delante del dormitorio, se detuvo un momento y se asomó. Su esposa se había quedado dormida. Llevaba un camisón blanco que subía y bajaba lentamente, siguiendo el ritmo de su respiración.

Antonios admiró la forma de sus senos y sintió una mezcla de deseo y tristeza.

Era demasiado tarde. Habían pasado demasiadas cosas; demasiado dolor, demasiados malentendidos, demasiadas recriminaciones. Y su matrimonio estaba roto. Lindsay lo había dejado bien claro.

Sin darse cuenta de lo que hacía, se desnudó y se acostó. La cama era gigantesca, pero se sintió ridículamente pequeño. Se había portado como un idiota y, por si fuera poco, había cometido el error de sentar a Lindsay sobre sus piernas y condenarse a recordar lo que había perdido al expulsarla de su vida.

Por suerte, había tomado tanto whisky que, al final, surtió el efecto deseado. Y se quedó dormido.

Lindsay se despertó al amanecer, cuando la primera luz del día atravesaba las cortinas de la ventana.

Parpadeó, cerró los ojos de nuevo y se acurrucó bajo las sábanas, imaginando que Antonios le había puesto una mano en el pecho y metido una pierna entre los muslos. La sensación fue tan maravillosa que se arqueó, excitada.

Su mente se llenó entonces de recuerdos. Se vio riendo con él, abrazada a él, haciendo el amor con él. Y entonces, le subió el camisón, le acarició un pezón y le metió una mano entre las piernas, arrancándole un gemido.

Le gustó tanto que estuvo a punto de dejarse llevar. A fin de cuentas, era lo que necesitaba. Sin embargo, también era demasiado real como para ser un producto de su imaginación, así que abrió los ojos de nuevo y giró la cabeza hacia un lugar donde no debía haber nadie.

Pero lo había.

Antonios estaba allí, magníficamente excitado. Y, por su expresión, tan sorprendido como ella misma.

Lindsay se apartó rápidamente y se bajó el camisón.

—Lo siento —dijo él—. Supongo que me he dejado llevar.

—No te disculpes. Los dos nos hemos dejado llevar.

Antonios clavó la vista en el techo, se sentó en la cama y, tras unos segundos de silencio, se levantó y se dirigió al cuarto de baño, desnudo.

—Le prometí a mi familia que desayunaríamos con ellos en la mansión —dijo mientras caminaba—. Pero, si te resulta más fácil, podemos desayunar aquí e ir luego a ver a mi madre, cuando ya no estén los demás.

—No hace falta. Creo que puedo soportar un desayuno.

Él se giró y entrecerró los ojos.

—No te obligues a hacer algo que no puedes hacer.

—Estoy bien, Antonios. No te lo diría si no me creyera capaz.

Él asintió y desapareció en el interior del cuarto de baño. Lindsay se quedó en la cama y se preguntó qué habría pasado con su matrimonio si Antonios se hubiera mostrado tan cariñoso y comprensivo cuando estaban juntos. ¿Habría sobrevivido? Era una pregunta difícil, y sin respuesta.

Solo sabía que se había marchado porque no soportaba aquella situación. Antonios estaba de viaje casi todo el tiempo y, cuando no lo estaba, la arrastraba a una sucesión de comidas, cenas, fiestas y recepciones que le causaban una ansiedad insoportable. Sus ataques de pánico se volvieron más intensos que nunca. Se encontraba en un país desconocido y con un hombre que, de repente, también le parecía un desconocido.

No tuvo más remedio que huir. Una mañana, se despertó y se dio cuenta de que no tenía fuerzas para seguir adelante, para asistir a más celebraciones y mantener más conversaciones superficiales con su propio esposo. Así que se marchó. De la forma más cobarde posible, sin explicaciones. Le dijo que tenía que volver a Nueva York para arreglar unos asuntos relativos a la casa de su padre y se fue.

Naturalmente, Antonios la creyó. De hecho, estaba convencido de que volvería al cabo de una semana.

Durante el vuelo a Nueva York, se sintió como si fuera una zombi. No comió ni bebió nada en todo el viaje. Se limitó a quedarse con la mirada perdida, como si estuviera en una especie de hibernación.

Cuando llegó a su domicilio y notó el aroma del tabaco de su padre, que aún impregnaba la casa, rompió a llorar. Y ni siquiera sabía por qué estaba llorando. ¿Por su padre? ¿Por su matrimonio? ¿Por su propia debilidad? Tal vez, por todo al mismo tiempo.

A pesar de ello, sacó fuerzas de flaqueza y le escribió aquel escueto mensaje de correo electrónico donde le decía que su matrimonio era un error y que no tenía intención de volver. Antonios la llamó esa misma tarde y, cuando ella se atuvo a lo mismo que le había dicho por escrito, él le colgó el teléfono.

Las semanas siguientes fueron un combate por retomar su vida y reconstruir lo poco que le quedaba. Volvió al psicólogo, volvió a la investigación de su doctorado y, tras reunirse con unos cuantos amigos que no le hicieron demasiadas preguntas sobre su breve y fracasada experiencia matrimonial, se convenció de que había superado el bache y olvidado a Antonios.

Pero no era cierto.

Se sentó en la cama y se concentró en el sonido de la ducha, imaginando el cuerpo desnudo de su esposo. Un cuerpo que conocía casi tan bien como su propio cuerpo. Y que había extrañado terriblemente.

Ya no podía volver a su vida anterior. Antonios le había enseñado el amor verdadero, y su sabor le gustaba tanto que no sería feliz sin él. Ahora lo sabía. No encontraría satisfacción alguna en su solitaria existencia. Pero tampoco podía volver con su esposo. Lo suyo había terminado; solo había sido un sueño bonito.

Desayunaron en silencio, y sin mirarse siquiera a los ojos. Lindsay se había duchado, se había recogido el pelo en una trenza y se había puesto unas sandalias y un vestido de color verde pálido. Él llevaba unos chinos de color caqui y una camisa blanca que enfatizaba el moreno de su piel.

Estaba tan maravillosamente atractivo que sintió el deseo de arrojarse a sus brazos. Pero ninguno de los dos se podía permitir el lujo de arriesgarse a otra situación como la que habían vivido esa misma mañana.

Cuando terminaron de desayunar, salieron de la casa y se dirigieron a la mansión. Todos los estaban esperando, y todos los miraron con interés. Pero, a diferencia de la noche anterior, Antonios la tomó del brazo y la llevó hasta su silla con suma delicadeza, como si fuera el objeto más frágil y valioso del mundo.

—¿Te encuentras mejor, Lindsay? —preguntó Daphne con amabilidad.

—Sí, creo que sí —contestó ella mientras un criado le servía un café —. Lamento haberme marchado de esa forma. Fue cosa del cansancio.

Ava y Parthenope intercambiaron una mirada irónica, como si supieran algo que no debían saber. Lindsay se preguntó qué sería, pero decidió que no tenía importancia y se concentró en el desayuno.

Pasada la prueba, Antonios la acompañó al exterior del comedor y dijo:

—¿Quieres que te acompañe a casa? Me temo que yo tengo trabajo que hacer…

—Supongo que sí.

Lindsay miró a Antonios y lamentó no ser adivina. Habría dado cualquier cosa por saber lo que estaba pensando; lo que pensaba de la

conversación de la noche anterior y de lo que había ocurrido aquella mañana, en el dormitorio.

Evidentemente, no había cambiado nada. Seguían en el mismo punto. Pero ¿quería que cambiara algo?

Lindsay prefirió no preguntárselo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él cuando llegaron a su destino.

—Por supuesto que sí. Tengo fobia social, no una enfermedad grave —respondió de forma brusca—. No me trates como si me fuera a romper.

—Solo intentaba ser amable.

Ella sacudió la cabeza.

—Lo siento, Antonios. Es que todo esto es tan difícil para mí…

—Lo sé, e intento facilitarte las cosas.

—No me refería a la situación con tu familia, sino a la conversación que mantuvimos anoche. Odio parecer tan débil.

Él arqueó una ceja.

—¿Crees que pareces débil? Pues estás muy equivocada… De hecho, me pareces extraordinariamente fuerte.

Ella lo miró con asombro.

—¿Por qué dices eso?

—Porque hay que ser muy fuerte para soportar lo que tú has soportado desde tu infancia —respondió—. Y lo disimulas tan bien que ni yo mismo me había dado cuenta. Aunque quizás estaba demasiado ciego.

—No fue culpa tuya, Antonios. Fue culpa de los dos.

—Es posible, pero de todas formas…

Se miraron a los ojos durante unos segundos y, acto seguido, con un nudo en la garganta, Lindsay dio media vuelta y entró en la casa.

Mientras ella sacaba su ordenador portátil, él alcanzó su móvil y una chaqueta y dijo:

—Hasta luego.

Lindsay asintió.

Le habría gustado que las cosas hubieran sido distintas, pero no lo eran. Y pensó que nunca lo serían.

Capítulo 6

Antonios pasó la mañana en su despacho, pero no se podía concentrar en el trabajo. Su mente volvía una y otra vez a Lindsay y a las cosas que le había contado la noche anterior.

Pero también volvía a lo sucedido aquella mañana.

Le había gustado tenerla entre sus brazos. Había tenido que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no tomarla, para no hacerle el amor y darse y darle placer.

Al fin de cuentas, habría sido un placer amargo. Por muy bien que se llevaran en la cama, un matrimonio necesitaba algo más. Y ahora que había asumido la infelicidad matrimonial de Lindsay, se sentía culpable y profundamente deprimido.

Todo había cambiado de la noche a la mañana. Cuando ella lo abandonó, se convenció a sí mismo de que había hecho lo posible por hacerla feliz. Le había comprado ropa y joyas, le había demostrado lo mucho que la deseaba, le había abierto las puertas de su hogar y la había convertido en miembro de su propia familia. Se había convencido de que era suficiente, pero ahora sabía que estaba en un error.

Al final, cansado de no poder trabajar, salió del despacho y volvió a la casita bajo el sol de mediodía. No tenía nada en mente. No sabía qué le iba a decir. Ni siquiera sabía si había algo que decir. Pero necesitaba verla otra vez.

Tras abrir la puerta, se quedó un momento en la entrada, observándola. Lindsay se había sentado en el sofá, con el portátil sobre las piernas, y parecía absolutamente concentrada en la pantalla. Se le habían soltado un par de mechones de la coleta, y movía los labios como si estuviera hablando para sí misma.

—¿Qué haces? —preguntó con curiosidad.

Ella se giró hacia él.

—Estoy investigando un poco.

Lindsay le había hablado de su doctorado, pero Antonios no había entendido gran cosa. Quizá, porque estaba más interesado en enseñarle su mundo que en ver el de ella. Se había comportado de una forma increíblemente egoísta. Había actuado como si Lindsay pudiera renunciar a su vida anterior y a sus amigos sin pestañear. Y, en lugar de hacerla feliz, la había hecho desdichada.

Se acercó a ella y se sentó en el borde del sofá. Deseaba tocarla,

llevar una mano a sus muslos y acariciarlos. Pero se refrenó.

—¿Y qué estás investigando?

Ella frunció el ceño.

—¿Te interesa de verdad?

—No te lo preguntaría si no me interesara..

—Bueno —dijo ella, encogiéndose de hombros—, ahora estoy trabajando con las distancias máximas de los números primos.

—Ah… —dijo él, sin entender nada.

Lindsay sonrió.

—Será mejor que me lo expliques en mi idioma —continuó Antonios.

—No me digas que te suena a griego… —ironizó ella.

Él también sonrió.

—Sí, algo así —le confesó—. Pero seguro que estás acostumbrada a que la gente no entienda lo que haces.

—Está bien, intentaré explicártelo. ¿Sabes qué es un números primo?

—Un número natural que solo es divisible por 1 o por ese mismo número.

—Exacto —dijo ella—. Pues bien, la distancia es la diferencia que hay entre dos números primos; y la distancia máxima, la diferencia máxima.

—¿Como la diferencia que hay entre el tres y el siete?

—Sí, pero estoy trabajando con números mucho más grandes. Números de los que aún no se sabe si son o no son primos —explicó.

—¿Y has llegado a alguna conclusión?

Lindsay sacudió la cabeza.

—No, aún no. Estoy con el proceso de recabar datos. Cuando tenga los suficientes, empezaré a buscar una pauta.

—¿Qué tipo de pauta?

—Distancias parecidas entre números primos.

—¿Y qué descubrirás con eso? Es decir… ¿de qué servirá?

Ella soltó una carcajada, y él pensó que tenía una risa preciosa.

—Bueno, supongo que todo esto te parece inútil…

—Inútil, no. Pero soy un hombre de negocios, y prefiero tratar con hechos prácticos.

—Lo comprendo.

—¿Qué te dirán esas pautas, si las encuentras?

Lindsay frunció ligeramente el ceño.

—Puede que nada y puede que algo. Eso es lo que más me gusta de la teoría de los números. Cuanto más avanzamos en ella, más conscientes somos de lo mucho que nos falta por descubrir. Pero la investigación abre pequeñas ventanas al mundo del conocimiento… a un mundo definido por los números, que a mí me parece

absolutamente bello.

—¿Definido por los números? ¿Qué quieres decir?

—Piensa en las cigarras, por ejemplo.

—¿En las cigarras? ¿Qué tienen que ver las cigarras con los números primos? —preguntó, sorprendido.

—En el Este de los Estados Unidos, solo aparecen tras un número primo de años —afirmó—. Para que te hagas una idea, las de Tennessee tienen un ciclo de vida de trece años. Y en otros sitios solo aparecen cada diecisiete.

—¿Y crees que hay una razón para eso? —preguntó cada vez más interesado en el asunto.

—La ciencia nos demuestra una y otra vez que la naturaleza no es arbitraria. En el caso de las cigarras, tener un ciclo de vida irregular es útil para librarse de sus depredadores, que tienen un ciclo regular. Dicho de otro modo, es menos probable que una rana se las trague si su ciclo es de trece años.

—¿Y cómo saben eso?

Ella sonrió otra vez.

—No es que lo sepan, Antonios… Simplemente, forma parte de la selección natural de las especies. Pero a mí me parece apasionante —declaró—. ¿Por qué hay insectos que adoptan ese ciclo y otros no?

—Puede que sean más listas.

Lindsay lo miró con humor.

—Sí, es posible.

—Vaya… tu trabajo es verdaderamente fascinante. Pero ¿qué aplicación práctica tiene tu investigación?

—De momento, ninguna. Aunque, con los avances que se están haciendo en tecnología y física cuántica, es posible que se encuentre alguna dentro de pocos años. Comprender las relaciones entre los números puede ser la clave para comprender los secretos el universo.

Antonios rio.

—¿Tú crees?

—Sí, lo creo. Pero supongo que te parecerá muy extraño…

—No tanto como me parecía antes.

Ella volvió a reír y apagó el ordenador.

—Entonces, mi misión está cumplida.

—Excelente —dijo Antonios—, porque se me ha ocurrido que podríamos salir a dar un paseo.

Lindsay arqueó una ceja y lo miró con desconfianza, como si se estuviera preguntando por qué era tan amable. Sin embargo, Antonios no tenía ningún interés oculto. Solo quería estar más tiempo con ella. Solo quería volver a oír su risa.

—Muy bien, como quieras.

—Será mejor que te pongas crema solar y un sombrero.

—¿Adónde vamos, exactamente?

—A los olivares.

Antonios siempre había adorado las grandes extensiones de olivos que llegaban hasta el horizonte y más allá. Cuando era niño, le encantaban sus troncos retorcidos, el intenso aroma de las aceitunas, el crujido de la tierra bajo sus pies y la caricia del sol que quemaba en lo alto; pero, sobre todo, le encantaba pasear con su padre y sentirse importante mientras él le hablaba de los distintos tipos de árboles y flores.

Pero todo cambió después.

Lindsay no era la única persona que había tenido problemas en su familia. Antonios también sabía de padres que avergonzaban y confundían a sus hijos, que les hacían sentirse abandonados y rechazados.

Atravesaron el complejo de edificios, pasando por delante de la mansión y de las oficinas de la empresa, y salieron de la propiedad por una puerta de hierro forjado en cuya parte superior había una palabra escrita en griego: «Marakaios». Antonios la abrió y llevó a Lindsay a los olivares.

—¿Cómo acabó tu familia en el negocio del aceite de oliva? —se interesó ella mientras paseaban entre los árboles.

—Fue cosa de mi padre —contestó él, sintiendo una mezcla de amargura y orgullo—. Levantó esto de la nada… Vivía en Atenas, donde trabajaba como empleado del servicio de recogida de basuras. Pero mi padre tenía sueños, y amaba la tierra. Sudó mucha sangre antes de ahorrar lo suficiente para comprar una finca y, con el paso de los años, la amplió. Plantó olivos porque pensó que el aceite es un producto que se venderá siempre.

—Y, por lo visto, le fue bien.

Antonios asintió.

—Al principio, no. Producir aceite de oliva puede ser muy caro si no se hace en cantidades suficientes y con métodos eficaces —le explicó —. Pasó por una época difícil. Pero luego pudo comprar mas tierra y plantar más olivos.

—Y tú heredaste un imperio…

—Sí, así es.

Antonios se puso tenso, pero no dio más explicaciones. Había prometido que no le diría la verdad a nadie, que nadie sabría que el imperio de los Marakaios se estaba hundiendo cuando su padre sufrió aquel infarto. Tenía que proteger su memoria. Aunque a veces se sintiera como si estuviera vendiendo su alma a cambio de salvar la de Evangelos.

Aún recordaba lo que había sentido cuando tuvo que volver a aquellas tierras, abandonando el negocio que tenía en la capital del

país; un negocio que había abierto porque su padre no lo quería en la empresa familiar. Ahora sabía que lo había alejado de Villa Marakaios para que no se diera cuenta de lo mal que iban las cosas. Pero entonces no había sido consciente de ello, y se creyó rechazado.

Tan rechazado como se había sentido Lindsay con él.

—¿En qué estás pensando? —preguntó ella.

—En nada.

—Pero estás frunciendo el ceño.

Él se encogió de hombros.

—Solo pensaba en lo que tengo que hacer.

—Supongo que el viaje a Nueva York te obligó a dejar muchas cosas…

—Era necesario —se limitó a decir.

Lindsay no dijo nada, y siguieron paseando bajo el cálido sol, que resultaba más soportable porque se había levantado una brisa fresca. El aire olía a aceitunas, y los campos de olivos estaban tan bellos que Antonios se sintió intensa y casi dolorosamente feliz.

Quizá había vendido su alma, pero al menos había salvado aquel sitio.

—Pareces un rey admirando sus dominios —dijo ella con una sonrisa.

—Y supongo que me siento como si lo fuera —admitió—. Me siento muy orgulloso de lo que hizo mi padre.

Lindsay le puso una mano en el brazo.

—Me alegra que me hayas enseñado todo esto, Antonios. Me ayuda a entenderte mejor.

Él clavó la vista en sus preciosos ojos grises.

—¿Y quieres entenderme mejor?

Ella apartó la mano.

—Yo…

—¿Sí?

—Supongo que no tendría mucho sentido, ¿verdad? —declaró con tristeza—. Pero, a pesar de ello, me alegro.

Antonios solo pudo asentir. Se había emocionado, y no podía hablar. Demasiados recuerdos, demasiada añoranza, demasiado deseo insatisfecho.

Y un matrimonio roto, por mucho que le pesara.

—Deberíamos regresar. Mi madre espera que vayamos a comer.

—¿A comer? —preguntó, preocupada.

—Sí, pero solo estaremos ella, tú y yo. Si te parece bien, claro.

—Por supuesto. Me siento a gusto cuando los grupos son pequeños. Y, además, quiero mucho a tu madre… No sabes cuánto me duele que esté enferma.

—Y a mí.

Lindsay se mordió el labio.
—Siento no haber estado contigo cuando le dieron su diagnóstico.
Antonios intentó encontrar las palabras apropiadas para agradecerle su preocupación y expresar al mismo tiempo su deseo de que las cosas hubieran sido distintas. Pero no las encontró y, al final, se limitó a decir:
—Pero ahora estás aquí. Eso es lo que importa.
Lindsay asintió.
—¿Cuándo le vas a decir a tu familia que nos vamos a divorciar?
Antonios se puso tenso.
—Cuando encuentre el momento apropiado. ¿Es que tienes prisa?
—No, pero no podemos mentir eternamente.
—Me temo que no será eternamente. Los médicos le han dicho que solo le quedan unas semanas de vida o, en el mejor de los casos, unos meses. El cáncer se ha extendido, y ella se niega a someterse a otro tratamiento de quimioterapia.
—¿Quieres que se lo diga yo? —preguntó con suavidad.
—No… Le haría mucho daño, Lindsay —dijo—. Dejemos que muera feliz, pensando que somos felices.
—Es que detesto las mentiras —objetó.
—A mí tampoco me gustan, pero hay cosas más importantes que una verdad inútil —afirmó él—. Le queda muy poco tiempo de vida… ¿Qué sentido tiene que la preocupemos con algo así? ¿De qué serviría?
Lindsay pensó que tenía razón.
—Está bien. Pero ¿qué hacemos con tus hermanos? Creo que ya lo sospechan.
—Se lo diremos después —contestó—. Después de que muera mi madre.
A Lindsay se le encogió el corazón. Y, sin darse cuenta de lo que hacía, tomó de la mano a Antonios.
—Lo siento muchísimo. Puede que no lo sepas, pero Daphne es lo más parecido a una madre que he tenido nunca.
—La voy a echar tanto de menos…
Antonios no le soltó la mano. Cabía la posibilidad de que su matrimonio hubiera sido una ilusión; pero, en tal caso, había sido una ilusión preciosa. Y aún podían establecer una relación real.
Al pensarlo, sintió una punzada en el pecho. Era dolorosamente consciente de que no le podía plantear algo así. Él había sido la causa de su desdicha, y no tenía más opción que concederle lo único que estaba en su mano: el divorcio.

Lindsay salió del olivar con Antonios, pero habría dado cualquier cosa con tal de no perder la sorprendente camaradería que habían

compartido. Habían hablado más y se habían sincerado más que durante los tres meses de su estancia anterior en Grecia. Se habían comportado como si fueran amigos.

Se sentía feliz y triste al mismo tiempo. Feliz, porque esa sensación de amistad era mucho mejor que la hostilidad previa; triste, porque llegaba tarde.

Antes de dirigirse a la mansión, pasaron por la casita para que ella pudiera cambiarse de ropa. Se quitó el vestido, se puso unos pantalones de lino y una camiseta sin mangas, se arregló el pelo y se retocó el maquillaje. Antonios la estaba esperando cuando salió del cuarto de baño, y le dedicó una mirada de admiración.

—Estás preciosa —dijo.

Ella se ruborizó, aunque no supo por qué; a fin de cuentas, no era la primera vez que la halagaba. Pero esa vez le pareció distinto. Quizá, porque Antonios la veía ahora tal como era, y la seguía encontrando preciosa.

Justo entonces, tuvo una revelación.

No le había dicho lo de su ansiedad porque le aterraba la idea de que la rechazara o la abandonara al saberlo. Se había convencido a sí misma de que lo guardaba en secreto por otros motivos, pero no había más motivo que ese.

—¿Te encuentras bien, Lindsay?

—¿Cómo? Sí, claro…

—Estás muy pálida.

Ella sacudió la cabeza.

—No es nada. Estaba pensando que fui muy injusta contigo al no confesarte la verdad. Te he dicho una y mil veces que lo intenté y que no me hiciste caso, pero no es cierto. Me lo callé porque no quería que lo supieras.

Antonios sonrió con tristeza.

—Vaya, parece que estábamos condenados a no entendernos…

Lindsay asintió, emocionada.

—Sí, eso parece… Pero será mejor que nos vayamos. Tú madre nos estará esperando.

Efectivamente, Daphne los estaba esperando en la mansión. Los llevó a uno de los comedores pequeños, cuyos balcones daban a un pequeño huerto. Lindsay ya había estado allí, y se alegró de que hubiera elegido ese sitio, porque siempre le había gustado su ambiente y sus pequeñas dimensiones.

—Bueno, ¿qué tal te está sentando tu vuelta a Grecia? —preguntó Daphne con una sonrisa—. ¿Ha sido demasiado duro?

Lindsay tragó saliva. Odiaba mentir, pero no tenía sentido que amargara la existencia a la pobre mujer.

—No, ni mucho menos.

Daphne asintió.
—Espero que mi hijo te esté tratando bien… Me temo que trabaja demasiado. En ese sentido, ha salido a su padre.
Antonios se puso extrañamente tenso, y Lindsay se preguntó por qué.
—Evangelos trabajaba todo el tiempo —continuó Daphne, sin dejar de sonreír—. Trabajaba tanto que, de vez en cuando, me presentaba en su despacho y me sentaba en su mesa para que hiciera caso.
Lindsay soltó una carcajada, y Antonios arqueó una ceja.
—No me lo habías dicho nunca… —protestó.
—¿Y por qué iba a decírtelo? —preguntó su madre, mirándolo con picardía—. Era la única forma de que dejara de trabajar.
—Pues no es mala idea. Puede que lo pruebe con tu hijo —declaró Lindsay con humor.
—Bueno, sería una decoración mucho más interesante que la que suelo tener en la mesa —ironizó Antonios—. ¿Te sirvo agua, mamá?
—Sí, gracias.
Lindsay se puso la servilleta en una pierna mientras pensaba que aquello iba a ser muy difícil. Fingir en una fiesta era una cosa, pero fingirse felices y enamorados delante de Daphne era otra bien distinta.
—Pediré que nos traigan el primer plato —continuó la madre de Antonios—. Ya no soy la misma que era… me agoto si no echo una siesta cada pocas horas.
Lindsay le dio una palmadita en la mano.
—Lo siento mucho, Daphne. Si hay algo que yo pueda hacer…
Daphne sacudió la cabeza.
—No lo sientas, cariño. He tenido una buena vida, y no quiero que os sintáis tristes por mí. Te aseguro que intentaré disfrutar a fondo del tiempo que me queda.
Minutos después, apareció un criado con el primer plato de la comida, consistente en una ensalada con uvas y trocitos de melón. Cuando los dejó de nuevo a solas, Daphne miró a Lindsay y dijo:
—¿Echas de menos los Estados Unidos? ¿Tienes muchos amigos allí?
Lindsay miró a Antonios antes de responder.
—No, no tantos.
—¿Y tu investigación? Espero que la puedas terminar durante tu estancia en Villa Marakaios… Tengo entendido que te falta poco para conseguir el doctorado.
—Bueno, todavía me quedan unos cuantos meses de trabajo… Aunque puedo investigar en cualquier parte, siempre y cuando tenga mi ordenador portátil y una conexión a Internet —le explicó.
—Pero supongo que tendrás que volver a tu país —comentó Daphne.

Lindsay asintió, aliviada.

—Sí, me temo que sí.

—Espero que no sean demasiados viajes, querida. Las parejas tienen que estar juntas —dijo, mientras se llevaba un pedazo de melón a la boca—. Seis meses de separación es demasiado tiempo.

Lindsay sintió pánico, y volvió a mirar a Antonios, en busca de ayuda.

—Lindsay tiene cosas que hacer en los Estados Unidos, mamá —intervino él—. Pero, de momento, su sitio está aquí, conmigo.

—¿Y por qué no cambiáis de sitio? —preguntó Daphne con una sonrisa juguetona.

—¿Cambiar de sitio?

—Por supuesto. Si ella se sacrifica para venir a Grecia, tú deberías sacrificarte en el mismo sentido. ¿Por qué no la acompañas a su país?

Antonios carraspeó.

—Mamá, no puedo dirigir Marakaios Enterprises desde los Estados Unidos…

Daphne se puso muy seria.

—No, claro. Supongo que no.

Antonios apartó su plato, lamentando que la comida no pudiera ser tan agradable como le habría gustado. Engañar a su madre era más difícil de lo que había supuesto, y no había duda de que también lo era para Lindsay.

Además, la idea de dejar Grecia para marcharse a Nueva York le había parecido absurda. Había dedicado toda su energía al negocio familiar, y se había sacrificado mucho por él. No lo podía abandonar. Por mucho que lo deseara.

Por fortuna, Daphne derivó la conversación hacia asuntos menos engorrosos, y pudieron disfrutar de la comida. Lindsay estaba completamente relajada. Le brillaban los ojos cuando alguien hacía algún comentario divertido, y su risa era tan bonita y musical que lamentó no escucharla más veces. De repente, quería que fuera feliz. Aunque solo fuera durante una semana.

Cuando terminaron con los postres, Daphne se excusó, les dio dos besos a cada uno y se retiró a su habitación para echar una cabezadita. Antonios y Lindsay salieron entonces de la mansión y se dirigieron a la casa donde se alojaban.

Hacía mucho calor, y todo estaba tranquilo y en silencio.

—¿Hoy tenemos más compromisos? —preguntó ella.

Él sacudió la cabeza.

—No, pero están los preparativos para la fiesta de mañana y para la celebración anual del día siguiente.

—Oh, vaya…

—¿Serás capaz de soportarlo?

—Espero que sí.

—Lindsay, haría lo que fuera por facilitarte las cosas —dijo con sinceridad—, pero sé que no quieres que te trate de forma distinta.

—Eres muy amable. Agradezco lo que estás haciendo por mí.

Durante unos momentos, Antonios tuvo la sensación de que Lindsay iba a decir algo más, y su corazón se llenó de temor y esperanza. Sin embargo, ella se limitó a tocarle el brazo y a añadir, mientras seguía caminando:

—Gracias.

Capítulo 7

Lindsay alzó la cara hacia el sol y cerró los ojos para disfrutar de su calor y, especialmente, del descanso en los preparativos de la fiesta.

Antonios le había dicho que no era necesario que ayudara a sus hermanas con la decoración, pero ella había insistido. Lindsay sabía que estaba haciendo todo lo posible por ayudarla, y quería devolverle el favor. Pero, como tantas veces, se preguntó qué habría pasado si hubieran establecido antes una relación tan positiva. ¿Habría sobrevivido su matrimonio? ¿Habrían seguido juntos?

La duda volvía constantemente a su cabeza desde que le había confesado que padecía de fobia social. Habían tenido que pasar por un desastre para empezar a escucharse y a comprenderse el uno al otro. Como si la única forma de establecer una relación sana y duradera pasara por el dolor de la separación.

Sin embargo, Lindsay no quería hacerse ilusiones. Tenía miedo de engañarse otra vez.

Aunque Antonios y ella se entendieran mejor, aunque se hubieran hecho amigos, su matrimonio seguía siendo imposible. No era la esposa que necesitaba. Por mucho empeño que pusiera, nunca sería una anfitriona perfecta ni sabría estar a la altura de las exigencias y compromisos de un importante hombre de negocios.

Además, ella tenía su propia carrera. Le había dicho que podía investigar en cualquier parte, y era verdad. Sin embargo, ya había empezado a buscar empleo como profesora universitaria. Y no iba a renunciar a sus sueños.

Lindsay sabía que se había equivocado al contraer matrimonio con Antonios sin plantearse ese problema. Se había cegado tanto con el amor que ni siquiera lo había pensado. Pero ahora, nueve meses después, había llegado a la dolorosa conclusión de que sus vidas no eran compatibles.

Él había sido explícito al respecto. No quería marcharse de Grecia. Y, aunque quisiera salvar su matrimonio, ella no podía quedarse allí.

Sencillamente, no podía ser una esposa tradicional.

—¿Te importa que te ayude?

Lindsay abrió los ojos al oír la voz de Daphne.

—No, claro que no.

Daphne se sentó a su lado y suspiró.

—Dios mío, me duele todo el cuerpo… —dijo mientras admiraba el

horizonte—. Creo que, cuando llegue mi hora, estaré encantada de poder descansar.

—No sabes cómo lo siento —replicó Lindsay, sin saber qué decir.

Daphne sonrió.

—Es curioso, ¿sabes? Ser consciente de que estás a punto de morir puede resultar extrañamente tranquilizador… En cierto sentido, es un regalo. Tienes un buen motivo para poner tus cosas en orden, y puedes decir lo que nunca te habías atrevido a decir. Puedes hablar con el corazón, porque ya no importa nada.

Lindsay guardó silencio durante unos instantes y dijo:

—Sí, supongo que sí…

—Mira, sé que Antonios y tú estáis pasando por una mala época.

Lindsay se quedó atónita. No esperaba una declaración como esa. Pero tampoco podía decirle la verdad.

—Y también sé que Antonios no quiere que yo lo sepa —continuó Daphne—. Intenta protegerme, ahorrarme un disgusto.

Lindsay tragó saliva.

—Tu hijo te quiere muchísimo…

—Y yo a él, con toda mi alma —dijo—. Deseo que sea feliz. Y creo que tú eres la única mujer que puede hacerlo feliz.

Lindsay sacudió la cabeza.

—No, me temo que no.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no soy lo que necesita. No la clase de esposa que necesita.

—Pues yo creo que ni el propio Antonios sabe lo que necesita —ironizó.

Lindsay sintió curiosidad.

—¿Y qué crees tú que necesita?

—Una mujer que lo ame y que crea en él…

—Ah.

—Tú lo amas, ¿no?

—Yo… Sinceramente, no lo sé —contestó, insegura—. Pensé que lo amaba y, después, pensé que no. Pero ahora…

—¿Sí?

—Olvídalo. Ya no importa.

—¿Por qué no?

Lindsay se mordió el labio. Tenía miedo de decir más de la cuenta. Miedo de ser más sincera de lo que pretendía.

—Porque ahora estamos casados, y eso es irrelevante —mintió.

Daphne sonrió como si supiera que le había mentido.

—No fuiste feliz aquí, ¿verdad?

—No, no lo fui. Pero Antonios no es el único culpable. Yo también lo soy.

—Estoy segura de ello —afirmó Daphne—. Sin embargo, se supone

que un marido tiene que hacer feliz a su esposa.

—Y también se supone que una esposa tiene que hacer feliz a su marido —observó.

—Está bien, lo diré de otro modo… Si un esposo se da cuenta de que su mujer no es feliz, tiene la obligación de hacer algo al respecto.

Lindsay tragó saliva.

—Antonios no sabía que yo fuera desdichada, Daphne.

—¿Ah, no? Qué interesante. Yo lo supe de inmediato, pero él ni siquiera lo notó. Mi hijo es igual que su padre, Lindsay. Solo ve lo que quiere ver… —Daphne se detuvo un momento y soltó un largo suspiro —. Evangelos era un gran hombre, y yo lo amaba con locura. Pero se mataba a trabajar, y cerraba los ojos ante cualquier problema que lo superara. Como Antonios. Cerró los ojos porque no soportaba tu dolor.

Lindsay tardó unos segundos en reaccionar. Nunca se lo había planteado de esa forma.

—Bueno, sus ojos ya no están cerrados. Hemos hablado bastante, y le he dicho todo lo que me había callado. Pero no creo que eso cambie nada.

—Porque sigues sin ser feliz aquí —sentenció.

Lindsay sacudió la cabeza.

—No, no es por eso. Es porque no soy la esposa que necesita. Ya te lo he dicho antes.

—Y yo te he dicho que solo necesita amar y que lo amen, como todo el mundo —insistió Daphne, sin dar su brazo a torcer.

—Haces que parezca tan fácil…

—Querida, el amor puede ser muchas cosas, pero desde luego no es fácil —dijo con una sonrisa—. Sin embargo, merece la pena. Solo tenéis que aprender de vuestros errores e intentarlo una vez más.

Lindsay asintió en silencio. Quería creer en las palabras de Daphne Marakaios. Quería creer en el amor.

Pero, ¿estaba dispuesta a intentarlo otra vez? Y, sobre todo, ¿estaría dispuesto Antonios?

Antonios miró fijamente a su hermano, intentando ocultar su desconcierto.

—¿Cómo es posible que no me dijeras nada? —le preguntó.

La tensión se palpaba en el aire cuando Leónidas le devolvió la mirada y dijo sin flaqueza alguna:

—Quería asegurarme antes de que iba a salir bien.

Antonios volvió a mirar los documentos que Leónidas le acababa de presentar, para su absoluto asombro. Las cifras y la transcripción de la correspondencia mostraban que su hermano no había actuado a la ligera. Llevaba mucho tiempo planeando un negocio que consistía en

vender productos de lujo a una cadena hotelera, Adair Hotels.

Y no le había dicho ni una palabra.

—¿No se te pasó por la cabeza la posibilidad de mencionármelo? —dijo, cada vez más enfadado.

—No.

—¿Tengo que recordarte que soy el presidente de Marakaios Enterprises?

—No. Definitivamente, no —contestó con ironía.

Antonios respiró hondo.

—¿A qué viene ese tono? ¿Qué diablos significa eso?

—Significa lo que he dicho. No dejas de recordarme que tú eres el jefe. De hecho, me lo recuerdas todos los días —declaró—. No te lo conté antes porque sabía que rechazarías mi proyecto.

Antonios entrecerró los ojos.

—Como presidente de esta empresa, tengo que…

—¿Meter la mano en todo? —lo interrumpió su hermano—. ¿Por qué, Antonios? Soy tu mano derecha. Soy el jefe de operaciones europeas y, de paso, soy un Marakaios. Evangelos también era mi padre.

Antonios dio un manotazo en la mesa.

—¡Maldita sea! Esto es lo que me faltaba por oír.

—Bueno, no es necesario que lo discutamos ahora. Firma el acuerdo y se lo llevaré a nuestros socios.

—No —bramó.

Leónidas arqueó las cejas, y Antonios apretó los dientes.

Su hermano pequeño tenía razón al quejarse del trato que le había dado, pero no tenía más remedio. Si le concedía demasiada libertad en la empresa, terminaría por descubrir que su padre había dejado una deuda enorme. Y si entregaba ese documento a sus socios y pedían informes bancarios o un simple historial crediticio, lo sabría inmediatamente. Pero Antonios le había prometido a Evangelos que nadie lo llegaría a saber. Y debía cumplir su palabra.

Hasta entonces, había conseguido que Leónidas se mantuviera ocupado con las visitas a fábricas y restaurantes y las relaciones con los clientes, sin tener contacto con los aspectos financieros de la empresa. Sin embargo, aquello era distinto. Si cerraba ese trato por su cuenta, el secreto de su padre dejaría de serlo.

—Muy bien, firmaré. Pero yo me encargaré de hablar con tus socios.

Leónidas lo miró con cara de pocos amigos.

—Llevándote la gloria, ¿eh? Como siempre.

Antonios sacudió la cabeza. Su hermano estaba completamente equivocado.

—Llámalo como quieras, Leónidas —dijo—. Has hecho un gran trabajo, pero las finanzas y el papeleo son asunto mío.

—¿Es que no confías en mí? —preguntó, furioso.

—Esto no tiene nada que ver con la confianza —se defendió.

—¿Ah, no? ¿Y por qué te niegas a darme más responsabilidad? Maldita sea… Me lo merezco. He trabajado muy duro durante los últimos diez años.

—¿Qué responsabilidad quieres? ¿La de firmar documentos constantemente y aburrirte con los resultados económicos?

—Si es tan aburrido, ¿por qué no me lo pasas a mí?

Antonios ardía en deseos de decirle la verdad, de compartir con Leónidas la carga que llevaba, de comportarse como Lindsay se había comportado con él, abriéndole su corazón y contándole sus temores.

Lo deseaba tanto que estuvo a punto de romper su promesa. Quería marcharse de allí; dejárselo todo a su hermano y liberarse de sus compromisos con Marakaios Enterprises, que lo estaban ahogando. Pero no era posible. No podía traicionar a su difunto padre. No podía traicionar su propio sentido del honor.

—Conténtate con lo que tienes —dijo al fin—, porque es lo único que vas a tener.

Leónidas lo maldijo y salió del despacho a toda prisa. Antonios se levantó y se acercó a la ventana que daba a la zona de los olivares.

Nunca había visto tan enfadado a su hermano. Había notado su irritación y su descontento, pero jamás le había hablado de esa manera. Aunque también cabía la posibilidad de que lo hubiera hecho y él se hubiera negado a verlo, del mismo modo en que se había negado a ver la infelicidad de Lindsay.

En cualquier caso, le habría gustado que todo fuera diferente. Que su padre no le hubiera pedido que lo guardara en secreto. Que él mismo hubiera sido más perceptivo y hubiera notado antes lo que pasaba a su alrededor.

Desgraciadamente, no podía cambiar las cosas. Ni en lo tocante a su hermano ni en lo tocante a Lindsay.

Antonios suspiró y volvió a su mesa.

Después de hablar con Daphne, Lindsay entró en el salón principal para seguir con los preparativos de la fiesta. Parthenope y Xanthe estaban discutiendo sobre el lugar más apropiado para poner unas fotografías viejas de la familia, y Lindsay aprovechó la ocasión para echar un vistazo a las imágenes.

Reconoció a Antonios a la primera: un niño de cabello oscuro y aspecto solemne. Y, durante unos momentos, se dejó llevar por su imaginación y se preguntó qué aspecto habría tenido su hijo si se hubiera quedado embarazada de él.

Cuando se casaron y se mudaron a Grecia, Antonios le confesó que

quería ser padre cuanto antes, pero ella le dio largas porque ya tenía bastantes problemas como para añadir un embarazo a la ecuación.

—¿Tú qué opinas, Lindsay? Me refiero a la fotografía de mi hermano…

Lindsay apartó la vista de la foto y la clavó en Xanthe, que la miraba con curiosidad. Parthenope también se giró para mirarla, y ella sintió una punzada de miedo.

—Yo la pondría en la esquina.

Xanthe arqueó una ceja.

—¿En la esquina? Si la ponemos allí, no la verá nadie…

—Al contrario. Estará en la zona de paso y, además, la gente tiende a mirar el vórtice de los ángulos, sobre todo si están en el sitio correcto.

Xanthe y Parthenope la miraron como si no entendieran nada.

—Las dos paredes forman un ángulo —continuó Lindsay, intentando explicarse—. El vórtice es la esquina…

—Ah —dijo Parthenope.

—Bueno, olvidadlo. Solo era una idea.

Justo entonces, se oyó la voz de Antonios, que había entrado en la sala y había escuchado toda la conversación.

—Esto es increíble —dijo con humor—. Supongo que hay que ser una profesional de las matemáticas para sugerir que pongan la foto de un pobre niño de ocho años en una esquina oscura.

Lindsay sonrió.

—Bueno, siempre puedes poner una luz sobre el marco… Así verán mejor tus rodillas protuberantes.

—Eso es cierto —intervino Parthenope—. Tus rodillas eran muy protuberantes, Antonios. ¿Las sigues teniendo así? Como siempre llevas pantalones de traje, no lo sé…

—Pues te vas a quedar con las ganas de saberlo —dijo Antonios, que pasó un brazo alrededor de la cintura de Lindsay—. Yo no te lo voy a decir y, en cuanto a mi querida esposa, estoy seguro de que me guardará el secreto.

—Mis labios están sellados —dijo Lindsay.

La aparición de Antonios había disipado toda la tensión que había entre ellas, pero Lindsay cometió el error de preguntarse por qué se mostraba tan cariñoso. Y solo se le ocurrió un motivo: que estaba fingiendo para que sus hermanas creyeran que estaban profundamente enamorados.

Molesta, se apartó de él y dijo, con la mejor de sus sonrisas:

—Bueno, no creo que necesitéis los servicios de una profesional de las matemáticas. Será mejor que vuelva a casa.

—Te acompañaré —dijo Antonios—. Quiero descansar un poco antes de cenar.

Al salir al exterior, Lindsay apretó el paso; pero la zancada de su marido era tan larga que no lo pudo dejar atrás.
—Esto es muy duro, Antonios.
—¿A qué te refieres?
—A fingir delante de todo el mundo. No me parece bien.
—Lo sé.
Ella se detuvo.
—Pues digámosles la verdad. Sería mucho más fácil.
—¿Para quién sería más fácil, Lindsay?
—Yo…
—Sería más fácil para nosotros. De eso no cabe ninguna duda —observó—. Pero no hacemos esto por nosotros, sino por el bien de mi madre.
Lindsay se mordió el labio.
—Creo que Daphne sabe algo.
Antonios la miró con intensidad.
—¿Por qué dices eso?
—Porque estuvimos juntas hace un rato y, por las cosas que dijo, tengo la sensación de que lo sabe —contestó—. O, por lo menos, sabe que no fui feliz durante mi estancia anterior en Villa Marakaios.
Antonios apretó los labios.
—Pues ya sabe más de lo que yo sabía.
Lindsay le puso una mano en el brazo.
—No le des tantas vueltas a lo que pasó, por favor. Fue tan culpa mía como tuya. Es mejor que lo asumamos y sigamos adelante.
Los ojos de Antonios brillaron.
—¿Que sigamos adelante?
—Sí, bueno, me refería a seguir con nuestras vidas, por supuesto… —dijo con rapidez.
Lindsay supo que no había sonado muy convincente. Era obvio que no se refería a eso, sino a seguir adelante con su matrimonio. Y también era obvio que Antonios no se había dejado engañar.
—Cena conmigo esta noche —dijo él.
Ella se quedó sorprendida.
—Pensaba que íbamos a cenar con todo el mundo, en la mansión.
—Y pensabas bien. Pero quiero que cenes conmigo. A solas.
Lindsay escudriñó su cara, y supo que estaba decidido a salirse con la suya; tan decidido como lo había estado en Nueva York, cuando le pidió que saliera con él. ¿Quién iba a imaginar que se enamoraría de aquel hombre? Pero ya no estaban en Nueva York, sino en Grecia, y después de haberse separado.
¿Qué pretendía ahora? ¿Adónde quería llegar? Y, sobre todo, ¿hasta dónde quería ella que llegara?
—Antonios…

—Por favor, Lindsay.

Antonios lo dijo con una voz tan dulce que ella se sintió tan perdida como aquella noche, delante del Guggenheim, cuando le dedicó una de sus fascinantes sonrisas y le preguntó qué hacía falta para que se tomara un café con él. Ella respondió que solo se lo tenía que pedir por favor y, por supuesto, se lo pidió por favor.

Al recordarlo, sus ojos se humedecieron. Era consciente de que estaba dando alas a la esperanza, y de que eso podía ser peligroso.

Pero, a pesar de ello, miró a Antonios y dijo, en un susurro:

—De acuerdo.

Antonios se dedicó a caminar de un lado a otro mientras esperaba a que Lindsay saliera de la habitación. Estaba muy nervioso. Había planeado la cena con esmero, desde lo que iban a comer hasta dónde lo iban a comer, pasando por la música que sonaría de fondo y el tipo de flores que adornarían la mesa.

Quería que fuera una velada perfecta, y se había concentrado en los detalles porque era un buen truco para no pensar en todas las cosas que podían salir mal.

Por ejemplo, que Lindsay lo rechazara.

Pero eso no iba a ocurrir. Él no lo permitiría. Ya había escapado una vez de un pozo oscuro, a base de trabajo y fuerza de voluntad. Y, si había escapado una vez, podía escapar otra. Al fin y al cabo, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de salvar su matrimonio.

—Ya estoy…

Antonios se dio la vuelta y miró a Lindsay, que acababa de salir. Llevaba el pelo suelto, y se había puesto un vestido planteado, de lentejuelas, que se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel.

—Pareces un rayo de luna —dijo él con admiración—. O una reina de las nieves…

Ella sonrió. No era la primera vez que la llamaba «reina de las nieves». Se lo había dicho muchas veces cuando estaban en Nueva York.

—¿Dónde vamos a comer? —preguntó Lindsay al ver que la casa estaba a oscuras.

—En un lugar romántico. Ya me he encargado de todo.

—Ah…

—Está muy cerca, pero tenemos que ir andando. Es mejor que te pongas un chal.

Ella asintió y regresó al cabo de unos segundos con un chal de seda.

Ya había anochecido cuando salieron de la casa. El aire era fresco, y el cielo parecía un paño de terciopelo negro sobre el que hubieran arrojado un sinfín de diamantes.

—Me encanta el olor de este sitio. Es tan limpio… —dijo ella.

—Es por los árboles de las montañas —le explicó él—. Antiguamente, la gente aprovechaba la resina de los pinos.

—¿La resina? ¿Para qué?

—Sobre todo, para fabricar alquitranes y adhesivos.

Ella lo miró con humor.

—No me digas que te vas a pasar al negocio de la resina…

—No qué, va. Dudo que ahora sea tan valiosa como antes.

Lindsay asintió.

—Dime una cosa… ¿Siempre quisiste trabajar en la empresa de la familia?

Él se puso tenso.

—No se trata de que yo quisiera.

—Pero tu padre se empeñó, claro.

—Naturalmente. Había creado un imperio, y quería que Leónidas y yo siguiéramos sus pasos —dijo.

—¿Y siempre has trabajado en Marakaios Enterprises?

Él sacudió la cabeza.

—No, trabajé una temporada en una empresa de inversión, en Atenas. Mi padre quería que tuviera otras experiencias profesionales.

Antonios no fue completamente sincero con Lindsay. Era verdad que su padre había utilizado ese argumento, pero ahora sabía que lo había enviado a Atenas para que no descubriera lo que pasaba.

—¿Y te gustó?

—Sí.

Él se quedó sorprendido con su propia respuesta. Siempre había asociado su aventura ateniense a lo mal que se había sentido cuando su padre quiso que se fuera. Pero, a decir verdad, se había divertido mucho. Le encantaba el trabajo y, sobre todo, le gustaba no tener que cargar con las responsabilidades y compromisos de otro hombre.

—¿Y qué me dices de ti, Lindsay? Si no recuerdo mal, tu padre también era matemático, y estaba en la misma universidad que tú. ¿Nunca consideraste la posibilidad de hacer otra cosa? —se interesó.

—No, nunca. Las matemáticas siempre han sido mi pasión. Y, por otra parte, nunca he tenido talento para empezar cosas nuevas.

Ella tragó saliva y apartó la mirada. Él pensó que le había complicado la vida al forzarla a viajar a Grecia y a empezar de cero en un lugar desconocido.

Pero había aprendido la lección.

—Ya hemos llegado —anunció.

Antonios la tomó del brazo y la llevó a los enormes jardines de Villa Marakaios. Todo estaba tranquilo y en silencio. Solo se olía la grava del camino, que crujía bajo sus pies.

Segundos más tarde, salieron a una pequeña plazoleta rodeada de

muros con buganvillas. En el centro se alzaba una fuente cuyas aguas brillaban bajo la luz de la luna. Y, junto a la fuente, Antonios había puesto dos sillas y una mesa vestida con un mantel de lino, platos de porcelana y cubertería de plata. Incluso se había tomado la molestia de adornar el conjunto con unas velas y, por supuesto, de dejar una botella de champán en una cubitera llena de hielo.

De fondo, se oía una pieza de música clásica que Lindsay reconoció al instante.

—Es Brahms —dijo—. El doble concierto en la menor…

Lindsay miró el equipo de música que estaba en el suelo y sonrió para sus adentros, absolutamente encantada. La elección de la pieza no era casual. Cuando estaban en Nueva York, habían ido a ver a la Filarmónica en el Carnegie Hall, y ella le había confesado que era uno de sus temas preferidos.

—Esto es precioso, Antonios. Y muy romántico.

Él le apartó una silla para que se sentara.

—Eso pretendía… —replicó.

Lindsay se sentó y, acto seguido, él se acomodó al otro lado de la mesa.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dijo ella.

—Claro que sí.

—Como ya he dicho, todo está precioso. Pero, ¿por qué…?

—¿Por qué lo he hecho?

—Sí.

—Porque quería hacerlo.

Él respiró hondo y añadió, con una sonrisa débil:

—Porque sigo enamorado de ti, Lindsay. Porque quiero que te quedes en Grecia. Porque quiero que sigamos casados.

Capítulo 8

Lindsay lo miró a los ojos y supo que era sincero. Quería que se quedara allí. Quería que siguieran casados.

Pero todo era lo que él quería.

Por lo visto, Antonios no había pensado que ella también tenía sus necesidades, y Lindsay se sintió tan cansada como triste.

Era decepcionante. Su marido no había cambiado nada. A pesar de lo que había sucedido, seguía sin entender el problema. Y ella quería que lo comprendiera. Ansiaba que su matrimonio saliera bien.

—Bueno, ¿no vas a decir nada? —preguntó él, nervioso.

—No sé qué decir.

—Di lo que apetezca, claro…

Lindsay notó un cambio sutil en la entonación de su voz. Tenía un fondo de irritación e impaciencia, como si le sorprendiera que no cayera rendida a sus pies; como si hubiera creído que todo se podía solucionar con una simple cena romántica.

—Oh, Antonios… —dijo, sacudiendo la cabeza—. No es tan sencillo.

—Pues a mí me parece que lo es —declaró—. Estoy enamorado de ti, Lindsay. ¿Y tú? ¿Estás enamorada de mí?

Ella suspiró.

—Sí, estoy enamorada de ti —respondió con cansancio—. Pero no es suficiente.

—¿Cómo que no? Claro que lo es…

Lindsay cerró momentáneamente los ojos y se acordó de lo que había dicho Daphne. Desde su punto de vista, la gente solo necesitaba amar y que la amaran.

Sin embargo, Daphne no tenía razón. El amor no lo era todo. O, por lo menos, no lo era en su caso.

—Sé lo que estás pensando —dijo él.

—¿Ah, sí?

—Estas pensando en tu dolencia. Tienes miedo de que sea un obstáculo para nuestra relación.

Ella se puso tensa. Evidentemente, Antonios creía que todo se podía solucionar con su estratagema preferida: el control. Pero se equivocaba.

—Es posible…

Antonios se inclinó hacia delante y dijo:

—No te preocupes por eso. Puedo hacer concesiones.

—¿Concesiones?

—Sí, ajustes —contestó—. Reduciremos tus apariciones en público. Viviremos lejos de los demás, en nuestra propia casa. Y hasta limitaremos los compromisos familiares, aunque espero que, con el tiempo…

—Basta, Antonios —lo interrumpió—. No sigas.

Él se echó hacia atrás, confundido.

—Pensé que te alegrarías…

—¿De qué? ¿De tus concesiones? —preguntó con sorna.

—Solo es una palabra, Lindsay. No significa nada.

Ella sacudió la cabeza.

—Claro que significa —afirmó—. Y no quiero que hagas concesiones, Antonios. No quiero que renuncies a nada por mí.

—Yo no estoy renunciando a nada —dijo con vehemencia—. Sencillamente, te amo y quiero que lo nuestro salga bien.

Lindsay asintió.

—Lo sé, pero no es suficiente. Tus concesiones solo servirían para te sintieras desdichado. Admítelo, Antonios… No soy la mujer que necesitas.

—Permíteme que sea yo quien decida eso.

—¿Quieres una mujer que se esconde en las sombras y no puede estar a tu lado? ¿Eso es lo que quieres?

—Bueno, estoy seguro de que, con el tiempo… —insistió.

—No, no, no. Deja de intentar arreglarlo, Antonios. No está en tu mano.

—Dijiste que estás haciendo lo posible por controlar tu ansiedad —le recordó—. Solo quiero ayudarte.

Ella frunció el ceño.

—Para que interprete un papel que nunca he querido ni pedido —afirmó—. Un papel que nunca sabré interpretar.

—Lindsay…

—Lo siento, Antonios, pero no me puedo quedar aquí. No puedo malgastar mi vida mientras espero a que te canses de mí y me abandones.

—No te abandonaré —replicó con energía—. No abandonaría nunca a mi esposa.

—¿Estás seguro de eso? Yo pensaba lo mismo y, sin embargo, te abandoné —declaró ella con tristeza.

—Sí, tienes razón. Me abandonaste. Como tu madre a ti… —dijo Antonios—. Me dejaste por el mismo motivo que ella. Porque la vida no era como esperabas, porque todo es mucho más difícil.

Ella palideció.

—¿Cómo te atreves a decir eso?

Él respiró hondo.

—Solo intento salvar nuestro matrimonio, llegar a algún tipo de acuerdo contigo… ¿Qué tiene de malo?

—Que todos los acuerdos que me propones implican que me quede en tu país y sea una esposa tradicional —contestó—. Nunca me has preguntado si yo quiero eso.

—Bueno, es lógico que quiera que mi esposa esté conmigo —se defendió—. Además, me dijiste que querías ir a Grecia, que no había nada que te atara a Nueva York.

—Las cosas han cambiado desde entonces —le recordó—. Me he dado cuenta de que mi vida está allí. Puede que sea una vida pequeña, sin gran cosa al margen de mi trabajo y un puñado de amigos… Pero me gusta. Y no voy a renunciar a ella para convertirme en una mala imitación de la mujer que necesitas.

Antonios dejó su servilleta en la mesa.

—Maldita sea… Ya no sé qué hacer.

Lindsay bajó la cabeza, intentando refrenar las lágrimas. Quizás estaba siendo demasiado rígida. Antonios se esforzaba por encontrar formas de mejorar su vida en Grecia, y ella insistía en que no iba a salir bien. Quizás debía ceder un poco. Si Antonios podía ser flexible, ella también podía. Seguro que encontraba un empleo en alguna de las universidades de Grecia, o en alguna institución privada.

Pero no era un problema de flexibilidad, sino de formas de amar.

Antonios quería una esposa tradicional, que se sometiera a sus necesidades. Y ella no sería nunca esa mujer.

—No sabía que la vida en Grecia te fuera a resultar tan difícil —le confesó Antonios, hablando muy despacio—. Estaba tan ansioso por traerte aquí y por tenerte a mi lado… Yo también me sentía solo cuando nos conocimos, Lindsay. Y también te necesitaba, aunque no sé si te diste cuenta.

A Lindsay se le encogió el corazón.

—Antonios…

—Quiero compartir mi vida contigo, pero es obvio que tú no deseas lo mismo.

Lindsay derramó una lágrima solitaria.

—No es tan sencillo.

—¿Ah, no? ¿Seguro que no? No estás haciendo el menor esfuerzo, Lindsay.

Ella pensó que no lo estaba haciendo porque tenía miedo de que su relación fracasara otra vez. Miedo de que la rechazara y la dejara al final.

Y entonces, lo supo.

No rechazaba su oferta porque necesitara vivir en Nueva York. Eso no tenía nada que ver. La rechazaba porque tenía miedo, el mismo miedo que la había atenazado desde que su madre la abandonó.

Le aterraba la idea de quedarse sola.

Mientras lo pensaba, se acordó de la noche en que Antonios le pidió el matrimonio. Estaban en la regia cama de su suite en el Hotel Plaza. Acababan de hacer el amor, y sus corazones seguían desbocados cuando él le acarició una pierna, la posó suavemente en su cintura y dijo que se sentía el hombre más afortunado del mundo.

Lindsay contestó que a ella lo pasaba lo mismo, y fue sincera. Era como si le hubiera tocado la lotería con Antonios. Se sentía la mujer más amada, adorada y querida de la Tierra. Y, tras toda una vida de soledad, era un sentimiento maravilloso.

Pero aún faltaba lo mejor; porque, segundos después, él la tomó de la mano y le pidió que se convirtiera en su esposa.

Ella aceptó sin dudarlo, y se casaron al día siguiente por lo civil, tras haber solicitado un permiso especial. Fue una decisión impulsiva y alocada, que tal vez tomaron porque los dos sabían que, si hubieran informado antes a sus amigos o familiares, alguien les habría recomendado que esperaran un poco.

Y quizá habría sido lo mejor.

Quizá se habían equivocado.

Pero eso ya no tenía importancia. Se habían casado, y ahora estaban allí, intentando solucionar sus problemas.

—Nunca fui suficientemente buena para mi madre —le confesó—. Sabía que la decepcionaba todo el tiempo, y eso aumentaba mi ansiedad. A veces, me retiraba la palabra y me sometía a castigos de silencio que podían durar varios días.

Antonios la miró con tristeza.

—¡Qué horror! Debió de ser muy duro.

Lindsay asintió.

—Y me afecto mucho más de lo que pensaba entonces —dijo—. Pero no estoy dispuesta a repetir la experiencia. No quiero que nadie me haga sentir así.

—Yo no te haría eso, Lindsay.

Ella apretó los puños y dijo, con desesperación:

—¿Es que no lo comprendes, Antonios? Yo no encajo en este lugar. No tengo sitio. No soy la mujer que necesitas.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Deja que sea yo quien decida lo que necesito.

—¿Y cuál es tu solución? ¿Hacer concesiones?

—¡Por Dios! ¡No era más que una palabra! ¡Una estúpida palabra!

Antonios se levantó de la silla y dio un paso hacia ella.

—Te amo, Lindsay. Me enamoré de ti en Nueva York, bajo la nieve que caía… Y puede que fuera amor a primera vista, pero fue real, por mucho que intentes convencerte de lo contrario. Lo que sentía por ti era real. Lo que siento por ti es real. Y nuestro amor será suficiente…

Yo me aseguraré de ello. Te prometo que no te dejaré en la estacada. Te prometo que no te volveré a fallar.

La declaración de Antonios fue tan sincera que Lindsay no supo qué decir. Estaba atrapada entre su razón y sus sentimientos.

Él se puso de rodillas y añadió:

—Por favor, Lindsay. Confía en mí.

—Me estás pidiendo mucho, Antonios —dijo en voz baja.

—Pero estoy dispuesto a darte mucho.

Lindsay clavó la mirada en el orgulloso y apasionado hombre que se había arrodillado ante ella y que le estaba rogando que confiara en él. Estaba tan emocionada que casi no podía respirar. Pero sacó fuerzas de flaqueza y dijo:

—Sí.

Él la miró con un destello de esperanza en los ojos.

—¿Sí? ¿Qué quiere decir eso?

—Que sí, que lo intentaré.

Él se incorporó, la tomó entre sus brazos y la besó como si tuviera todo el tiempo del mundo y quisiera dedicarlo exclusivamente a su boca.

Y Lindsay se dejó llevar, encantada.

Capítulo 9

Cuando Antonios sintió el contacto de los labios de Lindsay, pensó que había pasado mucho tiempo desde la última vez. Habían estado a punto de besarse el día anterior, en la cama. Pero no lo habían hecho. De hecho, no se habían dado ningún beso desde que ella lo abandonó y volvió a su país.

Sin embargo, eso carecía de importancia. Le había dicho que estaba dispuesta a intentarlo, que iba a luchar por su amor y por su matrimonio. Y él estaba tan contento que su ternura inicial se convirtió en pasión desenfrenada.

Estaba harto de palabras. Quería algo más. Necesitaba tenerla, volver a oír sus gemidos, volver a darle placer.

Rápidamente, tiró de su vestido y se lo quitó por encima de la cabeza. Ella soltó un grito ahogado y pronunció su nombre en un susurro.

—Antonios…

Él la besó de nuevo y pasó las manos por su cuerpo, que le resultaba maravillosamente familiar. Siempre había pensado que estaban hechos el uno para el otro, como si fueran dos mitades de un mismo ser. Y ahora, al acariciar sus curvas, se sintió completo. Y ella debió de sentir lo mismo, porque reaccionó con la misma pasión.

—Me amas… —dijo Antonios, casi asombrado—. Me amas…

Ella sonrió.

—Por supuesto que te amo.

—Dímelo otra vez, por favor…

Lindsay le concedió el deseo.

—Te amo. Te amo con locura.

Antonios soltó un suspiro de satisfacción y la besó otra vez.

Lindsay pensó que, si Antonios intentaba demostrarle que estaba perdidamente enamorada de él, estaba perdiendo el tiempo. Lo sabía de sobra. Y también sabía que lo deseaba. No tenía la menor duda.

Su cuerpo había empezado a reaccionar a las caricias de Antonios, que había cerrado las manos sobre sus pechos y le estaba acariciando los pezones. Sentía ráfagas eléctricas, descargas de calor que alimentaban su hambre y la instaban a buscar satisfacción en la única persona que la podía llenar: su esposo.

Desesperada, pronunció su nombre en voz baja y, tras quitarle la camisa, le desabrochó los pantalones y se los bajó.

Cuando ya estaba desnudo, Antonios la llevó hacia la fuente y la besó de nuevo. Pero Lindsay tenía prisa, así que lo sentó en el borde de la fuente, se puso a horcajadas sobre él y descendió hasta sentir su erección contra los suaves pliegues de su sexo.

La necesidad de sentirlo en su interior borró cualquier sombra de pensamiento racional. Antonios la penetró segundos después, y todo se redujo al mar de sensaciones que los dominaba, a la pasión que tanto habían extrañado.

Pero todo tenía su final, y el suyo los sorprendió en el suelo, apretados contra la fuente de piedra, con ella acurrucada contra él.

—Parecemos una curva de Lissajous… —dijo Lindsay.

—¿Una qué?

—Básicamente, un ocho —explicó ella, mientras señalaba la posición que tenían—. Una curva de Lissajous es un gráfico de ecuaciones que describe un movimiento armónico complejo. Y se parece mucho a un ocho.

—Dios mío… Un movimiento armónico complejo —repitió él con humor—. Suena muy bien, ¿sabes?

Lindsay rio y apoyó la cabeza en su hombro, para disfrutar de su intenso y viril aroma. Se sentía completamente satisfecha, desde un punto de vista emocional y desde un punto de vista físico. Se sentía completa, y ya no tenía ninguna duda sobre su relación.

Por supuesto, no podía saber lo que el futuro les iba a deparar. Había demasiados obstáculos en su camino. Pero, por muy asustada que estuviera, ya no tenía miedo de nada. Antonios la quería, y eso era lo único importante.

Sencillamente, no podía luchar contra el amor.

—¿No te arrepientes? —preguntó él con dulzura.

Ella sacudió la cabeza.

—No, en absoluto. Puede que tenga mis reservas, pero no me arrepiento.

—Saldrá bien, Lindsay. Te lo aseguro.

Lindsay era consciente de que Antonios no se acobardaba ante ningún problema. Estaba acostumbrado a salir adelante con su pura y simple fuerza de voluntad. Y quizá, por una vez, fuera una virtud.

Dulcemente, él la levantó y la llevó a la mesa.

—Tenemos que cenar algo —dijo.

—Pero estoy desnuda…

Antonios se encogió de hombros.

—¿Y qué? A mí no me importa.

Lindsay soltó una carcajada.

—Y a mí tampoco me importaría… si no fuera porque tengo frío.

Él soltó un suspiro exagerado.

—Está bien…

Antonios se inclinó y recogió su ropa interior y su vestido. Pero, en lugar de dárselos, se los puso él mismo. Y se los puso de un modo tan lento y sensual que, cuando terminó, Lindsay asaltó su boca y lo empezó a acariciar.

—No, no, no —dijo él—. Primero hay que comer.

Lindsay lo aceptó a regañadientes, pero se sentó.

De repente, estaba hambrienta.

Antonios se levantó de la cama, donde Lindsay seguía dormida. Ya había amanecido, y los rayos del sol iluminaban su cabello y su cuerpo, entrelazado con las sábanas. Tenía un aspecto relajado y feliz.

La admiró en silencio durante unos minutos, por el simple placer de mirarla y de saber que era suya, que volvía a ser suya.

La noche anterior, después de hacer el amor, se habían dedicado a comer y a charlar de un modo relajado y sincero que no habían experimentado antes, ni siquiera en Nueva York, cuando todo les parecía una aventura. Habían alcanzado un grado de complicidad completamente nuevo, y eso lo hacía más precioso.

Esta vez, iban a construir una relación más sólida y más fuerte. Y no permitiría que nada se interpusiera en su camino.

El sol empezaba a estar alto en el cielo cuando salió del dormitorio. Si hubiera sido por él, se habría quedado con Lindsay y habrían hecho el amor otra vez; pero tenía que asistir a una reunión en las oficinas de Marakaios Enterprises y, por si fuera poco, también tenía que hablar con Leónidas.

Al pensar en su hermano, se puso tenso. Era una tensión que conocía bien, porque había sido su compañera durante diez largos años, desde que las circunstancias lo habían forzado a tomar el timón de la empresa e impedir su ruina sin apoyo de nadie, porque había prometido a Evangelos que su familia no lo llegaría a saber.

Solo había tenido un interludio de paz y felicidad cuando había conocido a Lindsay y se había enamorado de ella. E incluso ahora que la había recuperado, mientras le escribía una nota para hacerle saber que estaba en el despacho, se estremeció ante la perspectiva de volver al trabajo.

Pero tenía que hablar con Leónidas.

Su hermano y él habían estado muy unidos. Compartían muchas cosas, incluida la sensación de que su difunto padre los había abandonado, porque siempre había dado más importancia a su empresa que a su propia familia. Y Antonios lo adoraba, como adoraba a su madre y a sus hermanas. Pero el secreto de Evangelos se

había interpuesto entre ellos.
—Llegas tarde —dijo Leónidas cuando Antonios entró en las oficinas.
Antonios lo llevó a su despacho, donde se quitó la chaqueta, dejó el maletín y encendió el ordenador.
—No sabía que me estuvieras esperando.
Leónidas se quedó de pie, con los brazos cruzados.
—Quiero tener más control, Antonios.
Antonios no apartó la mirada de la pantalla del ordenador. Comprendía que Leónidas quisiera tener más responsabilidades en la empresa, pero no sabía qué hacer al respecto.
—Ya eres jefe de…
—No me vengas otra vez con esas —bramó Leónidas—. No soy un perro al que puedas arrojar un hueso. Llevo diez años en la empresa y nunca he tenido acceso a la información financiera. De hecho, nunca he tenido la menor autoridad. Solo soy una fachada bonita que se encarga de dar conversación a los clientes.
—Y lo haces muy bien —dijo, sin ánimo alguno de ofenderlo.
—No seas condescendiente conmigo. Si no me das más control, me iré.
Antonios miró a su hermano, enfurecido.
—¿Me estás amenazando?
Leónidas le mantuvo la mirada.
—Me limito a constatar un hecho. Aunque, francamente, me parece bastante sospechoso que insistas en esconderme las finanzas de la empresa.
—No sé qué pretendes decir, pero te aseguro que nuestras finanzas están en orden.
—Entonces, ¿por qué te niegas a que vea un solo extracto bancario? ¿Qué me estás ocultando? —preguntó.
Antonios se quedó asombrado. Leónidas parecía creer que estaba haciendo algo ilegal a sus espaldas.
—¿Cómo te atreves a insinuar eso? He dado mi vida a Marakaios Enterprises.
Su hermano lo miró en silencio durante unos instantes y dijo:
—Yo también, Antonios.
Leónidas dio media vuelta y salió del despacho, dejándolo sumido en la desesperación. ¿Qué podía hacer? Sus sospechas eran absurdas. No tenían el menor fundamento. Pero Leónidas no lo sabría nunca si no le decía la verdad, y no podía decírsela.
Dos horas después, oyó voces en recepción. Y, cuando alzó la cabeza, vio que Lindsay acababa de entrar en su despacho.
Antonios se levantó de la silla, sintiéndose el hombre más feliz del mundo. Su esposa se había dejado el cabello suelto, y se había puesto

un vestido de flores que le quedaba maravillosamente bien.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no acercarse a ella y abrazarla.

—He venido a ver qué tal estás. Bueno, y dónde trabajas —dijo Lindsay con una sonrisa—. Espero que no te importe.

—¿Cómo iba a importarme? —dijo él con un fondo de angustia.

Ella frunció el ceño.

—¿Te encuentras bien?

—Sí… Ahora que estás aquí, sí.

Lindsay lo miró con preocupación, y él se rindió al deseo que había sentido al verla. Se apartó de la mesa, caminó hacia la entrada y la abrazó.

Ella le puso las manos en las mejillas y dijo:

—¿Qué ocurre? Pareces enfadado.

—No, solo es estrés… Nada preocupante.

Antonios sabía que su esposa no era fácil de engañar, así que la besó apasionadamente para impedir que lo siguiera interrogando. Lindsay reaccionó de la misma forma y, al sentir la presión de su erección, soltó una carcajada.

—Oh, Antonios…

—Hay una cosa que no he hecho nunca en mi despacho —declaró con humor.

—No sé por qué, pero imagino cuál.

Él le metió las manos bajo el vestido y acarició su piel.

—Te recuerdo que tu secretaria está al lado —continuó ella.

—Sí, pero has cerrado la puerta al entrar —dijo—. Y, cuando está cerrada, no oye nada en absoluto —afirmó.

—¿Cómo lo sabes?

—Créeme, lo sé.

Antonios la alzó en vilo y la sentó en la mesa. A continuación, le quitó las braguitas y le separó las piernas ante la mirada de sorpresa de Lindsay, que no podía creer lo que estaba pasando. Pero aún lo creyó menos cuando él le metió una mano entre los muslos y la empezó a acariciar suavemente.

—Esto es una locura… —susurró.

—Una locura maravillosa —puntualizó él.

Lindsay no tuvo más remedio que mostrarse de acuerdo. Ardía en deseos de hacer el amor con él, así que cerró las piernas alrededor de su cintura y se apretó contra su cuerpo, invitándolo a penetrarla.

Antonios no se apartó de ella cuando terminaron de hacer el amor. Se quedó allí, abrazándola y saboreando el momento.

—¿Qué te parece si vamos a comer a Amfissa? —preguntó él, que de repente sentía la necesidad de alejarse de Villa Marakaios.

—¿Ahora? —preguntó, extrañada—. Te recuerdo que esta noche tenemos una fiesta…

—Ah, sí, es verdad —dijo, decepcionado.
Lindsay escudriñó su cara y volvió a fruncir el ceño.
—Aunque, por otra parte, supongo que no nos echarán de menos si volvemos pronto —declaró ella—. Acabo de estar en la mansión, ayudando a tus hermanas con los preparativos. Y sospecho que estarán encantadas de perderme de vista un rato.
Antonios sonrió.
—Sí, mis hermanas pueden llegar a ser verdaderamente obsesivas cuando se trata de organizar una fiesta.
—Pues vámonos a comer —insistió Lindsay—. Solo serán una o dos horas.
Antonios pensó que una o dos horas era más tiempo del que habían pasado juntos durante su estancia anterior en Grecia.
Había cometido el error de concentrarse totalmente en el trabajo y de dejar sola a Lindsay.
Pero esa vez no iba a tropezar en la misma piedra.
—Vamos.
La tomó de la mano y salieron del despacho.

El sol era tan intenso que, cuando salieron de las oficinas, Lindsay tuvo que cerrar los ojos. Diez minutos después, estaban en la furgoneta de Antonios y se dirigían rápidamente hacia Amfissa, una pequeña localidad de tejados rojos y edificios enjalbegados de blanco que se acurrucaba contra la falda de una montaña.
—Nunca había estado en Amfissa —comentó ella.
—Lo sé. He estado pensando que hicimos muy pocas cosas juntos. Y supongo que eso te lo hizo más difícil.
—Sí, aunque comprendía que estuvieras ocupado. Tienes que trabajar.
—De todas formas, tendría que haber encontrado el tiempo necesario. Ni siquiera tuvimos luna de miel.
Lindsay rio.
—Bueno, se podría decir que la aventura en Nueva York fue equivalente…
Antonios sacudió la cabeza.
—No, eso no basta. Tendremos nuestra luna de miel después de la fiesta de mi madre, en cuanto pueda irme.
—¿Y cuándo será eso?
Lindsay lo preguntó sin el menor fondo de acritud; pero sabía que, aunque Antonios tuviera buenas intenciones, su situación no podía haber cambiado mucho. Era el presidente de una empresa que se llevaba gran parte de su tiempo y energías.
—No hagas eso —dijo él.

Ella lo miró.

—¿A qué te refieres?

—No empieces a preocuparte, Lindsay. Es verdad que trabajo demasiado, pero conseguiremos que esto funcione… Porque los dos queremos que funcione, ¿verdad?

—Sí…

—Pues funcionará.

Antonios sonó tan seguro y confiado como el día que le pidió que se casara con él. Lindsay lo creyó entonces, y eligió creerlo ahora. Al menos, durante su romántica y vespertina escapada a Amfissa.

Pero, ¿qué pasaría cuando volvieran a Villa Marakaios? ¿Qué pasaría cuando su mágico interludio de amor diera paso a la vida real, con todas sus expectativas y exigencias? Lindsay decidió dejar esas dudas para otro momento, y las empujó hasta el rincón más alejado de su mente.

Aquel día se iban a divertir.

Al llegar a Amfissa, aparcaron el vehículo y pasearon por la calle principal, que estaba llena de tiendas. Muchos lugareños conocían a Antonios, que se detenía a saludarlos y les presentaba a su mujer. Por suerte, todos eran tan amables que la ansiedad inicial de Lindsay desapareció, y se dedicó a charlar con ellos con naturalidad. O, por lo menos, con la naturalidad que era posible, teniendo en cuenta que le hablaban en griego y no entendía gran cosa.

Tras despedirse de una encantadora pareja que acababa de salir del mercado, Antonios la miró y preguntó:

—¿Qué tal te sientes?

—Bien —contestó ella con sinceridad—. No estoy nada nerviosa.

Lindsay pensó que su situación había cambiado mucho desde que Antonios estaba a su lado, apoyándola. Evidentemente, no era una solución para su dolencia, pero se sentía mejor y más fuerte. No se parecía nada a tener que enfrentarse a un montón de desconocidos en soledad y preocupada por las expectativas de su esposo, como le había sucedido durante su anterior viaje a Grecia.

—Vamos a comer.

Antonios la llevó a un pequeño restaurante que estaba en una calle lateral, lejos de la zona más transitada. Era un lugar agradable y tranquilo, con solo unos cuantos comensales, que apenas los miraron. Antonios se dirigió en griego al dueño del establecimiento y, un par de minutos después, los acompañó a una mesa solitaria que estaba en el fondo. Luego, el hombre les dio el menú y se fue.

—He pensado que nos vendría bien un poco de tranquilidad…

—No hacía falta. Me encuentro bien —protestó ella.

—Lo sé, y me siento muy orgulloso de ti. Te he traído a este local porque te quiero tener para mí solo.

Antonios le dedicó una sonrisa lasciva, y ella rio y sacudió la cabeza.
—Eres insaciable…
—Solo en lo tocante a ti.
A Lindsay le pareció una especie de milagro. Siempre se había sentido indigna de la atención de nadie. Pero, cuando Antonios la miraba, veía una mujer fuerte y bella. Una mujer fascinante.
—Lo sé… En parte, no te dije nada sobre mi ansiedad porque no quería que empezaras a mirarme de otra forma.
Antonios arqueó una ceja, pero notó que Lindsay iba a decir algo más y guardó silencio.
—Cuando nos conocimos en Nueva York, lograste que me sintiera bella y especial. Y tenía miedo de que dejaras de pensar eso de mí si llegabas a saberlo.
—Yo no habría…
—Sí, ahora lo sé —lo interrumpió—. Porque ahora sabes la verdad y sigues queriéndome… De hecho, es mucho mejor que antes.
—¿Mejor? ¿Por qué?
—Porque me amas a pesar de conocer mi problema y de saber todo lo que hay que saber sobre mí. Ya no te oculto nada.
Él le acarició la mano.
—Y espero que nunca te sientas en la necesidad de ocultarme nada…
—Descuida.
Pidieron la comida y, durante la hora siguiente, se dedicaron a charlar y a disfrutar de los platos.
Después de comer, salieron a la calle y pasearon juntos de la mano. Antonios parecía más relajado que nunca; quizá, porque estaba lejos de Villa Marakaios o, quizá, porque era feliz con ella. Pero, en cualquier caso, sus ojos de color whisky brillaban con alegría, y ya no tenía el menor síntoma de estrés.
Al cabo de unos minutos, llegaron a una calle estrecha y sinuosa, y se sentaron en un murete desde el que se veía casi todo el valle.
—¿Sabes una cosa? Me siento como cuando estábamos en Nueva York —le confesó ella—. Cuando nos conocimos.
—¿Y eso es bueno? —preguntó Antonios con humor.
Lindsay sonrió y asintió.
—Sí, es muy bueno. De hecho, hasta tú te pareces al hombre de Nueva York.
Él la miró con interés.
—¿En qué sentido?
—Estás más relajado, más contento… Espero no equivocarme, pero a veces tengo la sensación de que tu trabajo no te hace feliz.
Antonios admiró el valle durante unos segundos y, a continuación,

dijo:

—No sé… Supongo que en Nueva York me sentía libre de las ataduras y los compromisos de mi existencia diaria.

—Pues tendremos que encontrar la forma de ser felices entre todos esos compromisos…

—No te preocupes, Lindsay. La encontraremos —dijo Antonios, con la misma seguridad que había mostrado en el restaurante—. Estamos enamorados, y eso es lo único importante. Lo demás se arreglará.

Antonios la tomó de la mano y se la besó. Lindsay sonrió en silencio. Le habría gustado estar tan segura como él, pero seguía preocupada. ¿Qué significaba eso de que lo demás se iba arreglar? ¿Que trabajaría menos? ¿Que estaría más tiempo con ella? ¿Cómo iban a afrontar el día a día?

Poco después, subieron a la furgoneta y se dirigieron a Villa Marakaios. Cuando ya estaban llegando, Lindsay lo miró y notó que su expresión se había endurecido, como si le disgustara la idea de volver a su vida normal.

Al llegar a la mansión, él detuvo el vehículo, le dio un beso y le dijo que necesitaba volver a la oficina. Lindsay asintió y entró en el edificio para ver si aún podía echar una mano con los preparativos de la fiesta. Las hermanas de Antonios lo tenían todo bajo control, pero quería hacer un esfuerzo, aunque solo fuera para mejorar su relación con ellas.

—Ah, Lindsay… ¿Dónde te habías metido? ¿Has estado con Antonios? —preguntó Xanthe—. Ava lo estaba buscando.

—Hemos salido a dar una vuelta. ¿Qué tal va todo?

—Bueno, Parthenope ha estado ocupada toda la tarde con Timon, su hijo. Y Ava ha decidido que no le gusta la ropa que tiene y se ha ido de compras, con todo lo que hay que hacer —respondió, exasperada.

—¿Timon está bien?

—Sí, solo tiene un resfriado. Pero Parthenope tenía que hablar con los de la empresa que va a servir la comida y la bebida, y como yo he estado ocupada con la decoración…

—No te preocupes. Yo te ayudaré —dijo Lindsay, para sorpresa de Xanthe—. ¿Qué necesitas que haga?

Xanthe se mordió el labio.

—María, el ama de llaves, está con ellos en la cocina; pero se ha enfadado porque quería preparar la cena y mi madre se negó. Dice que ya no está para esos trotes.

—Comprendo. ¿Quieres que hable con ella?

Xanthe asintió, aliviada.

—Sí, que hables con ella y con los de la empresa, para que sepan lo que tienen que hacer —contestó—. ¿Te crees capaz?

—Por supuesto que sí.

Lindsay lo dijo con una seguridad que estaba lejos de sentir, porque ni siquiera sabía dónde estaba la cocina. Pero, tras abrir unas cuantas puertas y perderse por unos cuantos pasillos, la encontró. Los trabajadores de la empresa de restauración estaban preparando los entrantes, bajo la atenta y desconfiada mirada de María. Lindsay solo la conocía de vista. Nunca habían mantenido una conversación.

Respiró hondo, se acercó a ella y dijo, con tanta amabilidad como le fue posible…

—*Herete*, María. ¿Todo va bien?

María la miró con perplejidad, y Lindsay cayó en la cuenta de que el ama de llaves no entendía su idioma; lo cual era un problema, porque ella solo hablaba unas cuantas palabras de griego. Pero tendrían que ser suficientes.

Señaló a los trabajadores, arqueó las cejas y preguntó:

—*¿Ti kanete?* ¿Qué tal estás?

María contestó con un torrente incomprensible de lo que parecían ser protestas por el hecho de tener a unos desconocidos en su cocina. Lindsay no podía hacer gran cosa, pero se sentó con ella y le dedicó toda su atención mientras el ama de llaves se seguía quejando en una lengua que no entendía.

Quince minutos después, cuando ya se había relajado un poco, María le explicó con señas que se sentiría mejor si le dejaban encargarse de los entrantes, y ella se lo concedió de la misma manera. Veinte minutos después, Lindsay salió de la casa con una sonrisa en los labios, contenta de haber solucionado el asunto.

Justo entonces, apareció Antonios. Parecía preocupado.

—¿Estás bien?

—Sí, claro… ¿Qué tal van las cosas en la cocina? Xanthe me ha dicho que tenemos un pequeño problema con María.

—Lo teníamos, pero ya lo he solucionado.

—¿En serio? —preguntó, arqueando una ceja.

—Sí. Aunque nos hemos tenido que comunicar por señas.

—Me alegro de saberlo…

—¿Volvemos a casa?

Antonios asintió, tenso. Y ella le acarició la mejilla.

—¿Seguro que estás bien?

Él cerró los ojos brevemente, como si su leve caricia le hiciera sentirse mejor.

—Sí.

Lindsay no se dejó engañar. Antonios lo había dicho con un tono tajante que le resultaba muy familiar, porque era el mismo que ella había utilizado durante años para afirmar que las cosas iban bien cuando no iban bien en absoluto.

Mientras caminaban, se preguntó si llegaría a ser tan sincero con



ella como ella lo era ahora con él.

Capítulo 10

Antonios estaba en el salón, observando a los invitados y a los camareros que iban de un lado a otro con bandejas llenas de entrantes. Su madre se había sentado en una silla, y en ese momento se dedicaba a saludar a los familiares, amigos y vecinos que se habían acercado a rendirle homenaje. Parecía contenta, aunque también cansada.

En cuanto a Lindsay, nadie habría pensado que se sentía incómoda en ese tipo de situaciones. Estaba charlando con una de las invitadas, más hermosa y elegante que nunca. Aquella tarde, Antonios le había prometido que estaría cerca de ella constantemente y que, si se encontraba mal, se marcharían de inmediato. Pero era evidente que no necesitaba que la protegiera. Había empezado a ser la esposa y compañera que él necesitaba.

Y se sintió muy orgulloso.

Segundos después, Leónidas se acercó a ella. Antonios frunció el ceño, y volvió a considerar la posibilidad de decirle la verdad a su hermano. A fin de cuentas, era la única forma de solucionar sus problemas. Pero no podía traicionar el secreto de su padre. Le había dado su palabra, y debía cumplir su promesa.

Mientras los observaba, tuvo la sospecha de que Leónidas quería presionar a Lindsay. Estaba tan enfadado con él que no habría sido extraño. Y, cuando Lindsay entrecerró los ojos, su instinto de protección se despertó al instante.

No iba a permitir que Leónidas le hiciera pasar un mal rato para vengarse de él, así que apretó los puños y caminó hacia ellos.

Lindsay intentó contestar a las preguntas de Leónidas con naturalidad. Se interesó por su estancia en Villa Marakaios y por su relación con Antonios, y quiso saber si era feliz. En apariencia, no había nada sospechoso. Pero su tono de voz lo traicionaba. Parecía saber que había tenido problemas con su hermano, y parecía resentido con él.

—¿Todo va bien?

Lindsay se giró al oír a Antonios, que se había acercado.

—Muy bien —contestó Leónidas—. He decidido aprovechar la fiesta para conocer un poco mejor a mi querida cuñada. Francamente, no sé

qué ha visto en ti.

—Yo me lo pregunto todos los días —dijo Antonios—. Pero ahora nos tendrás que perdonar… Los Atrikes están empeñados en conocer a mi esposa, y no tengo más remedio que presentársela. ¿Me acompañas, Lindsay?

—Por supuesto.

En cuanto se alejaron, Lindsay lo llevó a una habitación vacía que estaba junto a la biblioteca y le preguntó:

—¿Qué te ha pasado con Leónidas?

—¿Qué quieres decir? —preguntó él.

—Es evidente que no os lleváis muy bien, aunque lo disimuláis.

Antonios se encogió de hombros.

—No es nada. Simple competencia entre hermanos.

—¿Y por qué competís?

Él se volvió a encoger de hombros, pero guardó silencio.

—Dímelo, Antonios… Tú te sentías mal cuando yo no te contaba las cosas, y ahora me pasa lo mismo contigo.

—No es más que un asunto de negocios.

—¿Qué tipo de negocios?

—Nada que deba preocuparte.

Lindsay suspiró y él cambió de conversación.

—Lo estás haciendo muy bien esta noche. Eres la mujer más bella y elegante de la fiesta. Me siento muy orgulloso de ti.

Ella sonrió, y Antonios le dio un beso en los labios. Pero solo fue una caricia. Los dos sabían que su pasión tendría que esperar hasta el final de la noche.

—Y yo lo estoy de ti, Antonios.

—¿De mí? ¿Por qué?

—Porque has sabido dirigir tu empresa y sacar adelante a tu familia en ausencia de tu padre. No sabes cuántas veces me lo han dicho… La gente afirma que eres tan buen empresario como buena persona.

Antonios sonrió, pero fue una sonrisa fugaz y pequeña, que no llegó a sus ojos.

—Tenemos que volver con los demás. Los Atrikes nos esperan.

La gente ya se estaba dirigiendo al comedor cuando regresaron al salón principal. Daphne se levantó entonces de su silla y tomó de la mano a Lindsay.

—Ah, estáis aquí…

Lindsay la miró con preocupación, porque no parecía que se encontrara muy bien. Pero Daphne sonrió y dijo:

—Este no es momento para preocupaciones. Hoy nos vamos a divertir… ¿Verdad, querida?

—Por supuesto —contestó.

La fiesta duró hasta la madrugada, cuando Daphne se retiró a sus

habitaciones. Antonios y Lindsay volvieron entonces a su casa, donde ella se apresuró a quitarse sus zapatos de tacón alto.

—Creo que la fiesta ha sido un éxito… —comentó, agotada.

Antonios se despojó de su chaqueta y se soltó el nudo de la corbata. Había estado encantador toda la noche, pero Lindsay sabía que le pasaba algo, y era como tener clavada una espina en el pie.

—¿Seguro que todo va bien, Antonios? Me refiero a tu relación con Leónidas.

Él la tomó entre sus brazos.

—Todo va bien, pero no me apetece hablar de Leónidas… ¿Sabes que estás imponente con ese vestido?

Lindsay bajó la cabeza y contempló la delicada prenda de color azul claro que se había puesto. Nunca había sido una obsesa de la ropa, pero adoraba que Antonios la halagara y la mirara con deseo.

—Te queda maravillosamente bien —prosiguió—. Pero faltaría a la verdad si no añadiera que te prefiero desnuda.

Ella rio.

—Pues tendremos que concederte ese deseo…

—Y tendrá que ser ahora mismo.

Antonios se puso detrás de Lindsay, le bajó la cremallera lentamente y, acto seguido, le quitó la prenda. Ella se giró entonces y se emocionó tanto al ver el destello de admiración de sus ojos que estuvo a punto de derramar una lágrima.

—¿En qué estás pensando? —preguntó él—. Pareces triste…

Ella sacudió la cabeza y dijo, en voz baja:

—No, no es tristeza. Me estaba preguntando cómo es posible que me alejara de ti.

Él apretó el pecho contra sus senos, causándole un estremecimiento de placer.

—No lo sé, pero prométeme que no volverás a dejarme. Prométemelo, por favor. No lo soportaría.

—Te lo prometo.

Antonios la miró de nuevo y la besó.

Las días siguientes fueron un oasis de felicidad y alegría. De noche, hacía el amor con Antonios y, de día, trabajaba en su doctorado y estrechaba lazos con la familia de su marido. Sus hermanas mantenían una actitud distante, pero cambiaron por completo cuando se decidió a contarles que padecía de ansiedad, a sugerencia de Antonios.

Al saberlo, Parthenope le dio un abrazo y dijo, con una sonrisa:

—¿Por qué no lo dijiste antes? Nos habríamos evitado muchos malentendidos…

—Y tanto —intervino Ava—. Parthenope pensaba que eras una

esnob.

—¡Ava! —protestó su hermana.

—Pero es lógico que lo pensara, porque eres muy inteligente y tiene celos de ti. Ten en cuenta que yo soy la única que ha estudiado en la universidad.

Parthenope se puso roja como un tomate.

—Sí, lo de la universidad es cierto… —dijo—. Tú estudiaste, y yo me casé.

—Bueno, no estoy segura de que un doctorado en teoría de los números sea algo de lo que nadie pueda sentir celos —declaró Lindsay con humor—. No sirve de gran cosa.

—Pues Antonios nos ha dicho lo contrario —intervino Xanthe—. Afirma que llevará a todo tipo de avances en ciencia y tecnología.

Lindsay tragó saliva, emocionada al saber que Antonios apreciaba su trabajo.

—Sí, es posible…

—Tendrías que habérnoslo contado —insistió Parthenope—. Llegamos a pensar que te creías demasiado buena para nosotras.

—No, nunca he pensado eso. Ni una sola vez.

Lindsay supo en ese momento que, aunque no fuera la esposa que las hermanas de Antonios habrían preferido, se acababa de ganar su respeto y su afecto. Pero se sintió culpable por no haber actuado de esa forma durante su estancia anterior. Como decía Parthenope, se habrían evitado muchos problemas.

Una semana después del santo de Daphne, Antonios le preguntó súbitamente si se podían mudar a la mansión.

—Mi madre quiere que estemos allí, y a mí también me gustaría. Pero tendríamos un ala entera para nosotros, y sobra decir que la podrías decorar a tu gusto —explicó.

—Por supuesto que podemos —replicó ella.

A Lindsay se le hizo extraño. A fin de cuentas, ahora estaba en la casa donde había sido tan desdichada. Pero no quería pensar en el pasado. Quería recuerdos nuevos, sueños nuevos, esperanzas nuevas. Y un día, estando en el dormitorio, se llevó la mano al vientre y sonrió con una mezcla de alarma y entusiasmo.

Durante los primeros meses de su relación, Lindsay se sentía tan mal que había tomado las medidas oportunas para no quedarse embarazada. Pero ahora era feliz y, como los dos querían ser padres, habían dejado de usar anticonceptivos.

Aún estaba pensando en la posibilidad de tener un hijo con él cuando Antonios entró en el dormitorio y le dio un beso en el cuello.

—Quiero enseñarte una cosa —dijo.

—¿Ah, sí?

—Acompáñame.

Antonios la tomó de la mano y la llevó por el corredor de su ala privada de la mansión hasta una sala que Lindsay no había visto antes. Una vez allí, abrió la puerta y se apartó para dejarla entrar.

Ella se quedó atónita.

Era un lugar grande y soleado, con estanterías, un tablón para notas, un sillón de aspecto cómodo y una enorme mesa de madera de roble sobre la que descansaba un ordenador impecablemente nuevo.

Se parecía a su despacho de Nueva York.

—Es para que trabajes con más tranquilidad —dijo él—. Si necesitas alguna cosa, dímelo y te lo conseguiré.

Lindsay se giró hacia él y le pasó los brazos alrededor del cuello.

—No necesito nada más. Tú eres todo lo que deseo…

La semana siguiente fue como las anteriores, pero Lindsay se empezó a preocupar en serio con el estrés de Antonios. Cada vez que le preguntaba algo sobre su trabajo, se ponía tenso e irritable.

A pesar de ello, intentó convencerse de que no sería nada y de que, en cualquier caso, Antonios se lo contaría cuando estuviera preparado.

Pero, una noche, se despertó y vio que estaba sola. Lindsay tuvo un mal presentimiento, así que se levantó a toda prisa y entró en el salón de la suite. Antonios estaba junto a la ventana, apoyado en el cristal.

—¿Antonios?

Él no se dio la vuelta al oír su voz.

—No podía dormir —explicó él.

Lindsay volvió a formular la pregunta que ya había formulado docenas de veces.

—¿Estás bien?

—Sí.

Ella suspiró.

—Sé que te pasa algo. Lo noto.

—Solo es estrés.

Lindsay supo que Antonios estaba mintiendo, pero también supo que no iba a arrancarle la verdad en mitad de la noche, de modo que volvió a la cama, se tumbó y se quedó mirando el techo.

¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué se negaba a decírselo?

Lindsay se encogió de hombros y se dijo que no tenía más opción que ser paciente y confiar en él.

Pero habría dado cualquier cosa por saberlo.

Ya había pasado un mes desde el santo de Daphne cuando Lindsay recibió un mensaje de correo electrónico de una universidad neoyorquina, que le ofrecía un empleo como profesora adjunta en el departamento de matemáticas puras.

Al verlo, se quedó sorprendida. Su supervisor ya le había insinuado

que el mundo académico estaba muy interesado en su investigación, pero había pasado tanto tiempo y tantas cosas desde entonces que no le causó la menor alegría.

¿Qué iba a hacer ahora? Amaba Antonios, y no podía negar que era feliz en Grecia. Pero ¿se quería quedar allí? ¿Durante el resto de su vida?

Apartó la mirada del ordenador y la clavó en los pinares de las montañas.

En cierto modo, Antonios y ella habían estado disfrutando de la luna de miel que no habían tenido antes. Sin embargo, hasta las lunas de miel tenían sus baches, y el estrés de su esposo no auguraba nada bueno. ¿Qué pasaría cuando terminara su fase de encaprichamiento y empezara a trabajar más? ¿Qué pasaría cuando el peso de sus obligaciones se volviera aún más insoportable?

Antonios había dejado claro que no podía irse de Grecia. Pero Lindsay tenía la sensación de que su trabajo en Marakaios Enterprises lo estaba matando, y de que necesitaba hacer algo nuevo, al igual que ella.

De todas formas, le había prometido que intentaría vivir con él en su país. Y no le podía sugerir que se marcharan. No en ese momento.

Además, no imaginaba a Antonios en otro sitio. Aquel era su reino, su hogar.

Pero echaba de menos la emoción de las clases universitarias, el placer de debatir con estudiantes y profesores. Ansiaba sentirse parte de una comunidad que estaba tan fascinada con las matemáticas como ella.

Inquieta y algo más que nerviosa, Lindsay apagó el ordenador y salió de la casa. Hacía un día precioso, así que se dedicó a pasear por los senderos que llevaban a los distintos jardines, desde el huerto donde había hablado con Daphne hasta la plazoleta de la fuente, donde Antonios y ella se habían reconciliado y habían hecho el amor. El simple hecho de mirar el agua bastó para arrancarle una sonrisa.

Se sentó en un banco de piedra y se quedó mirando la fuente, intentando lidiar con sus sentimientos contradictorios: esperanza, miedo, frustración, alegría.

—¡Lili!

Lindsay se giró hacia el niño de dos años que gateaba hacia ella. Timon había empezado a llamarla así unos días antes, para diversión de los adultos.

—¿Te has escapado, jovencito?

—¡Timon! —gritó Parthenope, que apareció un momento después —. Ah, estás aquí…

Parthenope se acercó a toda prisa, lo tomó entre sus brazos y se sentó en el banco de piedra, junto a ella.

—¿Te encuentras bien, Lindsay?
—¿Es que tengo mal aspecto?
—No sé, pareces preocupada… ¿Va todo bien entre Antonios y tú?
—Sí, claro.
—Eso espero. Cuando te fuiste a Nueva York, iba de un lado a otro como un león enjaulado. Fingía estar bien, pero no nos engañaba.
Lindsay se ruborizó un poco, muy a su pesar.
—Bueno, las cosas van mejor que antes. Estamos… intentando solucionar nuestros problemas —le confesó.
Parthenope le puso una mano en el brazo.
—El matrimonio es complicado.
—Tu madre es de la misma opinión —comentó con una sonrisa—. Dice que puede ser extraordinariamente difícil.
Parthenope soltó una carcajada.
—Opine lo que opine mi madre, estoy segura de que todo saldrá bien si lo intentáis.
Lindsay asintió. Esperaba que Parthenope tuviera razón, pero no estaba segura de que Antonios lo estuviera intentando de verdad. Era evidente que le pasaba algo y que no se lo quería decir. Quizás había llegado el momento de presionarlo y arrancárselo por la fuerza. O de seducirlo y sacárselo dulcemente.
—Sí, es cierto —afirmó, decidida a tomar la iniciativa con su esposo —. Todo saldrá bien si lo intentamos.

Aquella noche, Antonios se quedó en el trabajo hasta muy tarde. Y Lindsay, que lo estaba esperando en la cama, se cansó de mirar el techo, se puso unos vaqueros y un jersey y salió en su busca.
Eran poco más de las once cuando entró en las oficinas de Marakaios Enterprises y se asomó al despacho de su esposo, cuya puerta estaba entreabierta. Y, al verlo, se le encogió el corazón. Parecía desesperado. Se había llevado las manos a la cabeza, y sus hombros estaban tan hundidos como si cargara con todo el peso del mundo.
—Oh, Antonios…
—¿Qué estás haciendo aquí?
Lindsay entró.
—Te estaba buscando.
—No has debido venir. Tengo trabajo.
Ella cruzó la sala y miró la pantalla de su ordenador portátil, que estaba llena de números.
—¿Qué estás haciendo?
Antonios cerró el portátil.
—Nada… nada importante.

—¿Y por qué no quieres que lo vea? Solo son números.

—Pero tú eres muy buena con los números.

Lindsay frunció el ceño.

—¿Qué está pasando, Antonios? ¿Por qué te comportas así? ¿Por que te ocultas?

—Yo no me estoy ocultando —protestó—. Por Dios, ¿quieres dejarme en paz?

Antonios se levantó y empezó a caminar de un lado a otro.

—No sé lo que te pasa, pero necesito saberlo —insistió ella.

Él ni siquiera la miró.

—Es mejor que no lo sepas.

—¿Está relacionado con Leónidas?

Antonios guardó silencio.

—Maldita sea, deja de ocultarme las cosas… Me estás haciendo lo mismo que yo te hice a ti. No es justo.

—No me hables de lo que es justo y lo que no.

Lindsay entrecerró los ojos y sacudió la cabeza.

—No te entiendo…

—Ni yo quiero que me entiendas, Lindsay. Tienes razón, te estoy ocultando algo. Pero no tengo más remedio —dijo con angustia—. Créeme, por favor… Esto no tiene nada que ver con nosotros. Es un asunto de negocios, un asunto confidencial que no puedo discutir con nadie.

—¿Un asunto confidencial que te tiene sumido en la desesperación? —preguntó ella—. Suena bastante extraño, pero te equivocas al decir que no tiene nada que ver nosotros. Ya no eres el mismo.

Los ojos de Antonios se oscurecieron, y Lindsay supo que no le iba decir nada más.

Enfadada, se apartó de él y salió del despacho.

Capítulo 11

Antonios gimió, se sentó en su sillón y se pasó las manos por el pelo. Después, volvió a abrir el portátil y miró por enésima vez los resultados financieros de Marakaios Enterprises.

No podía creer que estuviera sopesando la posibilidad de hacer algo ilegal por su padre o, más bien, por la memoria de su padre. Evangelos había hecho muchas trampas con la contabilidad de la empresa, y Antonios lo había despreciado por ello. Pero ahora estaba a punto de hacer lo mismo.

Se levantó y se puso a caminar. Necesitaba escapar no de los confines de aquel despacho, sino de su vida. Necesitaba escapar de su promesa, y del peso cada vez más insoportable de dirigir la compañía familiar. ¿Cómo era posible que se hubiera metido en ese lío? Por ocultar los actos de Evangelos, se había ganado la enemistad de Leónidas y la desconfianza de Lindsay. Y tenía que hacer algo, antes de que fuera demasiado tarde. Si es que no era demasiado tarde ya.

Antonios volvió a la mansión alrededor de las dos de la madrugada. Lindsay se había quedado dormida, y estaba acurrucada como una niña.

Se quitó la ropa y se acostó, aunque estaba seguro de que no podría conciliar el sueño. Había dormido muy poco durante las últimas semanas. Leónidas seguía enfadado con él, y la tensión en las oficinas de Marakaios Enterprises era tan obvia que todo el mundo se había dado cuenta. Y Antonios no sabía qué hacer.

Aún estaba mirando el techo cuando, una hora después, llamaron a la puerta. Fue un sonido apenas perceptible, pero de ritmo urgente, y Antonios supo que había pasado algo malo.

Se levantó a toda prisa, se volvió a vestir y abrió la puerta.

—¿Xanthe? ¿Qué ocurre?

—Es mamá…

Su hermana estaba pálida, y lloraba.

—¿Qué ha pasado? —insistió.

—Se ha despertado gritando, y con muchos dolores. María ha llamado al médico, pero mamá parece…

A Xanthe le costaba hablar. Las lágrimas descendían por sus mejillas, así que Antonios le dio un abrazo, murmuró unas palabras de

consuelo y, a continuación, se dirigió al dormitorio de su madre.

Habían encendido la lámpara de la mesilla de noche, y su luz blanquecina enfatizaba los rasgos de Daphne Marakaios. Antonios era perfectamente consciente de que su salud había empeorado; pero, al verla así, encogida, con los ojos cerrados y respirando con dificultad, se le hizo un nudo en la garganta.

Tragó saliva, se acercó a la cama y se sentó en el borde.

—*Yeia sou*, mamá —dijo débilmente.

Daphne abrió los ojos, pero nada más. Antonios la tomó de la mano, y notó que su muñeca y sus dedos eran más finos que nunca, poco más que piel y huesos.

No sabía qué decir. Las palabras le parecieron repentinamente inútiles, de modo que guardó silencio y siguió junto a ella hasta que, al cabo de unos minutos, apareció el médico. Entonces, se levantó y miró al hombre mientras le tomaba el pulso y la tensión.

—¿Y bien? —preguntó, cuando ya no podía esperar más.

Spiros Tallos se incorporó lentamente y lo miró con toda la sabiduría de su avanzada edad. Había sido médico de dos generaciones de la familia. Él era quien le había escayolado la pierna cuando se cayó de un árbol a los seis años y se la rompió.

—Se está muriendo, Antonios —dijo con suavidad—. Pero ya lo sabíamos.

—Es la primera vez que la veo tan mal… —declaró Antonios.

—Su final se acerca.

Antonios asintió.

—¿Cuánto le queda?

—No lo sabría decir…

—Inténtalo.

—Días, semanas… Tendrá momentos buenos y momentos malos, pero no se recuperará. Lo siento mucho, Antonios.

Antonios se dio la vuelta para que el médico no viera las lágrimas que se habían formado en sus ojos. Luego, esperó a recobrar la compostura y dijo, con voz rota:

—Gracias, Spiros. ¿Puedes darle algo, para aliviar su dolor?

—Por supuesto.

Spiros volvió con Daphne, y Antonios se concentró en Xanthe, que aún seguía llorando. Sin decir una palabra, la tomó entre sus brazos y dejó que le apoyara la cabeza en el hombro.

—Sé que no debería reaccionar así. No se puede decir que nos pille por sorpresa. Pero me duele tanto…

Antonios asintió. Era una situación terrible, y deseó que Lindsay estuviera a su lado. Pero prefería ahorrarle el dolor.

—¿Antonios?

Al oír la voz de su madre, Antonios soltó a Xanthe y volvió a la

cama.

—Mamá…

—¿Podrías llamar a…?

Él la tomó de la mano.

—No hables. No gastes energías, por favor.

Daphne sacudió la cabeza y dijo:

—Quiero ver a Leónidas.

—Iré a buscarlo —se ofreció Xanthe.

Diez minutos después, Leónidas entró en el dormitorio. Tenía el pelo revuelto y la camisa por fuera de los pantalones. Era obvio que se había vestido a toda prisa.

Al llegar, miró a su hermano y, acto seguido, se sentó en el lado opuesto de la cama.

—Mamá…

Antonios hizo ademán de levantarse.

—Será mejor que os deje a solas —dijo.

Daphne volvió a sacudir la cabeza.

—No, quiero que os quedéis los dos. Os quiero aquí, juntos.

Los dos hermanos guardaron silencio.

—Hay demasiado dolor y amargura entre vosotros —continuó ella —. Haced las paces antes de que sea tarde… Antes de que yo me haya ido.

—¿De qué estás hablando, mamá? Antonios y yo nos llevamos muy bien, como siempre —mintió Leónidas, en un intento por tranquilizarla.

Daphne sonrió con tristeza.

—No, eso no es cierto. Sé que estás enfadado con Antonios. Lo estás desde hace años, y eso tiene que terminar.

Antonios lanzó una mirada a su hermano, sorprendido por el comentario de Daphne. ¿Años? Estaba convencido de que la animadversión de Leónidas era reciente, pero su madre no era de la misma opinión.

—No te preocupes por nosotros —dijo Leónidas.

—¿Cómo no me voy a preocupar? —declaró con voz débil—. Sé que Evangelos os dejó una carga muy pesada.

Antonios se puso tenso al instante.

—¿Qué quieres decir, mamá?

Ella lo miró.

—Te nombró presidente de la empresa…

—¿Y crees que hizo mal?

—Mi opinión carece de importancia. Solo importa lo que te hizo.

—¿Lo que me hizo?

—Sí. Lo que te hizo a ti y lo que le hizo a Leónidas.

Antonios respiró hondo. Durante unos momentos, había pensado

que Daphne sabía la verdad. Pero su madre no hizo ninguna insinuación al respecto, y él se sintió inmensamente aliviado.

—Quiero que os reconciliéis, que hagáis las paces.

—Yo… —empezó a decir Antonios.

—Descuida, mamá —lo interrumpió Leónidas—. Nos reconciliaremos.

Daphne les dedicó una sonrisa llena de satisfacción y cerró los ojos. Segundos después, se quedó dormida.

Antonios y Leónidas esperaron un momento, y a continuación, salieron del dormitorio.

—¿Qué ha dicho el médico? —preguntó Leónidas.

—Que le quedan días o, como mucho, semanas.

—Pero no meses…

—No.

Los dos se quedaron en silencio y, a pesar de la promesa que Leónidas le había hecho a Daphne, no intentaron solventar sus diferencias. De hecho, Antonios ni siquiera habría sabido por dónde empezar. Creía que su hermano se había enfadado con él por el asunto de Adair Hotels, y ahora resultaba que su enfado era anterior.

—Alguien debería quedarse con ella —dijo Leónidas.

—Yo me quedaré.

Leónidas asintió.

—De acuerdo, pero llámame si pasa algo.

Leónidas se fue y Antonios regresó al dormitorio de Daphne. Sabía que ya no podría dormir, así que alcanzó una silla y se sentó.

Antonios no estaba en la cama cuando Lindsay se despertó, poco antes de que amaneciera. Normalmente, se despertaba poco a poco; pero, al sentir el frío vacío de las sábanas, su cuerpo reaccionó y abrió los ojos.

¿Dónde se había metido? ¿Se habría quedado a dormir en el despacho?

Se levantó, se acercó a la ventana y admiró la belleza del amanecer durante unos momentos. El sol empezaba a asomar tras las montañas, tiñendo de dorado los densos bosques de pinos. Se preguntó dónde estaría Antonios.

Poco después, se abrió la puerta. Era él.

—¿Dónde estabas? —le preguntó con brusquedad.

Antonios le lanzó una mirada llena de cansancio.

—Con Daphne.

Lindsay se sobresaltó.

—¿Qué ha pasado? ¿Se encuentra bien?

Antonios sacudió la cabeza.

—No, no se encuentra bien —contestó—. Pero será mejor que me dé una ducha.

Antonios desapareció en el interior del cuarto de baño, y Lindsay se puso a caminar, nerviosa. Estaba preocupada por Daphne, por el propio Antonios y por el efecto que aquello pudiera tener en su matrimonio, que ya estaba en la cuerda floja.

Antonios salió de la ducha al cabo de unos minutos, con una toalla alrededor de la cintura. Lindsay se acercó, y él le dio un abrazo largo y cariñoso, sin decir una sola palabra. No necesitaban hablar. Solo necesitaban compartir su amor y su dolor.

Cuando ya se habían tranquilizado, Antonios la miró a los ojos y rompió el silencio.

—No durará mucho.

Lindsay sintió una inmensa tristeza.

—Lo siento, Antonios.

Él le acarició la mejilla y ella pensó que debía de haber pasado la noche en vela, porque parecía exhausto.

—Seguro que se alegrará si la visitas.

—Sí, por supuesto… ¿Está despierta?

—Sí, se despierta de vez en cuando —contestó—. Leónidas y yo estuvimos hablando con ella.

—¿Y qué os dijo?

Antonios sacudió la cabeza.

—Eso no importa.

Lindsay no lo quiso presionar. A fin de cuentas, no tenía derecho a meterse en algo tan personal como una conversación de dos hermanos y una madre. Pero supo que importaba. Y lamentó que, una vez más, Antonios le guardara secretos.

—En fin, tengo que volver al trabajo.

—Pero si no has dormido…

Él se encogió de hombros.

—Siempre hay cosas que hacer, Lindsay.

Ella lo miró y decidió arriesgarse.

—¿Y qué pasa con Leónidas?

—No te entiendo…

Lindsay respiró hondo.

—Sé que me estás ocultando algo. Algo que te produce un inmenso dolor —dijo—. ¿Por qué no me lo dices? Te prometo que te sentirás mejor… Yo misma me sentí mejor cuando dejé de guardarte secretos y te confesé lo que me pasaba.

Él sacudió la cabeza.

—Lo siento, pero no te lo puedo decir.

—¿No me puedes decir nada? ¿Ni siquiera una parte?

Antonios suspiró.

—Leónidas está enfadado conmigo. Por lo visto, lo está desde hace años.

—¿Por qué?

—Porque mi padre me nombró presidente de la empresa, porque tengo el poder que él quiere… Qué se yo. Y mi madre nos ha pedido que nos reconciliemos.

—¿Y os habéis reconciliado?

—No. Leónidas se fue cuando mi madre se quedó dormida. Y no estoy seguro de que nos podamos mirar a los ojos otra vez.

—¿Y nosotros? ¿Podremos?

Antonios frunció el ceño.

—Ya te he dicho que esto no tiene nada que ver con nosotros.

—Te equivocas. Te equivocas por completo —dijo con vehemencia —. ¿Crees que la tensión y la amargura que siento en ti todos los días no nos afecta? No sé qué diablos te pasa con tu hermano, pero tienes que hablar con él.

Antonios se cruzó de brazos, implacable.

—Eso no es posible. No le podría decir la verdad.

—¿La verdad?

—Le hice una promesa a mi padre, y no la puedo romper.

Lindsay lo miró a los ojos, sin saber cómo salir del callejón sin salida en el que estaban. En otras circunstancias, lo habría presionado un poco más. Pero Antonios había tenido una noche terrible, así que asintió y dijo:

—Está bien.

Antonios la tomó nuevamente entre sus brazos y le dio un beso en la cabeza.

—Gracias por tu comprensión, Lindsay.

Lindsay cerró los ojos. Empezaba a pensar que su comprensión no sería suficiente. Ni para él ni para ella.

Daphne falleció tres días después. Lindsay había estado con ella muchas veces; se había sentado a su lado y había charlado con ella durante sus breves momentos de lucidez. Había compartido el dolor de Xanthe, Parthenope y Ava, que acariciaban la mano de su madre, le cepillaban el pelo y cantaban canciones de su infancia.

Fue una despedida larga y dolorosa, pero Lindsay sabía que era necesaria. Fue la despedida que su propia madre le había negado cuando se marchó para no volver. Ni siquiera sabía si estaba viva, aunque eso carecía de importancia. A todos los efectos, era como si estuviera muerta.

Pero ni la conciencia del estado de Daphne ni la duración de su lento adiós hicieron su final menos doloroso para Antonios, Leónidas y

sus hermanas.
Lindsay estaba en su despacho cuando Antonios entró para decírselo. De hecho, estaba contestando al mensaje de la universidad donde le habían ofrecido un trabajo, aunque aún no sabía si aceptarlo o rechazarlo.
—¿Lindsay?
Ella apartó la mirada de la pantalla y tragó saliva al ver la expresión de Antonios.
—Oh, no me digas que…
—Me temo que sí.
—Dios mío…
—Parthenope y yo estábamos con ella.
—¿Y los demás?
—Estaban descansando. Como sabes, nos turnábamos para…
Lindsay se levantó y lo abrazó.
—Lo siento muchísimo, Antonios.
—Lo sé.
Antonios asintió.
—En fin, tendré que empezar con los preparativos del entierro.
—Si te puedo ayudar en algo…
Él sacudió la cabeza y se marchó.
Lindsay volvió a la mesa, releyó el mensaje de la universidad e intentó responder, pero solo pudo escribir unas palabras de agradecimiento por su oferta de trabajo. Sencillamente, no estaba de humor para pensar. Así que dejó el portátil y se fue a ver a las hermanas de su esposo.
El entierro se celebró dos días después, con presencia de toda la familia, de toda la plantilla de Marakaios Enterprises y de gran parte de los habitantes de Amfissa, que también estuvieron en la triste recepción posterior.
Al final del día, Lindsay estaba tan agotada que se alegró enormemente de poder retirarse a sus habitaciones. Antonios había desaparecido, y ella supuso que estaría hablando con sus familiares. Pero se equivocó. Estaba en el dormitorio.
—No sabía que estuvieras aquí… —dijo, sorprendida.
—Pues ya ves.
Él la miró con ira, y ella se quedó perpleja.
—¿Qué pasa, Antonios?
—¿Cuándo me lo pensabas decir?
Lindsay parpadeó.
—¿Decir? ¿De qué estás hablando?
—De la oferta de trabajo que has recibido —contestó—. De la oferta que, aparentemente, piensas aceptar.
Ella se quedó boquiabierta.

—¿Has leído mi correo?

—Dejaste el ordenador encendido, y con el mensaje abierto en la pantalla —se defendió—. Además, no me voy a disculpar por una supuesta invasión de tu intimidad cuando tú te dedicas a ocultarme cosas tan importantes.

—Antonios, yo…

—¿Cuándo me lo ibas a decir? —repitió él con amargura—. ¿O es que pensabas irte como la última vez, sin decirme nada?

Capítulo 12

Antonios estaba convencido de que Lindsay tenía intención de marcharse, y no se lo podía perdonar. Creía que había traicionado su confianza de nuevo, y se mostró implacable cuando ella palideció.

—Oh, no… No te escondas ahora tras tus ataques de pánico. No te va a servir de nada.

Ella apretó los labios.

—Me alegro de saberlo.

—¿Por qué, Lindsay?

—¿Qué me estás preguntando, Antonios? —dijo ella, intentando mantener la compostura.

—¿Por qué no me dijiste que te habían ofrecido un empleo en la universidad de Nueva York? Un trabajo que piensas aceptar…

—No lo he aceptado todavía.

—Pero lo estás pensando, ¿no? He leído el mensaje, Lindsay —le recordó—. Es cierto que no lo has terminado, pero se nota que te lo estás pensando.

Ella no tuvo más remedio que asentir.

—¿Por qué no me lo consultaste? —prosiguió él.

—Pensaba hacerlo.

—¿Cuándo?

Lindsay no dijo nada.

—Maldita sea… ¿Qué clase de matrimonio tenemos si no somos capaces de ser sinceros el uno con el otro?

—No lo sé, pero será mejor que sea sincera contigo. Ahora mismo, no creo que lo nuestro sea un matrimonio de verdad. En estas circunstancias, no merece la pena.

—Ah, vaya… Sigues con tu costumbre de rendirte a la primera de cambio, ¿eh?

Ella lo miró con rabia.

—Yo no me estoy rindiendo. No te he dicho lo que pienso porque me haya rendido, sino porque sigo luchando por nuestro matrimonio —replicó—. ¿Qué quieres que haga? ¿Que me calle y me comporte como si todo fuera bien? Eso es lo que he estado haciendo, pero me niego a seguir por ese camino. Porque te amo. Porque quiero que nuestro matrimonio funcione.

—¿Ah, sí? Pues dime la verdad. Pero sin callarte nada.

Lindsay respiró hondo.

—Ese mensaje me ha hecho ser consciente de lo mucho que extraño la vida académica. Pero tengo un compromiso contigo, y tu vida está aquí, en Villa Marakaios.

—Menudo dilema… —dijo él, con sorna.

Ella se estremeció, y Antonios se arrepintió de haber sido tan grosero.

—Lo siento. No debería haber dicho eso —se disculpó—. Sigue, por favor.

Lindsay siguió hablando.

—Cuando me trajiste a Grecia, me sentí profundamente desdichada. Y no me di cuenta de que tú tampoco eras feliz.

Él frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—A que no duermes. A que tu mirada se apaga y tu cuerpo se tensa cada vez que tienes que ir a tu despacho —respondió—. Trabajas muy duro, pero es evidente que lo odias.

Antonios estaba atónito. Lindsay tenía razón en todo. A pesar de lo cual, intentó negarlo.

—Estás sacando demasiadas conclusiones de una situación puramente temporal…

—¿Qué entiendes por temporal, Antonios? Tus problemas con Leónidas no son de ahora. Tú mismo lo dijiste… Y, en cuanto a tu trabajo, solo te causa estrés —afirmó—. Tendría que haberme dado cuenta antes, pero no lo vi. Al parecer, tú estabas tan ciego ante mi angustia como yo ante la tuya.

—Eso no tiene nada que ver con tu oferta de trabajo…

—¿Tú crees? —preguntó—. Cuando leí ese mensaje por primera vez, pensé en ti. Pensé que tú y yo seríamos más felices si nos fuéramos lejos, muy lejos de Marakaios Enterprises.

—Oh, vamos. Solo intentas justificar tus propios deseos.

—Dime que eres feliz aquí, Antonios. Dime que no te quieres ir. Dime que quieres vivir en Villa Marakaios hasta el fin de tus días.

Él suspiró.

—No tengo elección, Lindsay.

—Todos tenemos elección.

Antonios sacudió la cabeza.

—¿Es que no lo comprendes? Mi padre me dejó a cargo de la empresa de la familia. Nací para eso, y no tengo más remedio que…

—¿Quién ha dicho eso? —lo interrumpió—. ¿Quién dice que no puedes ser dueño de tu propio destino y de tu propia vida?

—Olvidas una cosa, Lindsay: el deber.

—Y tú olvidas otra… Tu hermano.

—¿Mi hermano?

—Sí, efectivamente. Un hermano que quiere tener más

responsabilidades, y que ya trabaja para tu empresa.

—Basta, por favor… —protestó él—. Feliz o desdichado, mi vida está en Grecia. Tengo que quedarme aquí. Pero, si tú no puedes compartir esa vida, dímelo.

—Quiero compartirla. Claro que quiero. Eres tú quien se niega a compartirla conmigo —afirmó Lindsay.

—No vuelvas a empezar con eso de que…

—¡Empezaré tantas veces como sea necesario! —bramó—. No eres feliz, y te niegas a decirme por qué. ¿Qué te pasó con tu hermano? ¿Qué te pasó con tu padre? ¿Cómo te puedo ayudar? ¿Cómo puedo ser tu esposa si me expulsas deliberadamente de tu vida?

Él no fue capaz de responder. Lindsay se acercó y le puso las manos en los hombros.

—Te amo —continuó—. Te quiero tanto que haría cualquier cosa por ti, pero ya no soporto esta situación. Por favor, Antonios… recapacita.

Lindsay lo miró a los ojos, llorando. Y el muro que rodeaba el corazón de su marido se empezó a resquebrajar.

¿Qué podía hacer? ¿Contarle su secreto?

Le había prometido a Evangelos que no se lo diría a nadie. Pero no podía seguir viviendo así. No podía llevar una existencia que se basaba en la mentira.

Aquello tenía que terminar.

—Cuando me hice cargo de la empresa, no sabía que estaba al borde del desastre —le explicó—. La deuda acumulada era tan grande que mi padre sufrió un infarto por simple y puro miedo a perderlo todo…

—Oh, Dios mío.

Antonios sonrió con tristeza.

—Yo no me lo podía creer…

—¿Y no se lo dijiste a nadie?

—Mi padre me rogó, me suplicó que lo guardara en secreto.

—¿Por qué? —preguntó, extrañada.

—Porque había hecho cosas ilegales. Cosas que habrían escandalizado a la familia —dijo—. Mi padre no soportaba la idea de hacer daño a Daphne, Leónidas y mis hermanas… Y yo tampoco la soportaba, de modo que asumí mi responsabilidad y me puse a trabajar para evitar la quiebra de la empresa.

Ella lo miró con intensidad, emocionada.

—Oh, Antonios —dijo con compasión—. Ha tenido que ser un infierno para ti… Trabajar tanto y tan duro mientras guardabas un secreto como ese…

Antonios le acarició el pelo.

—Yo también te amo, Lindsay. Te amo con locura. Y debes saber

que, por muchos obstáculos que se interpongan en nuestro camino, mi amor por ti es lo único que me mantiene a flote, lo único que me sostiene.

Ella derramó otra lágrima.

—A mí me ocurre lo mismo, Antonios.

Él suspiró y la abrazó con fuerza.

—En ese caso, encontraremos una solución. No sé cuál, pero la encontraremos.

—No es tan sencillo, Antonios…

—Lo será.

—No. Me gustaría pensar que el amor es suficiente, que basta para superar cualquier obstáculo, como afirmas. Pero no es suficiente.

Él entrecerró los ojos.

—¿Qué me intentas decir?

—Que tienes que hablar con Leónidas. Que tienes que pensar en lo que tú necesitas, en lo que te puede hacer feliz, en lo que puedes hacer para salvar nuestro matrimonio.

—¿Qué es esto? ¿Un ultimátum?

Lindsay sacudió la cabeza.

—No, Antonios, es mucho más que un ultimátum.

Los ojos de Antonios brillaron con ira.

—Lindsay…

—Rechazaré esa oferta de empleo si tú me lo pides —se apresuró a decir—. Estamos hablando de ti, de mí, de nosotros… ¿Cómo es posible que no te des cuenta?

Antonios se daba cuenta, a pesar de lo que Lindsay pudiera creer. Pero en ese momento estaba tan triste, y tan deprimido por haber sido causa de su infelicidad, que solo dijo una cosa antes de marcharse:

—Necesito estar solo.

Empezó a caminar y terminó en los olivares, que le llevaron recuerdos de su infancia y de los paseos que había dado semanas atrás con Lindsay, cuando estaban forjando los nuevos y frágiles cimientos de su matrimonio.

La amaba con toda su alma, y le agradecía que hubiera regresado a Grecia con él, porque era lo que daba sentido a su vida, la fuerza que le permitía soportar su trabajo en Marakaios Enterprises.

Se llevó una mano a la frente y cerró los ojos.

Lindsay tenía razón. La empresa de la familia lo estaba ahogando. Y no solo por el secreto de su padre, sino por muchas más cosas. Había llegado al límite de su aguante, y ella era la única persona que lo había visto y la única que había tenido el valor de enfrentarse a él.

Era una mujer extraordinariamente valiente, y no podía responder a su valor con cobardía.

Decidido, entró en la mansión en busca de Leónidas. Pero no lo

encontró en ninguna parte, así que salió de nuevo y se dirigió a las oficinas porque tuvo la intuición de que estaría en su despacho.

Y fue una intuición correcta. Leónidas estaba dentro, con gesto de derrota.

—Es un poco tarde para trabajar —dijo Antonios.

Leónidas lo miró y se encogió de hombros.

—El mundo no se detiene. Ni siquiera después de un entierro.

Antonios dio un paso adelante. En otras circunstancias, le habría recriminado su aparente frialdad; pero ahora sabía que era su forma de afrontar el dolor. Gracias a Lindsay, empezaba a entender mejor a su propio hermano.

—Quiero hablar contigo.

Leónidas lo miró con inseguridad.

—¿De qué?

—De papá —contestó.

—Te escucho…

Antonios respiró hondo.

—Papá había acumulado muchas deudas, Leónidas. Casi lo había perdido todo cuando sufrió aquel infarto.

Leónidas se quedó boquiabierto, tan sorprendido como la propia Lindsay cuando Antonios se lo confesó.

Tras unos segundos de silencio, se levantó del sillón, se giró hacia la ventana y dijo:

—Tendrías que habérmelo contado.

—Creí que no podía… Pero acabo de darme cuenta de que, quizá, cometí un error.

—¿Quizá? —dijo con sarcasmo.

A Antonios le molestó su tono, aunque lo disimuló.

—Leónidas, papá me hizo prometer que no se lo diría a nadie. Estaba terriblemente avergonzado de lo que había hecho, y yo no podía faltar a mi palabra… Incluso ahora, me siento un canalla por romperla. Pero he comprendido que mereces saber la verdad. Que, seguramente, tú lo mereces más que nadie.

Leónidas tardó en reaccionar y, cuando por fin habló, su voz sonó rota.

—Cuánto siento que no confiara en mí… que no viera lo mucho que amaba nuestro negocio, que no me dejara a mí esa carga.

Los dos hermanos se quedaron en silencio. Y Leónidas fue el primero en romperlo.

—¿Qué va a pasar ahora? ¿Seguiremos como antes? ¿O me vas a dar más libertad? —preguntó con amargura.

—¿Darte más libertad? No, eso no es lo que había pensado.

Leónidas soltó una carcajada irónica.

—Entiendo…

—No, no creo que lo entiendas… —Antonios respiró hondo—. No me voy a limitar a darte más libertad, como dices. Te voy a ofrecer la presidencia de Marakaios Enterprises.

Lindsay estuvo caminando una hora entera por la habitación, hasta el punto de que empezó a tener miedo de desgastar la moqueta. Ya se había hecho de noche. La gente había vuelto a sus casas y, al día siguiente, todo volvería a la normalidad.

Pero ¿qué pasaría con su matrimonio?

Lindsay no lo podía saber. Antonios se había ido sin decir nada concreto, y en ese momento no habría podido decir si su relación estaba a punto de despeñarse por un abismo o a punto de remontar el vuelo.

En cualquier caso, ya había tomado la decisión de rechazar la oferta de empleo. Era lo único que podía hacer. De modo que se dirigió a su despacho, encendió el portátil y terminó la frase que había empezado a escribir.

Justo entonces, apareció su marido.

—No estarás rechazando ese trabajo, ¿verdad?

Lindsay se quedó helada, con los dedos en el teclado. Antonios entró en la sala y le dedicó una sonrisa triste.

—Si yo estuviera en tu lugar, no lo rechazaría —añadió.

Ella frunció el ceño.

—¿No?

—No.

—Pero…

—Tenías razón, Lindsay. Tenías razón sobre todo… Sobre Leónidas, sobre mí y, especialmente, sobre nosotros.

Ella sonrió con incredulidad.

—¿Qué ha pasado?

—Que le he dicho la verdad.

—Oh, Antonios… Me siento tan orgullosa de ti… —dijo, emocionada—. Ha debido de ser muy difícil.

—Y tanto. Pero también ha sido un alivio —replicó—. Sospecho que tú sabes lo que se siente en esas circunstancias.

—Sí, lo sé.

Él la tomó de la mano y la levantó del sillón.

—Gracias por haber sido tan paciente conmigo —siguió diciendo—. Gracias por ser sincera cuando más lo necesitaba, aunque no me diera cuenta.

—Antonios…

Lindsay no sabía qué decir, así que lo abrazó.

—Aún no me has dicho en qué consiste esa trabajo —dijo él,

mientras le acariciaba el pelo.
—Eso no importa.
—Claro que importa.
Lindsay se encogió de hombros.
—Me han ofrecido un cargo de profesora adjunta en el departamento de matemáticas puras —explicó.
—Suena muy bien…
—Sí, supongo que sí. Pero estaba a punto de rechazarlo.
—Yo no haría eso.
—¿Por qué no?
—Porque me empieza a gustar la idea de vivir en tu país.
Lindsay lo miró con asombro.
—¿Cómo?
—Leónidas ha pasado a ser el nuevo presidente de Marakaios Enterprises —anunció.
—¿Leónidas? ¿Pero como…?
—Se lo he ofrecido yo. Comprendí que tenías razón, que yo no encontraré la felicidad en ese puesto… Y, por otra parte, es lo que Leónidas deseaba. Merece una oportunidad. Y yo merezco la oportunidad de ser feliz contigo.
Lindsay no lo podía creer.
—Has dado tantas cosas a esa empresa… La sacaste de la quiebra y…
—Y ahora, se la cedo a mi hermano. Sin embargo, no la voy a abandonar —dijo con una sonrisa traviesa—. Voy a asumir un cargo nuevo, que acabamos de crear… Aún no lo sabes, pero estás hablando con el nuevo jefe de inversiones para los Estados Unidos.
—Los Estados Unidos… —repitió ella, lentamente—. Pero vosotros no os dedicáis a las inversiones…
—No nos dedicábamos, que es distinto —puntualizó él—. Vamos a abrir un departamento nuevo, con sede en Nueva York.
Ella parpadeó, incrédula.
—¿Vas a hacer eso por mí?
—Lo voy a hacer por nosotros, Lindsay. Del mismo modo en que tú te atreviste a plantarme cara para salvar nuestro matrimonio. Me negaba a admitir que yo no era feliz en la empresa… lo tomaba por una traición a mi padre y a mi propio sentido del honor. Pero tú me abriste los ojos. Me hiciste comprender que me estaba engañando a mí mismo.
Lindsay sacudió la cabeza.
—Oh, Antonios… No sé qué decir…
—Pues di que sí. Di que aceptarás ese trabajo y yo me marcharé contigo a vivir una nueva aventura. Dilo porque me amas, porque yo te amo y porque eso es lo único que importa —declaró.

Lindsay pensó que Antonios casi acababa de repetir las mismas palabras que Daphne Marakaios había pronunciado en su día. Y la imaginó sonriendo, contenta de que todo hubiera terminado bien.

—Sí, Antonios —dijo, tomándolo de la mano—. Me iré contigo. Nos iremos juntos.

* * *

Podrás conocer la historia de Leónidas Marakaios en el segundo libro de la serie *Las esposas Marakaios* del próximo mes titulado:
lazos duraderos